

CHANGMARIN

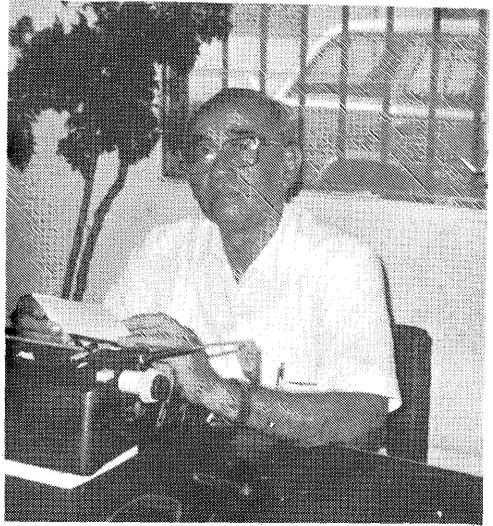
EN ESE PUEBLO
NO MATABAN A NADIE



PANAMA

1992

CHANGMARIN: Carlos F. Changmarín, Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró en poesía, cuento y novela; nacido en el caserío de Los Leones, provincia de Veraguas, en 1922, ha publicado entre otros libros, la novela "El Guerrillero Transparente"; Vida del guerrillero panameño, en la Guerra de los Mil Días (1899-1902) Victoriano Lorenzo, "Poemas Corporales"; "Faragual", cuentos: "Las tonadas y los cuentos de la cigarra" y los libros de décimas, para cantar: "Socabón" y "Versos del Pueblo".



Algunas obras han sido traducidas al ruso, al chino, al búlgaro, y al francés.

Changmarín también es autor de canciones, entre ellas, la letra de la tonada **"Tío Calmán"**.

Ejerce el periodismo, su columna **"Las Famosas Cartas a Tula"**, con sentido humorístico; se inició en el periódico mimeografiado **El Cholo**, editado en Santiago de Veraguas, en 1951.

La obra de Changmarín, está impregnada de los valores sociales populares y de la lucha nacional del pueblo panameño. De su experiencia como maestro de escuela primaria, organizador político de los campesinos, en la lucha por la tierra y contra el colonialismo norteamericano, del fruto de la represión ejercida contra el movimiento popular que lo llevó a las cárceles y al destierro.

No obstante la poesía como el cuento y la novela expresan un optimismo sensato, la esperanza en el futuro luminoso de la sociedad panameña y mundial y la crítica mordaz a la guerra, a la dependencia de los pueblos, y a las clases sociales dominantes, pero toda su obra, como puede apreciarse en esta novela está organizada y construida partiendo de los tres conceptos básicos: el conocimiento la ideología y la belleza.

"En Ese Pueblo No Mataban a Nadie", es una novela que expresa el impulso social del pueblo de Omar Torrijos, Santiago de Veraguas, entre 1938 y 1945, en la cual la Construcción de la Escuela Normal, juega papel principal, y en donde dos crímenes famosos sirven de hilo conductor de la obra.

Al amma Am
I see of a Orito
Chino Amata

Al Killy

agosto 3 92

AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

Dr. Carlos Iván Zúñiga Guardia
Rector

Dra. Doris de Mata
Vicerrectora Académica

Lic. Nodier Araúz Perigault
Vicerrector Administrativo

Dr. Celestino Araúz
Vicerrector de Investigación y Postgrado

Dra. Agatha Williams
Secretaria General

CHANGMARIN

**EN ESE PUEBLO
NO MATABAN A NADIE**

Diseño de Portada

Lía Celeste Méndez Ch.

EDICIONES ENE.



*Todos los derechos reservados
Panamá, editada en 1992*

A ENEIDA

EL PRINCIPIO

Sí, era muy cierto que a veces salía en la casona de Don Cipriano García el padre sin cabeza, pero realmente en este pueblo no mataban a nadie.

*Sin embargo, al profesor chileno Patri-
cio Ahumada lo hallaron, aquella tarde
absolutamente muerto, envuelto en el mosqui-
tero de su cama y con la cabeza rota, a
punta de muy contundentes golpes de mazo.*

- *¿Pero, con qué fin matar a un hombre de esta clase? ¿Quién lo mataría?*
- *Oiga señor, tan lindo que tocaba el vio-
lín en las misas!*
- *¿Qué barbaridad! Otro crimen en el pueblo
... En mis tiempos el mundo no era así.*

*Empezó a cernirse una llovizna fina
como reguero de rocíos. Doblaron las campa-
nas. El reloj suizo de la torre de la iglesia
mayor dio las seis y media de la tarde.
El sol amarillo de las postrimerías del mes
de octubre cundió de oro pálido los vericuetos
de las sombras y de las almas.*

- Realmente, amigos - dijo el Capi Ruíz - en este pueblo no mataban a nadie ¿Oyeron ustedes decir algo de los viejos? Añales, pero cerros de años acontecieron sin que persona alguna se atreviera a levantar sus manos para repetir las de Caín.
- Bueno, Capi-intervino el Funerario - "puñeras" hubo, aquí en la placita, donde el chino Ho, un "carajal". ¿Recuerdas? Tú mismo, a mongo limpio, en las fiestas y "curachas".
- No - agregó el Carretero - y por cualquier vaina; peleas a la madera, entre campesinos, al filo...
- Si - volvió el Capi Ruíz - a veces, la gente se moría para cumplir con las estadísticas y tu negocio. ¿De qué has vivido, tú Funerario? y eso, claro, era de tarde en tarde, de la pura muerte vegetal y dialéctica. ¿Comprenden bueyes? Como decir: la rosa muerta, la pájara muerta, la noche muerta y los jazmines ... nada más. Pero eso es la cumbia de la vida.
- Capi, déjate de poesías y de filosofías.
- Sin embargo - se quejó el Funerario - hoy la vaina ha estado tan malísima en este cochino pueblo, que ni siquiera se muere nadie y si la vaina sigue así, voy a cerrar mi fábrica de cajones. Vamos a echarnos un anisillo donde el chino Ho.

Se comentaba que el único escándalo de categoría fue diez años atrás cuando en la callejuela de los artesanos un extraño judío intentó suicidarse, tal vez enloquecido, chiflado por su mala suerte, arrastrada de país en país y de continente en continente. El polaco se enamoraba, como un chivo, de todas las muchachas que andaban en la reventazón de la vida, de las ya maduras y las viudas, por igual y no enganchaba ninguna. Las damas chismorreaban respecto de que el extranjero era un desdichado emigrante, un poco feo y jorobado, con fuerte almizcle de grajo europeo o "golpe de ala" en los sobacos, y por demás pobre. Tal grado de miseria en un hebreo propagaba en la comunidad cierto aire de sospecha.

- No creo en judío pobre - solía decir Capi Ruíz.
- Tal vez este hombre - opinaba el boticario Simón Sosa, asiduo

lector de periódicos - viene huído de quién sabe que terrible crimen en su país de origen. Pero después estalló la Segunda Guerra Mundial y la cuestión se aclaró.

Pues sí, el disparo, misteriosamente le salió por la oreja derecha y aunque de ello quedó medio sordo, meses después era perseguido por cándidas y dadivosas mujeres, dispuestas a sacrificarse, para que el malaventurado hijo de sión no se volviera a matar.

Pero, verdaderamente, en ese pueblo ¿historias de maridos celosos, degollando a sus esposas infieles?... ¿o jóvenes acuchillados por pleitos de hombre?... ¡Jamás! ¿Asesinatos alevosos, con premeditación y alevosía para la consumación de robos?... ¡Mucho menos!...

Sin embargo, en el siglo pasado, ochenta años atrás, tremenda guerra revolvió las cosas, allí, al borde del poblado. De Colombia llegaron los ejércitos a matarse en el llano de las batatillas. Un cronista registró lo siguiente: Al atildado general del bando conservador lo apeó de su blanco caballo, de un tiro, un sargento liberal. El sargento sacó del cinto un afilado cuchillo, y como si se tratara de un lechón, procedió a caparlo. Después lo amarró, por el cuello con una soga; montó el hermoso caballo del propio General y seguido por su pelotón, arrastró al General por las enlodadas calles, para que las gentes supieran lo que era la guerra, y finalmente lo fue a tirar al llano de las batatillas para que se lo comieran las hormigas y los gallotes." Después de la guerra del Llano. los cadáveres muertos de esta maldición llena de fantasmas azules, nada más nacieron allí las inútiles batatillas que dan flores, entre lila y campánula y además salió la leyenda pálida y azulenca de la luz del llano. Emergía en las noches friolentas del lluvioso mes de octubre; la luz titilaba a campo traviesa, con un contorno verdiazul, su expresión huidiza, su halo intermitente y casi pavoroso. De pronto en sus caballos, los caballeros, al cruzar el llano de la guerra y los difuntos, sentían el pánico de los destellos que semejantes a incandescentes manos de soldados muertos o culebras de luz, trepaban por las patas de los animales... ¡Ave María purísima!... Pero de aquella guerra hacía años...

En ese pueblo llovía diluvios universales en el citado mes de octubre. Los vecinos se aprovisionaban de buena leña, de nance

y matillo, bien secos; leña en pila, porque los aguaceros desbordaban cántaros gigantes. El llover era un chis, chis... de ritmo sistemático y menudo. Los ateridos soles de cada día buscaban, junto a los gatos, refugio en los fogones de las viejas casonas de madera de la plaza Mayor, y ya, cuando el empapamiento era superior se metían en el campanario. En aquellas noches parpadeaba la luz del llano, daba saltitos mortales en las sombras y ensanchaba el miedo colectivo. Y luego, bajo el calorcito de las familias humanas, durante interminables sesiones de lluvia larga se escuchaban los cuentos espeluznantes de chivatos, brujas voladoras y toda clase de abusiones.

La casa de Cipriano quedaba justamente en una esquina de la cuadrada placita San Juan de Dios, centro del poblado. De noche en octubre, con las lluvias salía de su patio el ánimo del famoso padre sin cabeza, tocando sus campanitas. A pocos metros, hacia un lado estaba la cantina del chino Ho, lugar de holgorios de la gente pueblerina y de chupatas de los tres compadres: el Capi Ruíz, el Funerario, y el Carretero.

El resto de las casas, de lado y lado eran tiendas chinas que vendían desde sal hasta maravillosas sedas de oriente.

Dos puntos se destacaban en la placita: la iglesia San Juan de Dios, con su torre colonial coronada de matas de higo y de helechos sobre los cuales revoloteaban pájaros y golondrinas; el otro era el kiosco, restaurante de la comunidad y hervidero de conversaciones, bochinches, noticias y de piropos para las muchachas que se atrevieran a pasar cerca de allí, como los del Capi Ruíz: Si como caminas cocinas, hasta el concolón me como.

Pues sí, las noches primarias y altas, entre las penumbras del antiquísimo patio de ladrillos rosados y verdes surgía la sombra morada, precedida de un leve tintineo de campanillas de bronce y platachina. Era el aparecido ambulante, el verdadero padre sin cabeza y sin remedio final.

El descabezamiento del fantasma ocurrió, según los conocedores raizales del pueblo, debido a que la hermana más joven de Don Cipriano García, doña Soledad, una encantadora monja cedió al pecado de Sacunás.- Los ojos claros, reflejando el ojo del

sí, los ojos la perdieron".- Decían los decires. Se enamoró perdidamente de un hermano cristiano, jesuita, de los que regentaban el antiguo Convento de la Iglesia de San Juan de Dios. Ella no cabía en su hermosura tropical, ni el religioso en su sofrenada desazón andaluza. Ambos recibieron el castigo fragoroso de los arcángeles que bajaron al pueblo, una mañana, entre neblinas y lluvias y con restallantes espadas de fuego yugularon el pecado original de doña Soledad. A ella, la amantísima y desasogada monja la enviaron a una inconcreta ciudad de Colombia, y al pecador en Cristo, el encabritado monje lo devolvieron a la civilización de su tierra natal, España. Allá, según cuentan cartas amarillas, de puro amor y de cabanga se quitó la vida degollándose. Y por esta locura sublime y tormento de amor, en ciertas noches, la abusión descabezada rondaba la casona de los García, en la búsqueda inútil de la religiosa pecadora y arrepentida.

Pero según las penas, en algunas madrugadas, gentes del lugar: panaderos, carniceros, mañaneros vieron el fantasma alrededor de la plaza, frente a las iglesias; o saliendo del panteón, rosario en manos. Iba el bulto sin cabeza, en su protesta, ante los ciudadanos vivos y ante los muertos de su tiempo, por tamaña injusticia cometida contra su derecho humano de amar y ser amado. Estas apariciones eran más frecuentes en los meses de octubre. Las lluvias lentas y delgadas, en las noches, eran el habitat preferible de los fantasmas, porque se obnubilaban los faroles en las estrechas calles, cuando la pequeña planta eléctrica, de connubio con el padre sin cabeza, se dañaba días domingos y fiestas de guardar.

Con diluida insistencia, en las mañanas se prolongaba la octubrería". Era preciso secar la ropa adentro de las casas, entre tizones y humaderas. Los chiquillos aprovechaban lindamente el tiempo lluvioso para escapar de la escuela. Con los torsos desnudos, las camisas guardadas en las bolsas y los pantalones arremangados, pata en el suelo, correteaban a los entumecidos patos de agua, salvaje animaluchos que caían en plena plaza tullidos de la mojadura de los vendavales y los fríos cielos. De lejanas lagunas, huyéndole a la muerte del agua, buscaban en el pueblo la vida, el calor humano de las gentes, sobre aquellos techos de las casas, por las cuales, pese a todo subían pequeños hilos de humo. Esto era para los días lluviosos.

Pues sí, en ese pueblo, a un cuarto para la seis de la mañana

sonaban las tibias campanas de la iglesia mayor. Don Cipriano García, a las seis en punto iba de compras al mercado: chicharrones, hígado, pata de vaca, mondongo; arepas, y guineos, para el loro y los pájaros. Y allí recibía, de banco en banco, todas las informaciones de la vida social, calientitas, como los chicharrones. Sorbía un poco de café en la cocina de su hermana, la Niña Rosa, para limpiar el paladar, y luego se dirigía a la iglesia. Entre dientes desgranaba, latinazgos, al unísono, con el reguero de beatas oscuras, diseminadas por la penumbra del templo, y persignándose, al término del oficio, iba detrás del cura, a su casa. Allá bebía otros buchitos de café o de chocolate y trasmitía cuplidamente las noticias recogidas en el mercado sobre cosas y pleitos, vainas y problemas acontecidos en las diferentes instituciones y estamentos de la sociedad: alcaldía, juzgado municipal, casa de familia, calles, mercado municipal, el kiosco de la placita y otros lugares de importancia.

Don Cipriano García, moreno cincuentón, medio encorvado, nervioso, era abogado, político de cierto renombre y prócer municipal. De no haber sido mulato, de pelo duro, cuscú, tal vez... ¡quién sabe!... hubiera llegado a ministro o presidente de la Corte Suprema. Sin embargo, nada más era una persona simple, inmediata, casi artesana, sin proyecciones estratégicas. Eso sí, protocolar, trabajador, decente, y bien vestido, para el medio. Sólo se quitaba el saco para ir al baño - decía la Niña Rosa -. Su colaboración cotidiana con el presbítero lo convertía en segundo hombre del contorno. Pero Cipriano, a diferencia del cura - lucía como un verdadero santo, modesto y sumamente tímido, fiel a su esposa (jamás se le conoció un mal paso en esta dirección, ni tuvo, como era deber de todos los caciques de pueblo, ninguna querida, ni hijos por fuera). Entre jornaleros y campesinos don Cipriano gozaba de especial admiración, ya que era una hormiga trabajando, en su oficio de abogado defensor, y además, porque, en el cerrado patio de su casona de madera y tejas, ya se ha dicho, salía el padre sin cabeza, y esto, para la supersticiosa comunidad, le daba un cierto aire misterioso a todo lo suyo; Don Cipriano - se comentaba - sabía cosas, tenía magia, poder.

Al principio de los tiempos, después de la Guerra de los Mil Días, con la República, gentes prietas como Cipriano no podrían sentarse en las bancas de la Iglesia Mayor, porque cada banca llevaba el nombre de alguna familia pundonorosa y "ñopa", o sea

blanca y pudiente. Además, para esos días había dos iglesias, y el poblado estaba partido entre los de adentro y los de afuera; los de arriba y los de abajo. Sin embargo corrían nuevos tiempos, y la comunidad, con sus ocho calles parecía asomarse a su transformación: una calle viejísima, torcía de sur a norte, pasaba por el panteón y remataba en el hospital. Era la Calle Real: casonas de madera y corredores de hierro, piso de ladrillos. Allí vivía la crema y la nata de la sociedad, los ñopos. Fue la calle principal del siglo pasado, cuando la gente iba a la capital del país por vía marítima. Esta calle subía hasta la Plaza Mayor, donde quedaba la Iglesia Mayor, el cuartel, y el edificio del Cabildo - denominado posteriormente, como en todos los pueblos del país, con el pomposo nombre de palacio municipal.- Del atrio de la Iglesia Mayor, hacia el saliente, partía lo que después se llamó la Avenida Central, pasaba por la placita, frente a la cual se destacaba la otra iglesia: la San Juan de Dios, la iglesia vieja, la de los pobres, la que el Presidente echó abajo, a menos de un año de haber sido elegido en comicios populares. Era la calle del comercio, de los chinos y turcos. Esta calzada que alcanzaba mayor auge cuando se construyó la carretera central, terminaba a un kilómetro de la Iglesia Mayor, al bordear una pequeña loma que nadie sabía en el pueblo por qué se llamaba Verdún. Era la calle de los nuevos ricos, de las gentes de afuera, la calle del futuro. Fuera de estas dos calles principales, en el resto vivían los artesanos, los maestros, y más allá las lavanderas, los cargadores de agua, los carreteros, y los campesinos echados de sus tierras; los de afuera, los humildes y desgraciados, los negros y mulatos que repicaban los tambores en las tunas y que le ponían sal a la vida de los carnavales.

Con las revoluciones y guerras de a fines y comienzos del siglo los extremos empezaron a tocarse, ya que los godos más ultramontanos huyeron a otros países y regiones con sus grandes alas de miedo y así se democratizó un poquito la vida, lo que permitió a gente como Cipriano García, sentarse en una banca de la Iglesia Mayor, y poder, incluso tocar el armonio en las misas de los domingos.

En esos días y huyendo de la España republicana había llegado a la casa cural, de la Calle Real, el cura don Pancracio Rivadeneira de la Peñaloza. Se instaló con sus doscientas libras de personalidad en su aposento, y pronto, desde el púlpito empezó a proclamar

con palabras brutales, el fin del mundo y a advertir con sus admoniciones llenas de zetas, las amenazas que se cernían sobre la humanidad en función del materialismo, de los ateos republicanos, y aún peor, de diabólicas ideas extrañas provenientes del propio oriente que parió a Atila y a Gengiskán. Al apearse del pulpito, tras cada sermón, con enorme dificultad de tortuga caguama, el presbítero sentía ahogarse bajo el pliego pegajoso, húmedo y sofocante del clima de aquel pueblo lluvioso y tórrido: - Horror, Santo Dios, a dónde me habéis traído como castigo" - solía protestar para adentro don Pancraccio, doctor y profesor de teología.

Pero pronto se adaptó y tomó el timón de la descarriada grey. Aprendió las buenas y las sucias palabras de la comunidad, su idiosincrasia y la capacidad para resistir los aguaceros.

Sin embargo, pese al asesoramiento magistral que le ofreció a Don Cipriano, éste fue miserablemente derrotado en las elecciones de ese año. Qué bueno hubiera sido para el doctor Pancraccio haber obtenido un diputado a la Asamblea Nacional. Pero el día de la derrota de su pupilo, los Pérez pasaron con gran alboroto frente a la casa de Cipriano y soltaban voladores atronadores y docenas de moñas de cohetes chinos. Adelante, en un brioso caballo blanco, con la bandera triunfadora de la coalición gubernamental iba, nada menos que don Tino Pérez, ganadero de incontables hectáreas de tierra y de cabezas de ganado blanco. Era un empedernido enemigo político. Iba Tino Pérez, giboso, alto, coloradote, cara de tomate; individuo de ojos celestes, boca ancha, y pelo entre apretado y candelilla, por lo cual siempre andaba con un gran sombrero de palma de hilar, para esconder el rastro africano de la abuela prieta. Detrás de Tino Pérez iba un gran gentío, y a no dudar, también los del bando de Cipriano, el vencido, que al calor de los tragos y los gritos se cambiaron, inmediatamente para el banco del vencedor.

- ¡Viva Tino Pérez!
- ¡Viva el Presidente!
- ¡Abajo Cipriano García!
- ¡Muera!...

Tan asustados quedaron en la casona de los García, que esa noche hicieron un rosario. La Niña Rosa exclamaba: Ay Dios mío, esos horribles gritos se parecen, a los gritos de la Guerra de los Mil Días. Hasta bien tarde de la noche gritaron los puñeteros perecistas, en la celebración del paquetazo fraudulento. con el cual el gobierno

dobló la población electoral del país. Ya en la madrugada, la Niña Rosa oyó los pasos del padre sin cabeza y algunos lamentos azules, entre quejidos y maullidos de gatos de ultratumba. Y entonces empezó a llover.

Al día siguiente el cura Pancracio, desde el púlpito señaló los peligros que se cernían sobre la tierra debido a que, según sus informes, el Presidente era de la masonería y tenía algunas malas costumbres, contrarias a Dios. Ni siquiera sospechaba que el Presidente se atrevería derrumbar el templo colonial, la hermosa torre de ladrillos verdes y rojos. Esa vez Pancracio maldijo, no sólo al Presidente, sino a todos los humanos vivientes, incapaces de oponerse a tamaño crimen, de la religión, tan sólo porque el Presidente había construido en el pueblo, tres enormes edificios para la fundación de una escuela normal de maestros, la cual, dijo el Capi Ruíz: se encargaría de revolucionar el pequeño mundo de la aldea y a destronar de su púlpito mágico de oraciones y de santos labrados en madera de cedro, el mando político del señor cura.

- Y todo por culpa del Cipriano García - comentaba Capi Ruíz a quien el presbítero jamás le perdonaría su acción en aquel sonado caso del hallazgo de las veinte malditas barras de oro.

2

Tal como lo afirmaba en el pintoresco kiosko de la placita el Capi Ruíz, la paz y el idilio del pueblo reventaron el día del extraordinario hallazgo de las veinte barras de oro legítimo. Pues al Presidente le vino a pelo tanta riqueza, y con ese oro de dudosa procedencia construyó la escuela normal, que según el religioso fue la perdición de la comunidad.

- La vaina, - expresaba el Funerario sorbiendo la taza de café es que el Presidente construye esa escuela por el paquetazo que esta provincia le dio para que fuera Presidente.
- Y por el amor de esa muchacha - agregaba el Carretero - El tipo es bien agradecido.
- Dice Don Pancracio - apuntaba el Funerario - que lo de la

mujer es horrible y más descarado que el fraude electoral. Las dos cosas - se lo oí en una misa - eran sumamente ilegítimas. Lo de aquellos amoríos con la chiquilla hermosa del pueblo, no tenía nombre.

El cuento andaba en las lenguas públicas, y se debatía a la salida de la misa. De las seis de la mañana, en el mercado, en las bombas a donde acudían las mujeres a buscar el agua de beber, y en las tertulias del kiosco de la placita, centro del pueblo, en donde al socaire de una taza de café o un plato de sancocho de gallina, se resolvían todos los problemas y se recibía la información completa del pulso de la vida del poblado.

- Son pendejadas, son ahuevazones - respondía el Capi Ruíz echándose al buche el encendido trago de seco - Esos son bochinches de don Cipriano García, que se pisa la lengua cuando camina. Y si le Presidente goloso se comió a la muchacha, el gusto fue de ella y a nadie le debe doler eso. Ya quisiera cipriano García, para él ese pan histórico que ha hecho por nuestra provincia lo que jamás lograron ni Cipriano, cuando fue diputado, ni los partidos políticos, desde la Guerra del Llano, a esta parte, pasando por la Guerra de los Mil Días. Por eso, canallas, yo brindo por el Presidente... ¡Viva el Presidente! - ¡Viva! - respondieron los compadres.

Era visto, por cierto, que el Presidente, debido a sus diabluras, gozaba de prestigio en las masas.

- Y al fin y al cabo - insistía el Capitán Ruíz, en la cantina yo digo que es hasta un honor para esta provincia los amores del jefe del Organo Ejecutivo con la renombrada hembra, ya que, hasta donde yo tengo entendido, es la primera vez que un Presidente escoge su querida entre mujeres de un pueblo del interior del país, incluido el período colombiano, con lo putañeros que fueron los colombianos... ¡Viva el señor Presidente!

- ¡Viva!

¿Y la muchacha? ¿Qué respondía la primera dama, arriesgada y suplente?

- No pasó nada, absolutamente nada. Yo le entregué aquel día,

en nombre del pueblo, las flores al señor Presidente.

¿Recuerdan? Eran rosas rojas de jericó, olorosas, nada menos que del jardín de la Niña Rosa. El me besó, en la mejilla izquierda. Todos vieron y oyeron ese beso histórico, en la placita. Pero señores, deducir de allí la fantástica fornicación mía, a nivel ejecutivo, por favor; eso, como se sabe, fueron chismes de la oposición, sucia táctica de los enemigos del gobierno.

-- ¡Abajo los enemigos del gobierno!

- ¡Mueran!

- Claro - continuó la hermosa y popular muchacha, cubriéndose con una bandera tricolor, desde la tribuna donde hablaba - Muy claro... se trata de politiquería obscena, maledicencias de la reacción golpeada por la obra del Presidente, que además ha intentado enturbiar el honor de una señorita de este pueblo, nada más por su hermosura, mientras que otras mujeres, de aquí y de allá, de la cacareada "sociedad" mueren de envidia y deseos reales de retozar en alguna de las anchas camas del señor Presidente. Pero si para que este pueblo tenga que avanzar, es necesario que alguien pague el pato, pues yo estoy dispuesta al sacrificio y no seré la última Juana de Arco, dispuesta al holocausto...

- ¡Viva Juana de Arco!

- ¡Muera la oposición!...

Entonces empezó a llover un tipo de barrejobo, precedido de un gran remolino con hojas y pétalos de flores de girasoles.

Pero don Cipriano insistía en lo del miserable fraude que le arrebató su segunda diputación. El Presidente perdió limpiamente las votaciones. El Gobierno, por primera vez, desde las últimas elecciones intervenidas por los marinos norteamericanos quedó arrasado como cuero de vaca por el suelo. Nunca se vio tanta gente votar. Ese día, desde la madrugada, los corrales de ganado estaban llenos de campesinos: sombreros blancos, pantalones cortos, pies en el suelo, ojos mansos, manos anchas. Allí encerrados cambiarían el voto por media botella de seco y dos pesetas de medio peso. Alrededor de la cerca de los corrales, montado en sus caballos de vaquería los capitanes de los partidos cuidaban el preciado botín, en una democrática y folclórica compra de conciencia, en dirección a las urnas. En la plaza, debajo de un palo de mango, Tino Pérez

y sus lugartenientes, cada quien con su chácara o bolsa llena de monedas, negociaban el libre escogimiento de los candidatos. Echaban la papeleta, debidamente arreglada en los bolsillos de los votantes y le agregaban la gabela de unas cuantas monedas. En las casonas de la Calle Real había más dinero y grandes ollas hervían sobre los tizones y el aire se cundía de olor a caldo de ternera. En esta circunstancia era imposible perder las elecciones, ya que el Gobierno sólo tenía a los pocos empleados públicos, a los quince policías y a los baila la vara de siempre. Pero el recuento de voto se alargó, y a los dos meses, después de contar y recontar los votos, según el principio de: "el que escruta elige", la oposición perdió, y entonces fue cuando el muy condenado gobiernista de Tino Pérez, mandamás del bando del Presidente mason, por puro joder, hizo la caravana de sus compinches, pasando frente a la casa de Cipriano, en su caballo blanco de fina andadura y su gran sombrero, para gritar barbaridades apoyado de la chusma enguarapada.

- ¡Viva el Gobierno!
- ¡Viva!
- ¡Abajo el tinterillo Cipriano García!
- ¡Muera!...

Don Cipriano juró y rejuró, en la Placita, que nunca más participaría en otras elecciones. Según él la democracia había sido decapitada.

Pasadas las elecciones, antes que el Presidente inaugurara fastuosamente los gigantescos edificios, en los cuales podría haber toda la población del pueblo, y de los cuales el Secretario de Educación dijera que eran el Escorial de América, el desconsolado abogado de los pobres, abatido por el fraude que le arrebató su curul y traumatizado por la herejía del Presidente de mandar a derribar la torre de la Iglesia San Juan de Dios, y finalmente, despreciado por su confesor y amigo, el padre Pancracio, por el maldito hallazgo de las veinte barras de oro, pues sí, un día enfermó del alma o de la mente.

Iba el Capi Ruíz, andando el pueblo, una tarde, con su acostumbrado estilo militar: pecho levantado, saliente el mentón autoritario, sonando con firme taconeo las botas sucias, cuando al llegar a la cantina del chino Ho sus compadres le dieron la

nueva.

- ¿Sabes, Capitán? Anoche Don Cipriano se arrebató.
- ¡Caramba!...¿Cómo fue eso?
- ¡Pues salió aquí en la Placita, desnudo!...

Pero don Cipriano no murió de eso. Una madrugadita, al toque de las campanas, cuando la Niña Rosa empujó la puerta de su cuarto, para llevarle la primera taza de café oloroso, de todas las mañanas, nadie contestó su saludo. Sobre el pupitre de trabajo, echado de bruces halló a su hermanito del alma -¡Santísima Virgen!- Vestía la ropa que llevaba el día anterior. A su lado, regadas por el piso encontró doce pepitas de frutas de pixbaes o pifáes, de los rayados, que son los más grandes y suculentos. Después de su triste muerte, en el pueblo llovió como unos dos meses.

3

Cuando los sólidos edificios de piedra, de estilo neocolonial, distribuidos simétricamente en las diez hectáreas del llano de las batatillas y de la guerra lucían ya para los toques finales, prontos a la inauguración, una comisión representativa de notables del interior de la república visitó, en la capital, al jefe del órgano ejecutivo.

- Excelentísimo señor Presidente - dijo ceremoniosamente, con sus mejores palabras, el hijo de don Tino Pérez, jefe de la comisión - deseo, en primer término expresarle, en nombre de esta amplia comisión interiorana, los saludos más calurosos de sus pueblos que lo aman.
- Gracias Tinito, muchas gracias.
- No queremos quitarle su valioso tiempo, pero el motivo de la visita consiste, Presidente, en expresarle una vez más nuestro irrestricto apoyo a la obra que su excelencia lleva a cabo, en el mismo corazón del país, en nuestra comunidad, que tal vez, ciertamente, no se lo merezca.
- Gracias Tinito, muchas gracias.

Pues, señor Presidente, no faltan en las provincias quienes se dedican a la maledicencia, fruto de la derrota política y hacen todo lo posible por sabotear la escuela que nosotros consideramos la más grande obra del país, después de la construcción del Canal de Panamá.

Gracias, Tinito, Muchas gracias.

- *Y segundo, porque una escuela normal moderna servirá para forjar al nuevo docente que llevará la luz de la instrucción a todos los pueblos y aldeas de nuestra pobre tierra, y allí donde un maestro siembre esa semilla suya, resplandecerá su patria como su nombre.*
- *Muy bien Tinito, muy bien dicho; yo desconocía que el hijo de mi querido amigo Tino Pérez tuviera esa gran capacidad oratoria.*
- *Sí, señor Presidente, por eso digo que su obra es más grande que el mismo Canal, porque éste, a pesar de ser una octava maravilla de la ingeniería mundial, en lugar de darnos, nos quita a todos.*
- *Brillante, Tinito, brillantísimo, pero no lo digas tan alto, que nos oye el embajador norteamericano...*
- *Y por lo contrario, la escuela normal, con no ser interoceánica, sin embargo, nada nos quitará, sino que nos dará y en cada nuevo maestro, repito, resplandecerá, señor Presidente su imagen.*

El Presidente no había dejado de animar al atinado joven, que tan perfectamente leía el discurso redactado por la directora de la escuela primaria del pueblo y pensó que además de brillante, el muchacho parecía entero y buen mozo.

- *Gracias, Tinito, muchas gracias. Dime: ¿Ya terminaste el bachillerato?*
- *Sí señor Presidente. Con el primer puesto.*
- *Excelente, te mandaremos a Inglaterra el próximo año. Estudiarás derecho internacional.*

Por un momento la audiencia quedó como paralizada.

- ¿Que puedo ofrecerles a ustedes, señores delegados? pregunto el Presidente - ya sea en lo general, para fines sociales, o en lo particular. ¿Qué desean?

El Presidente fijaba sus ojos cuasi fáunicos en una hermosa hembra que restallaba como una lumbrera de carne entre los ajados sacos de amarillo cañamo, las camisas blancas y las corbatas negras, de gatito, de los políticos de pueblo, en función de comisionados de todo el interior del país.

- Presidente - dijo con nerviosidad aparente y dulzura fascinante la mujer - en realidad no voy a repetir las atinadas palabras del distinguido joven Pérez. Le diré - hizo girar la cabeza y se acomodó el cabello - yo soy representante del altivo Valle de las Piedras, vengo de las cordillera ("me lo imaginaba-pensó el Presidente- ganado bravo, no debe regresar con la delegación; se quedará por orden del ejecutivo... faltaba más") Y el asunto que debemos solicitarle a usted, Presidente - la dama inclinó delicada y cortésmente la cabeza y clavó, como un par de banderillas los ojos anchos, llenos de provocaciones mortales - el motivo de esta delegación interprovincial consiste en hacerle una solicitud que esperamos sea bien recibida por su excelencia. (" - L o que tú digas, mi vida, lo que me pidas te lo daré, menos la silla, porque esa me costó mucho y desde ella.. cuántas diabluras podemos hacer, pichón de paloma corralera...").

- Diga señorita, soy todo oídos.

- Excelencia - respondió con fácil coquetería la dama - sucede que la escuela tan importante que usted construye en el interior, será de verdadero beneficio, tal como lo dijo el joven Pérez. Pero ocurre que miles de muchachos varones no podrán asistir a ella, porque resulta un colegio para señoritas, y nuestra Comisión le pide, respetuosamente, que al inaugurarla, señor Presidente, dé lugar también a estudiantes varones, o sea que haya un sistema de coeducación.

La mujer dejó caer esas palabras entre sus labios de frutas rojas, así con un sesgo casi pecaminoso, sugerente y segura de sí misma, porque había adivinado que el Presidente no se iba a negar. Simplemente, entre sus geniales asesores, a ninguno se le ocurrió la coeducación. La mujer pensó que el Presidente se hallaba ante una situación incómoda y débil, al comprender que no había sido lo suficientemente sagaz, pues debió haber ideado

el proyecto en esa forma. ("Estoy segura- pensó para sí la mujer, exhuberante de formas y sensualidades - que no sólo va a resolver la petición, sino que es capaz de invitarme a cenar en algún secreto lugar de sus íntimos recursos protocolares y putañeros. Después de lo cual, a no dudar, sobre alguna resbalosa cama de madera de sándalo, o encima de alfombras persas, de las que vuelvan... querrá trazar planes concretos e integrales de una escuela normal nueva, activa y para jóvenes de ambos sexos") Sexo? Sí, en esto el Presidente era profundo, diverso y cuadrilátero.

Lo menos que imaginaba la mujer era la forma trágica y casi ridícula como hallaría la muerte, posteriormente, el Presidente.

- ¡Qué torpe he sido! - exclamó el Presidente - ¿Cómo fue posible que no pensara en todo esto? ¿En algo tan lleno de lógica y que brota sencillamente de la boca de tan distinguida, como talentosa dama?
- Gracias, Presidente, muchas gracias - contestó la mujer.
- Hay un problema - dijo el Presidente - un problemita...
- Sí - interrumpió el hijo de don Tino Pérez - seguramente su excelencia piensa en el local para el internado de los chicos.
 - ¡Exacto! Qué perspicacia - exclamó el Presidente - se trata mis queridos conciudadanos, de un asunto contenido en los planos, ya que fueron diseñados para una escuela de señoritas. Y yo quiero inaugurar la escuela muy pronto. Construir un edificio, para internado de varones me llavará más de dos años ¿Qué hacer?
- Su excelencia - aportó de nuevo la mujer con actitud abierta y desafiante - si decide que la escuela sea para varones y señoritas, lo del internado de muchachos podríamos arreglarlo, ya en petit comité. ¿Qué me dice?

Don Tino Pérez, muy asombrado y enrojecido como tomate americano, le preguntó, por lo bajo, al sabihondo de su hijo: -"Oye, qué vaina es esa de "peticomité"? "(El viejo pensó que era algo vulgar, como un ofrecimiento, una insinuación pública, sin recato, que dejaba mal plantada la reputación de la mujer.

interiorana, en el preciso Salón Amarillo del palacio presidencial. No porque él Tino Pérez, tuviera algo de santo, ni mucho menos, pues como legítimo patrón ganadero de su pueblo había jugado bien su papel de padrote en corregimientos y caseríos. Pero podrían ser los chismes futuros, la trascendencia política en su contra. ¿La escuela? Muy bien, él iba a repartir becas entre compadres y amigos; con miras a su próxima candidatura a diputado. Pero había que medir las palabras, porque la oposición tenía su gente colada en todas partes)"- No viejo - respondió el hijo en voz baja - se trata nada más de discutir el caso entre pocas personas.

Pero a su regreso, en el pueblo corrió el bochinche de que la mujer le propuso al Presidente aumentar el espacio de internado por unas cuantas acostadas, en pequeñas camas, a nivel de "peticomité".

- Entonces, mis queridos señores, y usted, hermosa dama-expuso el Presidente-manos a la obra, el Ejecutivo ha resuelto que se abrirá el nuevo templo educativo para señoritas y varones. Hubo un vendaval de aplausos y vivas.- Y creo práctico y oportuno que aquí organicemos, para trabajar conmigo, en la presidencia, la pequeña comisión, con algunos funcionarios míos y por ustedes, si me lo permiten, nombro a la proponente...- -aplausos-.

Se levantaron todos; al unísono, para abrazar al Presidente. -Una foto-ordenó el hombre- ¡Sí...sí!... Vino el fotógrafo y delicadamente hizo las acostumbradas observaciones. En el centro, el Presidente abrazaba a la dama y al muchacho. La mujer, de pronto sintió que debajo de su antebrazo derecho, al socaire del colectivo entusiasmo por la foto, parecían retozar, como cinco cabeza de hambrientos terneros, los dedos de la mano diestra del Presidente, hacia la cúspide de su protuberante y provocador seno.

- Miren el pajarito-exclamó el fotógrafo.
- Ahora brindemos- agregó el Presidente.

Primero vino el champán francés y finalmente el whisky, pasando por todos los vinos y rones de la época. Después, entre bocados de ceviche, chicharrones y langostinos asados, algunos delegados no supieron la forma como llegaron a sus casas; pero la dama se mantuvo con gran equilibrio, pese a las copas. Esta vez el Presidente, si bien obtuvo un triunfo político, fracasó en su feroz ofensiva, por tumbarle la cabeza

a la soberana hembra.

Hubiera querido, en su desesperación, ordenar el estado de sitio y hasta pedir la intervención norteamericana... Tal era la borrachera, más la poderosa paloma se le escapó de entre sus templados lazos.

- Perdió mi querido Presidente, acepte que perdió la partida- le decía la huidiza mujer-. Si Presidente, aunque apele a la Corte Suprema de Justicia, esta vez perdió usted; lo siento.

- Ya lo verás, -expresaba el Presidente, cuando caballerosamente, pero tambaleándose, besaba a la arisca mano de la maravillosa mujer, sobre el anillo matrimonial, puntiagudo de brillantes.- Ya lo verás, partidaria de la coeducación, así tenga que regalarte el Cerro Ancón, o el mismo volcán. Ya lo verás.

Dicen que el Presidente continuó la parranda con el futuro doctor en leyes de la Universidad de Oxford.

Al día siguiente, en los periódicos de la mañana salió, a cuatro columnas, la noticia acerca de la decisión del Ejecutivo de abrir la nueva escuela normal para niñas y varones. Los pueblos del interior habían triunfado. En la foto se veía claramente la mano derecha del Presidente en su afán ejecutivo de estrujar el despampanante seno de la delegada.

4

Pero el petit comité no halló en todo lo ancho del poblado un edificio capaz de albergar a trescientos muchachos.

Entonces el Gobernador de la provincia, Tino Pérez informó a su jefe con una angustia de toro en el matadero la difícil situación.

-Mire Presidente, perdone, pero no hemos hallado aquí en este desgraciado pueblo una sola casa o dos casas juntas que puedan alojar a los trescientos estudiantes varones.

-Pues encuentre la posada en menos de veinticuatro horas, o sírvase presentarme su renuncia, por telegrama urgente.

Una bacinilla de orines viejos se derramó sobre la humanidad del futuro diputado. Entonces sí que la celebrarían don Cipriano y su gente, con moñas de cohetes chinos, y repiques de campanas.

En una de esas noches el pueblo emergía como un cementerio de silencio y la neblina bajó al terreno húmedo de la Plaza Mayor, llena de frutas podridas y de melancólicos sapos cantores. No había un alma por las calles de Dios; buena la oscuridad para robar muchachas en briosos caballos, oficio en el cual don Tino Pérez demostró tremenda capacidad. Sombras adecuadas para la realización concreta de abusiones; para escuchar la carretilla, la pavita de tierra, la gallina con los pollitos, la silampa y al padre sin cabeza de donde los García. Desde la cumbre de la torre blanca el reloj suizo marcó las once horas exactas de la noche de aquel pueblo apacible, en donde nunca habían matado a nadie, después de las viejas guerras del llano.

A esa hora, Tino Pérez revolvió su gordura y joroba en la ancha cama y pese a ser el primer representante del Presidente, no podía agarrar la mecha del sueño y se hallaba desesperado. Mas de pronto saltó de la cama y se dijo: "Ya lo tengo, es el gimnasio municipal!... Se levantó; fue al cuarto del posible estudiante de Oxford, quien dormía como un lagarto.

-¡Levántate, carajo o perderás la beca!- le gritó.

El viejo se echó ruana por encima y el hijo una sábana blanca.

-Vamos, hijo, a ver el gimnasio o estamos perdidos; yo conozco a ese hombre.

-¡Pero usted, papá- replicó el muchacho- sí no tiene vaina! ¿no? ¿Cómo se le ocurre levantarme a estas horas, para esas ahuevazones?

El gimnasio municipal era una cancha de básquetbol, situada

al lado de la Iglesia Mayor y cerca de la casa cural, no lejos de la casona de los Pérez. Estaba en la calle real. Tino Pérez consideró tomar las medidas del local y notificar, por la mañana al Presidente. Si bien la niebla cubría la colonial arquitectura de la plaza, a esa hora había cierta claridad difusa de aurora boreal del trópico. Cruzaron la plaza de viejos almendros y espelucadas palmas reales, pasaron por detrás de la iglesia y llegaron al gimnasio, el cual tenía una valla de alambre tejido. El hombre empezó a medir el largo y le dijo al hijo que hiciera otro tanto para calcular el ancho.

-¿Pero con qué lo mido, Papá?

-Huevón, con los brazos, hijito. Mide cuántas brazas tiene de ancho, so' maricón.

En esos estaban los dos sujetos, cuando al frente, por las rendijas de la alcoba, el padre Pancracio encendió la luz. El cura era uno de los que combatían la historia del padre sin cabeza, de la casa de su amigo Cipriano García."- Los fantasmas -sermo neaba- no existen y en todo caso son cosas del demonio."- El curioso cura encaramó sus doscientas libras sobre la mesita de noche y sacó los ojos por la celosía. Lo que vió era cosa de no creer. A esa hora, desde luego, nunca falta un par de trasnochados. A ciento cincuenta metros aparecieron dos parroquianos inconcretos y transparentes, y tal vez era tal el peso de la borrachera que no acertaban a distinguir la naturaleza de las sombras blancas que se movían de un lado para el otro, como en cuclillas, levantando los brazos de ánimas en Pena, allá por los linderos del gimnasio municipal. A uno de los dos borrachos se le fue la juma, del tamaño susto que le palpitó en la fruta del corazón.

-Compita...- dijo agarrando con pánico al compadre- compita, ¡mire eso que está allá!

-¿Qué vaina es? - respondió el amigo.

-Manito, el padre sin cabeza..inos llevó puta!...

En esto, el hijo de Tino Pérez que volvía a medir con sus cortos brazos lo ancho del gimnasio, al oír el murmullo de los borrachos y observar entre las nieblas una sombra negra con cuatro aletas, sintió que las chácaras de los huevos se les subían al cogote. Al mismo tiempo el cura que no podía

cómodamente captar la realidad de las manchas blancas que se levantaban y bajaban, con cierto ritmo, como entrando y saliendo de la tierra, (pues era miope y se había trepado en la mesita de noche sin los anteojos) al cambiar la posición, para aguaitar mejor, pisó en la esquina, desbalanzándose y se precipitó con todos sus pecados y en forma estrepitosa al piso de tablas de su cuarto. La ruidosa caída se sumó al resto del nocturno espectáculo. El muchacho Pérez corrió hacia su padre que en cucullas tomaba las últimas medidas.

-Papá, mira allá. ¡oh... el padre sin cabeza...mierda!.- gritó con pavorosa voz.

Los borrachos al escuchar el ruido de la aterrizada del padre fisgón y oír, al unísono, las palabras que se cruzaban los dos fantasmas blancos empezaron a gritar y correr sin rumbo fijo.

-¡El padre sin cabeza!... ¡El padre sin cabeza!...- repetían. Al darse cuenta, don Tino buscó a su heredero, pero éste huía despavorido hacia la casa con la sábana blanca amarrada al pescuezo como tambaleantes hélices de un helicóptero. Las luces de las casas de la Plaza Mayor, se encendieron y centenas de faroles salieron por las ventanas, como ojos verdes de gatos fluorescentes y cuadriláteros. Arriba de la torre sonó el toque cristalino de las once y cuarto de la noche. Todos vieron cuando los pálidos fantasmas, uno gordo y jorobado, y otro flaco y veloz entraron a la casa de don Tino Pérez. Una lechuza grande como del tamaño del gimnasio municipal cruzó volando y gruñó descomunemente, como en la era de los dinosaurios y entonces la noche se hizo pequeña, mucho más loca y más negra en su frialdad babosa.

5

De mañanita, don Tino Pérez mandó a buscar al señor Alcalde y le dijo con la tremenda autoridad de su tamaño y voz de bajo una tremenda advertencia:

- Al primero que usted oiga hablar, señor Alcalde, del padre

sin cabeza, me lo mete en la macarela, sin derecho a fianza y solamente a tortilla de maíz y agua. ¿Me oyó señor Alcalde?

-Lo oí, señor Gobernador. Pero recuerde que la vez pasada, algo parecido dio lugar al habeas corpus que le interpuso el licenciado Cipriano García...

-- Tinterillo Cipriano... Tinterillo, dirá usted- replicó Tino Pérez- Pero si esa es la vaina, entonces me mete, en la misma celda al defendido y al defensor. Entienda, señor Alcalde, que la patria vive momentos difícilísimos, y si no demostramos autoridad, poder jerarquía y rango; si usted se me ahueva y no se amarra los pantalones, entonces nada le cuesta escribirme su renuncia, aunque se en papel higiénico.

Pero esta demostración de dictadura municipal tendría relativo éxito, porque todas las beatas de la Plaza Mayor vieron los fantasmas entrar en la casa del Gobernador y se regó la bola de que se trataba de atemorizar al cura Pancracio, en primera instancia, y al pueblo, en general, con el fin de aplastar psicológicamente cualquier brote de oposición militante contra el Presidente, en los momentos en que se terminaban las construcciones de los enormes edificios para la escuela secundaria, manzana de la discordia política de esos días de la vida republicana, en aquel pueblo, en donde no habían matado a nadie.

-Y otra cosa- ordenó el Gobernador- mándeme a buscar al Capi Ruíz, inmediatamente, con el policía más arrecho, y comuníqueme que yo necesito verlo aquí vivo o muerto. ¿Me oyó, señor alcalde?

-Le oí, señor Gobernador. ¿Pero si lo hallan borracho?

-¡Puñeta... ése no es asunto de su incumbencia, maldito sea! Traígalo así venga en fuego, como quien se quita una garrapata del culo, y si no lo encuentra, dentro de una hora ¡dése por destituido y preso!...

El Alcalde comprendió que su superior amaneció con el indio arriba, ya que al hablar le temblaban los mostachos hitlerianos y se le soplaban las venas del ancho cuello de toro cebú, y se ponía rojo tomate, rojo sol del amanecer, rojo sangre...

Y entonces el pobre Alcalde se preguntó: "-¿Y en dónde coño estará ese puñetero del Capi Ruíz ahora? ¡Si tiene vaina este Gobernador!-" Se apresuró hacia el palacio municipal, una antigua casona de calicanto, entró en el gabinete, se ajustó la corbata de gatito; llamó al secretario y se recostó, con autoridad y cuasi jerarquía en el sillón de cuero.

-¿Qué desea señor Alcalde? Muy buenos días, perdóneme- expresó el Secretario.

-Pues mire, distinguido plumario, mándeme a buscar al Capi Ruíz, inmediatamente y dígame que necesito verlo aquí, vivo o muerto. ¿Me oyó señor escribano?

-Le oí, señor Alcalde. ¿Pero si lo encuentran borracho? ¿Dígame, es en relación con los fantasmas de anoche?

-¿De qué fantasmas de la mierda habla usted, señor Secretario?

¿Quiere que lo mande a meter en cepo a tortilla y agua?

-No, señor Alcalde, no quiero.

-Pues bien, escupo aquí; ya está... tráigalo, así venga con una mona de todos los diablos, pero antes que esa saliva se seque, y si no lo halla, presénteme su renuncia.

-Perdóneme, señor Alcalde... perdóneme, pero usted sabe que ante la ley yo no soy la autoridad competente y si ese Capi Ruíz está de mal humor y se enverraca es capaz de apretarme el pescuezo, como se lo apretó a usted, la vez pasada... ¿Cómo puedo yo obligar a este monstruo?

-Señor Martínez, no sea huevón... que a mi nadie me ha agarrado nunca por el pescuezo. Vaya a la policía y dígame al teniente, al sargento, a quien puta sea, que dice el Presidente, que mande al sargento Patalarga, a buscar a ese hombre, o está usted perdido... ¡y yo también, coño!...

El Capi Ruíz, o Capitán Ruíz mostraba talante de soldado, aunque también era poeta y parrandero. De mediana estatura, fornido, encogido de hombros, el pecho levantado y el paso militar, andaba por el pueblo con su fama de abogado y de revolucionario, sobre todo cuando apuraba el paso y erguía el mentón. No era, pues un hombre cualquiera y daba temor

cuando, al hablar, fruncía el ceño espeso y clavaba los ojos negros, encorvando la nariz chola, adornada de un bozo hitleriano: "Soy anarquista y visigodo, además, ustedes no valen un sebo... No saben un carajo"- solía decir en sus discursos. Ya pese a que en ese pueblo no mataban a nadie el Capi Ruíz había sido conspirador armado, de cuya acción le quedó el grado de capitán aunque ahora sólo oficiaba de tinterillo de pueblo y de bebedor consuetudinario con sus dos compadres, el Funerario y el Carretero.

Tino Pérez lo requería ahora, porque sabía que al talentoso y suspicaz licenciado Ruíz podría ocurrírsele una salida genial, antes de que se cumplieran las fatales veinticuatro horas del Presidente. Pero hallar al Capitán no era cosa fácil. Al Capi Ruíz le quedó el grado de capitán a raíz del golpe de estado de 1931. Y esto era lo que en algún grado unía a Tino Pérez y al Presidente, pues estuvieron entonces en el mismo bando, pero el Capi Ruíz repetía que aquella revolución se había malogrado, "porque no tienen cojones para ver correr la sangre"...

-Yo lo dije- comentaba el Capi Ruíz, en su tertulia de la Placita, cuando se echaba el popular trago de seco y se limpiaba con la manga de la camisa los negros mostachos - nosotros teníamos que hacer como los rusos: cortarles la cabeza al Zar y a su familia... a toda la corte... Pero los muy chácaras de chivo de los jefezuelos, gente civil, cochinos aprendices de burgueses, apenas nos vieron a nosotros, los militares, con los fusiles en las manos, y las cartucheras terciadas, a lo Pancho Villa, empezaron a temblar, pensaron en lo buenas que estaban sus mujeres, la rica comida y los amarres familiares, con la propia oligarquía que intentaban derrocar... Y cuando el teléfono de la embajada norteamericana sonó, entregaron el movimiento, y de conjurados pasaron a politiqueros de la misma calaña... ¡par de pendejos!... Allí fue en donde yo y mi gente, toda revolucionaria de verdad, dijimos: ¡chaqueta!... ¡Los militares no nos entregamos! Salimos del Palacio que habíamos tomado, en donde, sin embargo ya se había realizado el pacto de la claudicación; dejamos la capital cobarde, cuyo pueblo estaba apartado totalmente del putsch y nos volvimos al interior. Y aquí, para que ustedes sepan. ¿Qué creen? Yo me tomé el cuartel de

un solo huevazo. Huyeron los godos y los harmodistas, como gallinas, y como el nuevo gobierno, por teléfono, me ordenó que me rindiera, le contesté al comandante: vengan a buscar-nos, cagonazos, que van a dejar aquí los esqueletos! ¿Ustedes saben que yo soy visigodo? ¿Saben quiénes fueron los visigodos?-preguntó el Capi Ruíz, relamiéndose los bigotes, tras de echarse otro trago y escupir- ustedes no saben un carajo ... Miren, yo vengo de la estirpe visigoda, unos tipos del carajo, de allá de España... Pues bien ¿qué les digo? Procedí a incautar dos camiones, mandé a buscar a Filipo, un mecánico italiano y le ordené que me blindara las dos máquinas, con hojas de acero, por lado y lado... ¡mierda!... Eso lo hice yo, chuleta... antes que cualquier cabrón revolucionario de América Latina... Y con esas dos tanquetas, una al frente del cuartel y la otra, a la entrada del pueblo dije: aquí muere Sansón con todos los filisteos, pero el Capi Ruíz no se rinde, ni le salen plumas en las patas. ¡ja...ja! ¿Qué vaina, no? El cura, la clerigalla, la santería y don Cipriano se cagaban de miedo; no quedó un funcionario público en su puesto y los putas del gobierno no se atrevieron a llegar y en esa inoperancia de nuestras fuerzas insurgentes, que eran ocho rebeldes conmigo, terminó la revolución del pueblo, con una juma del gran demonio que nos metimos en la cantina del chino Ho... ¡Qué carajo!... Si ustedes saben que en este pueblo no matan a nadie...

Cuando el Alcalde miró el reloj y no aparecía el Sargento Patalarga con el visigodo, antes que viniera el señor Gobernador, salió, él mismo, a vaquear el abogado y tuvo la suerte de ver a uno de los secuaces del Capi Ruíz quien le informó que el hombre andaba por un caserío vecino, sirviendo de testigo en una mensura de tierra. El Alcalde alquiló un caballo flaco, al cual le decían "tragamillas" y tomó la carrera hacia el sur del poblado, con una velocidad casi espantosa. A la hora regresaba el "Tragamillas" con dos jinetes: el Alcalde Municipal en la silla y el visigodo, al anca, montado sobre un saco de henequén. Volvían como ánimas que lleva al diablo. El Alcalde, flacuchento y encorvado, con la desteñida corbata negra de gatito, a medio lado y detrás, el Capi Ruíz, con las piernas colgadas y agarrado de los tientos de la silla, tratando de evitar la caída de su recia arquitectura. Al pasar, a todo trote, por la abigarrada Placita, hacia la alcaldía, las gentes sorprendidas no entendían si el Alcalde llevaba preso al Capi Ruíz, o si el Capitán Ruíz conducía al Alcalde de rehén para tomarse, otra vez, el cuartel. Desde la mampara de una cantina un

chusco gritó a todo pulmón: -"quémenlos"...- "-Canallas-gritó otra voz- no les basta con los fantasmas y ahora andan de judíos sobre ese pobre animal".

El Alcalde intentó retroceder, para medidas disciplinarias contra los protestantes, pero alcanzó a divisar el reloj de la iglesia y apuró el paso, taloneando al fatigado animal, que al tratar de retomar el galope se rajó tres pedos públicos que hicieron salomar y gritar de contento a los mirones...- "¡Quémenlos!..."

Al bajar en el palacio municipal, quedaron los dos, Alcalde y visigodo rodeados de policías que cargaron con el requerido para la oficina del Gobernador.

-¡Putá madre!... ¿Pero qué vaina es, esta?- alcanzó a denunciar el Capi Ruíz, cuando sintió que el sargento lo empujaba ferozmente.

Inmediatamente corrió en el pueblo la noticia del arresto de Capi Ruíz y se comenzó a hablar, en la casa de los García, que en la capital habían tumbado al gobierno: -"Dios es grande, exclamó don Cipriano".

Al entrar a la oficina del Gobernador, Capi Ruíz echaba truenos por los empujones de los policías. Sin embargo, Tino Pérez se rió de la vaina.

- Capitán Ruíz, mi hermano - dijo el Gobernador con gran camaradería- yo creo que tú eres el único que puede resolver mi asunto.

- Mira terrateniente pipón-replicó el Capi Ruíz- tú sabes que yo, de fantasmas no sé un carajo.

- Déjate de vainas- respondió el Gobernador, echándole los brazos, ante los perplejos policías, y conduciendo al genio Ruíz al auto oficial se fueron a la finca ganadera del latifundista.

El sol marcaba las once y media del día azul y faltaban dos horas temblorosas para el término fijado por el presidente de la república. En la finca de Tino, echándose en una hamaca, mandó a servir un sancocho de gallina y le preguntó al Capi

Ruíz si quería whisky o ron.

- Dame seco; tú sabes, rico jorobado, que yo no soy burgués... Pero bueno-agregó- no me barajes la cosa, dime de qué porquería, desfalco o falsificación de documentos se trata.

- Mira, mi Capitán Ruíz, es cosa de vida o muerte.

- ¡Ja!...no me vengas con el cuento de que tus jefes políticos, me mandan a buscar, para dar otro golpe de estado...Jum...los mismos que nos jodieron en el treintuno.

- Mira, hermano, se trata de un golpe; sí, pero de otra clase. Bueno, agarra el vaso. Salud...Mira, Capi, debo llamar en estos momentos al Presidente para informarle acerca del lugar, del edificio que pueda albergar a los muchachos, pues tú sabes que el hombre se comprometió a inaugurar la escuela y cuento, dentro de pocos días, y hay que meter a los chiquillos varones. ¿Comprendes? Eso era lo que yo andaba buscando anoche con Tinito: ver si el gimnasio me servía para tal fin... ¿Qué me dices Capi; hermano?

En eso trajeron el sancocho oloroso a gallina criada libremente en el patio, con el gusto de orégano, culantro y ñame blando a todo dar.

-¿Qué me dices tú, Capi Ruíz, que eres la verraquera? ¿En dónde carajos podemos encaramar a unos ciento cincuenta varones?

-¡Jum!...¡qué buen sancocho prepara esa negra!...-se relamió el Capi metiendo la cuchara en el sustancioso y amarillo caldo; luego sopló la ración y la sorbió, como una serpiente, tragando con glotona delectación.

-A ver, hombre, dime: ¿qué se te ocurre?

El Capi no contestó, hundió su personalidad en el caldo; con un tenedor trinchó la gorda molleja y después la dorada pechuga.

-Sabrás-dijo el Capi Ruíz- ésta es mi presa preferida; me encantan las pechugas, las de gallina y las de las hembras...¡ja, ja...!

-Déjate de vainas, Capi Ruíz, y vamos al grano.

-Je, don Tino, me extraña, pues por una pechuga, mejor que ésta, pechuga de mujer, está tu Presidente metido en este enredo.

-No seas pendejo, Capi, tú sabes que el Presidente es un hombre visionario, eso es lo que pasa.

El Capi se relamió los bigotitos negros, mascó un pedazo de bollo blanco, levantó con la zurda un lado del plato para recoger la zurrapa y ripió con la cuchara el último buchito de sopa.

-No seas huevón, Tino-respondió el agasajado-visionario como todos los de su clase. Muchos quieren imitar al viejo Porras, el famoso Huevo de Pava, que construyó hospitales grandísimos y carreteras, por aquí y por allá, para que ricos como tú se emplumaran. ¿Qué cuento me echas tú a mí?

-Coño, Capi Ruíz, déjate de ideologías y pendejadas, y dame la idea pronto. Tú sabes cómo es el hombre.

Oh, qué bueno está este sancocho!... pero bien, vamos a la materia. Dime perchón, ¿por que no le propones al cacha de cabra de tu Presidente que haga el internado de varones en la vieja iglesia de San Juan de Díos?

Tino abrió las pepas de los ojos y un raudal de sangre le tiñó la carota de toro cebú.

-¡Putá!...¿tú quieres que el padre Pancracio y Don Cipriano García me descuarticen en la Placita?

-Déjate de mariconadas-dijo el Capi- tú sabes que en este pueblo no matan a nadie. Mira, en esa iglesia caben, cómodamente hasta trescientos muchachos y sólo habría que echar de allí a un poco de santos, pintar, hacer diez o veinte excusados.

-¿Pero cómo? Eso es una iglesia. ¿Tú estas loco? Allí están las lápidas de las tumbas de honorables ciudadanos. Y la torre, dime, ¿cómo va a ser ese alojamiento de internado con torre y altares?

-Para pueblos como estos-consideró el Capi Ruíz- con una iglesia sobra. Con una solita basta para que cualquier español metido o cura embarque todas las viejas y viejos y en nombre de Jesucristo y de un cielo que nadie ha visto se mantenga la humanidad como está: tus peones comiendo ñinga de vaca y esa pobre negra, tu cocinera, creyendo que Tino Pérez es el representante político de Dios en la tierra. Mira, pídemme

otro plato de sancocho, y dile a la prieta que ahora me eche la rabadilla.

-Negra, más sancocho para el jurisconsulto.

-¡Por qué piensas tú, Tino Pérez antiguo campesino miserable y hoy rico de pueblo, que el cura Pancracio y don Cipriano odian a tu señor Presidente? ¿Acaso son pendejos para no entender que la escuela les hará la competencia? ¿Acaso no saben que la ilustración abrirá los ojos de los mansos corderos? Eso te pasa; Tino, porque tú no lees un carajo. Gente como tú nada más piensa en vacas.

-Mira Capi, no me eches discursos y vamos a la vaina.

-Si tú me invitas a tu hacienda, para lo cual primero, tus gorritas me empujaron como si yo fuera un bandido, tienes que oírme- El Capi centró su atención en el humeante plato del caldo y se echó la rabadilla de un solo chasquido, en el buche, mascó lentamente y levantando la cuchara delante de la nariz del gobernador agregó: -Aquí en el pueblo el único bandido eres tú, eso bien lo sabes, aunque eres un bandido de aldea, y el verdadero gran bandido es tu Presidente. Pero ése tiene coraje y tú te comportas como un gallina. Escucha, ignorante, el camarada Miguel de Servet, un sabio de la Edad Media, la Santa Inquisición lo quemó vivo, por haber descubierto la circulación de la sangre. El Papa bendijo los cañones para que el fascista Mussolini hiciera jamones de los negros etíopes... Así que, sácate el clavo, en solidaridad con los martirizados de la historia y manda a tumbar esa mugre de torre ¿No quiere tu Presidente una escuela gigantesca, con libros de John Dewey y demás yerbas pragmáticas? Derriba la torre y vuelve leña los altares y pasarás a la historia como un Lutero folklórico.

6

Debajo del crepúsculo, entre rojo y amarillo, en el atrio de la iglesia mayor unos hombres hablaban de la inutilidad del tiempo y de las cosas. En eso, a grandes zancadas militares llegó el Capi Ruíz y se cuadró, como siempre.

-¿Saben camaradas, la última? Cáiganse para atrás... El Presidente va a instalar el internado de varones en la iglesia San Juan de Dios.

-¿Qué estás tomando hoy, Capi?

-Seco...seco de caña de miel ...es mejor que el Whisky el ron y el vodka. Pero esto que les acabo de informar es la Biblia. El Presidente llamó a su correveidile, Tino Pérez y se lo ordenó: "Mire Gobernador, le telefoneó, el internado va con todo en la iglesia San Juan de Dios.

Como un reguero de pólvora estalló la noticia en el pueblo. A la cara de la tarde se le difuminaron los brochazos amarillos y quedó totalmente roja, de puro rubor. Como plumas en el aire jugaban algunas chispas de oro. Detrás del campanario iba el sol herido, para abajo como un toro asesinado, ni más ni menos. Las grises casonas de la Plaza Mayor, de espalda al atardecer se desdibujaban en grandes planos de tono siena y de negro humo., las de enfrente resplandecían de doradas y rojas estocadas. Sonaron las viejas campanas en procura del rosario y los tin tin se escaparon lentamente por el crepúsculo, hasta el horizonte, como globos escarlatas.

-¡Putá!- exclamó el Capi Ruíz, despidiéndose- ¡qué tarde más estupenda!- y agregó:- pues lo dicho. Eso es así, pésele a quien le pese y después de ello, aquí no hay chivo que mee para arriba. Ahora voy a casa de don Cipriano García, a ver si le da un ataque... y a meterle candela contra esa orden presidencial ¡coño! Porque una vaina que me encanta a mi es el trepa que sube, el tira que jala, el tamborito y la revolución... ¡Adios, comesantos y cagadiablos!... ¡Se va el pandero! ¡Oh... qué tarde más esplendorosa y brutal!...

Cuando el Capi Ruíz llegó donde los García y preguntó por el licenciado Cipriano, la Niña Rosa, muy cortésmente lo atendió:

-Tenga la bondad, Capi de esperar unos segunditos, que Cipriano está ahora mismo cenando; tenga la bondad, mijito...

-Pues mi Niña Rosa, comuníqueme al doctor que es un asunto de vida o muerte.

-¡Ay, Jesús santo!... por lo mismo, entonces, espere a que termi-

ne el señor de cenar, pues si no, eso le va a dañar la digestión.

Pero el Capi Ruíz no hizo caso y entró al semioscuro comedor el cual tenía al fondo una gran imagen del Corazón de Jesús. Sentado en su cómoda silla de caoba negra don Cipriano remataba la cena con sorbos de café recién colado y galletitas de sal, tostadas.

-¡Licenciado, se quema el pueblo!...-declamó con dramatismo el visigodo, al entrar cuadrándose y sonando los tacones de las botas al estilo militar.

Al oír tal cosa, al pobre viejo se le cayeron los anteojos y se le fue el último buchito de café caliente por la nariz y empezó a estornudar fuerte y a balbucear. Rápidamente acudió la Niña Rosa.

-¡Ay, Santa Virgen, de los cielos!...¿no se lo dije yo?... ¿Qué te ha pasado muchacho?

Sin embargo a Cipriano el ahogo le pasó.

- A ver, qué sucede. Siéntate Capi. Niña Rosa, tráigale un café al licenciado - alcanzó a decir Cipriano con atiplada voz de momia recucitada.*
- Gracias doctor, ¿no sabe la ultimilla? y bajando la voz para que la Niña Rosa no escuchara el bochínche le sopló en las peludas orejas de Cipriano- sepa señor que el Presidente mandó a que instalen el internado de estudiantes varones en la iglesia San Juan de Dios y van a derribar la torre y a desenterrar los muertos... ¡Se acabó el mundo, doctor!...*

Cipriano pasó de moreno a morado oscuro; después abrió las pepas de los ojos, como dos calabazos blancos, remangó la encorvada nariz; se le pusieron casi lisos los rizados pelos de la gris cabeza de pimienta y de prócer de la provincia.

-¡Mi Niña Rosa ... me ahogo!

El ejecutante privado del armonio de la iglesia casi se derrumbó hacia un lado de la silla. La Niña Rosa que acudía

con la taza de café trastabilló y le echó el café caliente sobre los muslos del Capitán.

- ¡Oh, salvaje! ¿qué le ha hecho usted a mi hermanito?- gritó. Dejó la taza y empezó a echarle viento, con un folleto de la novena de la Virgen del Carmen a su hermano del alma.
- ¡Ay hermanita, me van a matar! - exclamó, ya revivido, Cipriano.

El Visigodo se limpió el pantalón, se despidió caballerosamente y dejando el laberinto de la intriga en la penumbra de la sala antigua, de negros y pulidos muebles de caoba, abandonó a su tutor y corrió con paso de ganso, a la casa del cura. Ya había sonado el tercer toque crepuscular del rosario y el padre Pancracio recogía la pollera de su raída sotana, para que no se le mojara en los charcos de la calle. Era el rutinario cumplimiento del reloj de su espíritu; salía de la casa cural hacia la iglesia, con sus doscientas libras españolas y sus pasitos cortos mediatizados por la vieja dolencia de sus almorranas y de su humanidad rechoncha. En eso iba cuando lo atacó militarmente el Capi Ruíz.

- Padre, ¿no sabe la última? -dijo cuadrándose.
- No me vengas con tus cuentos de siempre, malandrín, déjame pasar, que tu facha de republicano me apesta. ¡Apártate sataná!
- Padre, mire, huélame la boca... fíjese que hago el cuatro-hizo la maroma de cruzar una pierna contra la otra- ¿Vio? Escuche esto, doctor- lo agarró por las manos que más de las de un cura aldeano semejaban las de un minero asturiano y casi a la fuerza lo sentó en un macetero.
- Déjese de bravatas padre que usted es falso tigre. Oiga, el Presidente le comunicó esta tarde, hace media hora a don Tino, que el internado de varones, para su gran escuela secundaria, lo instalarán justamente en la Iglesia San Juan de Dios. Van a demoler para que usted lo sepa, padre, los altares y destruirán la torre, de lo cual se encargarán unos

españoles y yugoslavos terribles... Anoche, usted sabe, ¿no?- continuó el Capi Ruíz socarronamente, pues anoche no había tales fantasmas, ni padre sin cabeza, sino don Tino que medía el gimnasio municipal para ver si podría servir para tales propósitos, y usted, por novelero y vidajena, casi se mata, señor doctor... casi se mata, lo sabe todo el pueblo.

- ¡Putra madre!- exclamó el obeso cura, enrojecido, colérico y fuera de toda inhibición. Le temblaban los lóbulos de la orejas y especialmente la gordísima papada, propia de un Cardenal.- No puede ser, ¡coño! -masculló- si no han hablado conmigo y estoy seguro que ni con el Señor Obispo... ¿Es que no hay ley?
- Ni que Obispo, ni qué ocho cuartos, doctor Pancraccio, la ley es el Presidente. Usted más que nadie lo sabe; déjese de vainas.
- Mira Capi Ruíz, oye lo que te voy a decir- sentenció el cura-primero pasarán sobre mi cadáver, esos masones y republicanos de la misma mierda. Publícalo con tu lengua de culebra en las plazas. Anda, riégalo, que tú eres uno de ellos, un diablo igual, ¡puñeteros!
- Qué va señor-respondió el Capi Ruíz-usted sabe que en este pueblo no matan a nadie. Y además, sepa que yo no soy masón, sino anarquista y visigodo, vengo de elevados linajes de Espña.
- ¡Vete al diablo-gritó fuera de sí el religioso-arranca, satanás! ¡Fuera tinterillo de mala muerte!
- No se ponga así mi monseñor-apuntó el Capi Ruíz-que se le van a agriar las almorranas.
- ¡Sal de aquí, desgraciado...fuera masón!...

A los gritos del cura acudieron algunas beatas, que impacientemente esperaban el rosario; con ellas venía el sacristán.

- Padre- preguntó muy humildemente al salir el Capi Ruíz-Padre ¿el rosario?
- ¡Qué rosario de la puta madre!

Pues sí, esa noche no hubo rosario y como ya el cura Pancraccio no se llevaba con Don Cipriano, por el maldito hallazgo de las veinte barras de oro, mandó al sacristán a buscar al

resto de notables del pueblo: al farmacéutico Simón Sosa y a su mujer, encargados del arreglo de la iglesia; al dueño de la joyería; a todas las jefas de las distintas congregaciones: del Corazón de Jesús, de las Hijas de María Casadas, de las Hijas de María Soltera, del Club Veinte-Treinta, Club de Leones, a los Caballeros del Santo Sepulcro, que de todas maneras le hicieran saber a don Cipriano la ingrata noticia. A las ocho de la noche, en la sala de actos de la casa cural complotaban el cura y su gente, incluido don Cipriano, quien modestamente y cohibido, como un talingo mojado, casi se escondía detrás del pescuezo de litro del farmacéutico don Simón. Pero no acudió ni un solo empleado público.

El cura, observando detenidamente a cada asistente, por si descubría algún sapo en el secreto cónclave, expuso los planes que incluían toda clase de protestas, desde rosarios, misas y procesiones hasta la toma violenta de la Iglesia San Juan de Dios. El farmacéutico pensó, para sí, que todo eso iba a fracasar, porque en ese pueblo jamás habían matado a nadie y por cuanto se conocía muy bien al Presidente. La reunión concluyó a las diez de la noche, cuando por el parque rajearon las lechuzas.

Al día siguiente, de mañana tocó la puerta del farmacéutico el sargento Patalarga y le comunicó que el señor Alcalde deseaba hablar con él.

- Muy bien, señor policía, dígame al señor Alcalde que iré, a esos de las diez de la mañana-accedió don Simón.
- No, qué va, señor- respondió altaneramente Patalarga-usted camina conmigo es ya, y yo no soy policía sino sargento.
- Está bien, teniente, no he dicho nada, reculo mis palabras, perdone; voy ya.

En la alcaldía, el dignatario recostado en su sillón, agarrándose con jerarquía y alto rango las solapas del viejo saco de cáñamo, le comunicó lo siguiente:

- Anoche, en la casa cural ustedes hicieron una reunión contra el gobierno. Se sabe pormenorizadamente el plan. Y por ello yo ordené ampliar las celdas del cuartel y dispuse un

bote para hacer excursiones de fin de semana a las Isla Penal de Coiba...

- ¡Ajá!...-alcanzó a musitar el químico, pálido como una hostia.
- Además, y esto le concierne, se piensa abrir proceso contra su persona, pues hay pruebas fehacientes acerca del campesino que murió al tomar una receta suya, la que, al parecer, contenía un error de imprenta; pues usted, tómelo en cuenta a la hora de conspirar, no tiene título, ni licencia, ni idoneidad alguna, para recetar medicinas, ni venenos...
- Ajá, pero señor Alcalde- se defendió con Simón- todo eso es una infamia.
- Pues tenga la amabilidad señor boticario de mantequilla, de meterse esa lengua suya en la boca, mientras le habla la primera autoridad del municipio. Y dígame al maricón del cura Pancraccio, palabras textuales del señor Gobernador, don Tino Pérez (y él sabrá por qué las dice) que ordena el Presidente lo siguiente: si él sigue conspirando, bajo la sotana y el crucifijo, asimismo deberá preparar maletas para viajar a España, en donde los republicanos lo esperan con mucho amor para comérselo vivo.

Era la primera vez que el boticario del pueblo, Simón Sosa, asistía a una alcaldía en condición de reo público y no dejaba de temblar.

- Entonces, señor Alcalde, ¿estoy detenido o preso?
- Todavía no, señor químico- dijo el Alcalde- váyase y no se le olvide el recadillo para mi amigo el doctor don Pancraccio Rivadeneira de la Peñaloza.

7

De los trescientos obreros de la capital que daban los últimos toques a los tres grandes pabellones de la nueva escuela normal, para señoritas y varones, pronta a inaugurarse por el señor Presidente, trajeron en camiones, al centro del pueblo, como a cuarenta hombres, casi feroces, con toda clase de

instrumentos de demolición. A las patadas abrieron la puerta del templo, pieza tallada de madera de cedro y níspero.

Penetraron en el umbrío recinto sagrado, lleno de almas y ánimas en pena, sin hacer las debidas reverencias, ni persignarse, ante el señor Cristo crucificado, que parecía llorar en su impotencia. Cuando los destructores empezaron a echar el piso los pedazos de altares, columnas y cornisas; a bajar santos, que era un gusto, el maestro de obra advertía: -"Repeten...respeten amigos, que esto les va a traer mala suerte por el resto de sus vidas".

Cuando le dieron la noticia al farmacéutico Simón Sosa, se introdujo tapones de algodón en las orejas, tomó una chiva y huyó del pueblo, para no oír ni ver.

Como ninguno de los conspiradores confesionales asistentes a la reunión de la noche anterior, realizada en la casa cural, se presentó a protestar, a tomarse el templo, como había sido el acuerdo unánime, el padre Pancracio maldijo la cobardía de sus mansas ovejas y desistió él mismo de cumplir la determinación suicida de quitarse la vida, o de que pasarían sobre su gordo cadáver. Pensó, para sí, que de seguro el soplón había sido el servil y gallina de don Cipriano.

Sin embargo, cuando don Cipriano se repuso, a través de interpuesta personas, y dirigiéndose a una de las queridas del gobernador, devoto de San Juan de Dios, solicitó que, al menos, ya que el presbítero Pancracio no aceptaba que a su iglesia entraran los santos derrocados del otro templo, se permitiera a personas de reconocidos méritos cristianos, llevar las imágenes de sus hogares.

En el púlpito el padre Pancracio expresó, lleno de ira, como un camaleón, inflando su papada:- Los demonios del pueblo han organizado la demolición de la santísima y antiquísima iglesia de San Juan de Dios. ¿Para qué? Dizque para meter hasta los hijos de las cocineras y de los leñateros en la pedagogía y las metodologías. Mañana saldrán de entre los libros de esos profesorcillos de pacotilla, los que irán a los campos de corromper el alma de aquella gente, y este pueblo de tontos de capirotes, se dejará embaucar. Pero Dios todo lo ve, y no perdonará; bajarán ángeles y arcángeles con sus espadas a cortar esas cabezas, a partir en cien las sierpes del Presidente... Por qué vienen a confundir las cosas, los valores de la sociedad? Yo les digo a esos republicanos, ateos

y masones, que Dios dejó el mundo tal como le dejó, en el cual, como es sabido, ni los dedos de la mano son iguales.

Cuando Cipriano gestionó la repartición de los santos, la noticia voló de familia en familia, y los devotos acudieron al viejo templo. A las once del día, como no había andas, cada grupo de familia improvisó la forma de llevarse los íconos. Los obreros facilitaban el traslado de los altares y nichos al atrio de la iglesia y el maestro de obras dirigía la operación. Del atrio los santos eran llevados al hombro, en destartalados camiones, o en lo que fuera. En la destruida puerta algunas viejas se arrodillaban y con rojas y negras lágrimas se aporreaaban los pechos, diciendo: -por mi culpa, por mi grandísima culpa-.

El gentío congregado frente a la iglesia y el sacrilegio de su aniquilación era muy grande, pero impotente. Cinco policías vigilaban el trasiego de santos benditos, criptas, pila bautismal, pedazos de altares y del púlpito. Dos trabajadores españoles, medio herejes, se reían con sus azules y cuadradas quijadas, del fruto brutal de sus mazazos. En la madre patria España, sin embargo en esos momentos, las legiones azules degollaban republicanos y comunistas, vivaban a Franco, a Dios, a la Virgen María y a Santiago Apóstol.

Salieron en sus orden: Jesús crucificado, llevado por unos peones, para la casa de don Cipriano García más la pila bautismal; la Virgen María, San Juan de Dios, el patrón; un San Antonio, pequeño, como de a tres pies, al cual, en una procesión y viernes santo, al caerse, se le quebró la mano derecha y hubo que buscar al maestro León, para que le incrustara una mano nueva, pero le quedó mucho más larga que la izquierda, y por eso le decían: San Antonio Manilargo. Un rico comerciante pagó veinte pesos plata, al maestro de obra, por San Roque, San Miguel y San Bernardito, y no remató todo el lote, porque se lo impidieron los demás acudientes. Después se supo que el comerciante vendió a San Roque, por sesenta pesos; a San Bernardito, en treinta, y a San Miguel lo cambió, a un campesino, por un torete de primera y un caballo fino. La penúltima imagen en salir fue una Magdalena, muy bonita, de ojos verdes y las mejillas rellenas de colorete, vestida con una túnica roja, escarlata. El dueño, como no tenía en que llevarla, buscó al carretero y éste la subió de

un solo empujón, con sus fornidos brazos; se encaramó él, puyó a los bueyes y echó a andar, calle abajo. Detrás se fue el grueso de la gente, marcando el paso de la contra-procesión, el histórico día en que los santos fueron lanzados para siempre de aquella antigua iglesia colonial, para nunca más volver.

Cuando ya terminaba el julepe, desde la cantina del chino Ho, el Capi Ruíz, con sus amigos de armas beber, empezó a disparar media docena de voladores en beneficio de la fiesta. Adentro de la iglesia, ya casi vacía de íconos, se formó una pelea, a la boca y a la dialéctica de las lenguas, debido a la disputa por el último mohicano. La reyerta a grito era entre el carnicero, dueño de un banco de expendio de carne en el mercado público y el barbero del lugar. Los dos eran devotos de San Isidro, santo de una braza de alto, al cual le apellidaban: San Isidro el tuerto, debido al daño sufrido en el ojo derecho, por causas desconocidas. Este santo era muy milagroso y uno de los San Isidro más bellacos de por esas comarcas:

San Isidro labrador,
pon el agua
y quita el sol...

El santico estaba casi clavado con pernos de madera y el carnicero, al halarlo le rompió una pierna. Eso podía remediarse con una pierna postiza del maestro León. Pero como el barbero lo vio primero y pagó varios pesos al maestro de obra, se formó la discusión, en la cual el carnicero argumentó que los santos no eran reses para venderlos como tal y que él, el carnicero, todos los años, con su mujer, para el quince de mayo día de San Isidro, pagaba al cura la misa y le ponía camisa y calzones nuevos. En el recio cuestionamiento, y pasando el santo de una mano a la otra, según el tamaño de los argumentos, salieron los contendientes, cada quien con su grupo y bajaron por el callejón que conducía al mercado. Allí apearon al San Isidro el Tuerto, mientras trataban de arreglar, todavía a las palabras, la cuestión religiosa. Pero el carnicero, al perder la paciencia tomó conciencia de que estaba estratégicamente situado en su terreno, el del mercado, lo cual fue un error táctico del barbero, y su rival arrebató violentamente el santo y el fígaro quedó solamente con la pierna rota, en sus manos. Y de aquí los hombres pasaron,

de los gritos y las palabras sucias, a los puños.

"-Dale...dale". -gritaban las masas azuzadoras. La pelea lucía pareja: derecha a la quijada, por el carnicero; patada a la barriga del carnicero, por el barbero. Yap de izquierda del carnicero; nueva patada del barbero al carnicero, en el culo, y así viéndose tan ofendido el carnicero agarró al barbero por el pescuezo.- "Que se desaparten, gallinas... peleen limpio maricuecas!" -gritaba la turbamulta- En ese momento acudió un pelotón de policías, provenientes del cercano cuartel; detrás la chiquillería... Fue cuando ocurrió lo mejor; todo mundo lo vió; el carnicero, con una iracundia mostruosa le mordió la oreja izquierda al barbero, quien a juicio mayoritario iba ganando el boxeo-lucha-karate...- "Putá! - exclamó un observador neutral- ese carnicero es peor que un perro!"-

El mordido barbero, en medio de folclórica bolina, mientras agarraba con un pañuelo ensangrentado la oreja mordida y se agachaba en busca del tejo que le cercenó el perro del carnicero, recibía los toletazos de los gandarmes bajo las órdenes de Patalarga.- "No sea cabrón, Patalarga-gritó el barbero- que ando buscando mi oreja! "-Pero nada valió; los representantes del orden público cargaron con el carnicero, el barbero y el San Isidro para la cárcel. Detrás seguían los grupos de entusiastas admiradores. Era la una de la tarde y repelaba un sol platachina, en medio de moradas nubes. En la cárcel abrieron la enegrecida puerta de hierro. Entró el carnicero, a quien después apodaron con el título de Pedrotumbaoreja; el barbero gacho y el San isidro Tuerto. Según los registros históricos, el único santo preso, desde los días de las catacumbas a esta partes.

Cuando el oficial de guardia mandó a los gladiadores y al santo para atrás, y Patalarga dijo al cabo de puerta: pasen... entonces empezó a tronar y a caer un aguacero macho de goteras más grandes que ciruelas micoyas. Según don Cipriano aquello fue la protesta del cielo, una tempestad en la cual incluso cayeron granizos del tamaño de granos de maíz (lo que no ocurría desde 1914) y después vino un viento del mismo carajo, se derramó la descomunal olla del cielo y no dejó de llover en tres días seguidos, con sus noches, pese a que era verano. Desde lo alto de las tinieblas lilas

San Isidro habló y dijo: -"esto es para que sepan que yo soy San Isidro, aquí y en todas partes, aunque sea tuerto y ahora me falte una pata"...-

8

A pesar de todo en la iglesia el cura Pancraccio hizo firmar un memorial, dirigido al Presidente, en donde, con todo respeto y por amor a Dios, de todos los Santos y de la sagrada tradición, solicitaba que en ningún caso echara abajo la antiquísima torre, única en su estilo, en América Latina. El cura mandó razón con la propia mujer del Gobernador, para enterarlo de la comisión que saldría en la mañana siguiente hacia la capital para entrevistarse con el Presidente; ya el gobernador estaba enterado.

-Déjenlos que se vayan- le dijo el gobernador al teniente. El Presidente tendrá mucho placer en recibirlos.

Por razones de seguridad, ya conocidas, no integraba la comisión don Cipriano García; tales razones tenían que ver con el recelo producido en Pancraccio, por el maldito hallazgo de las veinte barras de oro, motivo del rompimiento de la vieja alianza eclesiástica -política entre Pancraccio y Cipriano.

La comisión salió a las tres de la madrugada, presidida por el farmacéutico, quien no pudo dormir en toda la noche, a pesar de estar informado de que el gobernador no los iba a molestar. Iba el joyero (el verdadero agente infiltrado de don Tino, pues tenía placa de policía, desde la toma de posesión del Presidente). El resto de la comitiva estaba integrada por estimadas damas de la más rancia sociedad de la Calle Real. Viajaban en la chiva "La Cantonese", la cual gastaba doce horas en la travesía. Así, cuando a las tres de la tarde, más o menos cruzaron el Ferry, en el Canal, más cansados que gallinas en un cajón, el farmacéutico observó que de lado y lado de "La Cantonese", se ubicaron cuatro motocicletas

del tránsito y empezaron a sonar sus estridentes bocinas: plaf...plaf...plaf...

- ¡Ay, Dios! -exclamó el boticario-
- ¿Qué pasó?
- Ojalá mis ojos se engañen-respondió el boticario- pero creo que vamos presos. ¡Hemos sido traicionados!

Pero no era para tanto, se trataba, nada menos que de un gesto protocolar del Presidente, quien atendía a los marchitados delegados del cura, en calidad de enbajadores provincianos. Por orden del Presidente los comisionados fueron alojados en el famoso Hotel Central. Allí los recibieron el Secretario de Educación y el Presidente de la Asamblea Nacional.

- En nombre del Presidente- dijo el Secretario de Educación- les doy la más cordial bienvenida; todos sus problemas serán resueltos, cuanto más que vienen ustedes, damas respetables y caballeros pundonorosos, del pueblo en donde nuestro Presidente tiene fijados los ojos.
- Muchas gracias...muchas gracias-intentó decir el farmacéutico- se trata...
- No es el momento de hablar-acortó el Presidente de la Asamblea- usted lo planteará directamente al Presidente. Alójense aquí y dentro de diez minutos llegarán a sus habitaciones comisionados del protocolo para atenderlos.

Entonces se despidieron y al momento, los dichos comisionados tocaron las puertas, cargados de un mundo de paquetes.

- Es usted el jefe de la delegación-preguntó amablemente un experimentado sastre-
- Sí señor-contestó con rapidez el farmacéutico, quien no salía del asombro. Pidió permiso y se fue al baño a tomarse una cafiaspirina.
- Por favor, señor, mídase este saco de color crema- mostró el sastre un vestido, sacándolo de cajetas del Bazar Francés y del Bestfit.

- Pero joven, no es para tanto, yo no traigo dinero.
- Escoja, su excelencia, no vaya usted a despreciar a nuestro señor Presidente, que tanto lo aprecia. ¿Su nombre es don Simón?
- Si, caballero, Simón Sosa.

Y entre lo tomo y no lo tomo, primero con renuencia y después con cierto grado de deber y aceptación, pero ligeramente lastimado, al saber que de seguro, en el pueblo podrían decir las malas lenguas que se había vendido por un vestido del Bazar Francés, empezó a probarse la ropa. Las medidas resultaron exactas- ¿"Cómo diablos adivinaron?"- lo pensó. Y al fin tomó el vestido gris de rayitas negras.

- Ah, pero por favor, mire acá, doctor; vea las camisas, son de la afanada marca Arrow, legítimas. ¿Las prefiera blancas?- inquirió el sastre.

Se repitió la misma escena en las habitaciones de las señoras, en donde una experta en mostrar vestidos, las deslumbraba con trajes de firmas norteamericanas. Al principio vino la negativa cortés, interiorana, las excusas, el gesto de falsa vergüenza, pero entonces salpicaba la frase protocolar:

- Es cortesía del gobierno y no pensemos que ustedes, respetables damas, por ningún motivo despreciarán los presentes de mi señor Presidente.

Finalmente acudieron al hotel expertas peinadoras y en menos de hora y quince minutos la delegación estuvo empaquetada como para vitrina de almacén. Lo que se perdía don Cipriano.

A la hora justa llegaron las personas en negras limusinas al Palacio de las Garzas. Había un cortejo en espera de la comisión y el edecán del Presidente, tomando de un lado al boticario y del otro a la más emperifollada de las damas, hizo subir al resto de la comitiva al Salón Amarillo. Como la representación desconocía la sede presidencial, y algunas mujeres por primera vez visitaban la capital, el momento

era casi dramático. Aturdidos por el largo viaje, constreñidos dentro de los pomposos trajes y encandillados bajo las luces y las pinturas del salón, los comisionados del pueblo, perdían la conciencia real de los hechos y sentían escalofríos o vahídos.

- Por favor amigo- dijo el boticario, haciendo a un lado al edecán- ¿en dónde queda el excusado? Es que necesito hacer la menor.

Del Salón Amarillo pasaron a un comedor alumbrado con velas. Allí había veinte asientos, una soberbia mesa con vinos blanco y tinto, champaña, ensalada de langostas, consomé de pollo, gallinas con setas, perdices asadas, pelota de carne de cerdo, frutas y, sobre todo, muchos cubiertos de plata rutilantes. Ante semejante magnitud de la comida, los delegados llegaron a tener noción concreta de lo bueno que resultaba ser la presidencia de la República. Sorprendidos estaban, pues los visitantes por tanta abundancia, cuando de pronto, se abrió una puerta y por el dorado espacio apareció el Presidente, como una estrella de entre la realidad y la irrealdad. Vestía un traje blanco de lino, corbata negra, de gatito; llevaba los cabellos peinados con mechones grises y una sonrisa se destacaba del ovalado, rosado y pequeño rostro. La risa jugaba, entre bondadosa y pícara, pero sobre todo, pícara -vaya- exclamo una de las damas para sí-es más bajo de lo que yo me imaginaba- El Presidente con fino gesto presidencial besó las manos de las damas provincianas, saludó a cada uno de los comisionados.

- Ajá.. ¿es usted el gran Simón Sosa? -expresó el Presidente chocándole la mano sudada y temblorosa del químico- Hombreres como usted, de su talento y caballerosidad, se necesitan en este país y me gustaría realmente contar con su apoyo de hoy en adelante.

El Presidente instó a todos a sentarse como en su casa. - Ustedes vienen de un largo viaje - comentó con familiaridad y lo correcto es comer primero y hablar después. Brindemos por la salud de ustedes y la del querido pueblo que representan. ¡Salud! y el Presidente bebió, en tanto que la comitiva no sabía cómo echarse el vino, sobre todo las amojonadas muje-

res; Simón Sosa, que en esto era práctico, de un solo tirón bajó el vino hasta el culo del vaso.

Tímidamente las mujeres empezaron, mirándose entre sí, a pellizcar los platos, sin saber qué pieza de los cubiertos de plata usar y por dónde iniciar la abundante comilona. Pero no hubo problemas mayores, pues en la medida en que el farmacéutico don Simón Sosa, engrandecido por las palabras del Presidente, se echaba un trago tras otro, comenzó a tutear al Presidente, y la cuestión se asentaba, para beneficio y dominio de los invitados, que rumiaron hasta el último cachito de langosta y terminaron la opípara invitación con café negro y helado de coco.

- Bien, queridos conciudadanos- dijo el Presidente- soy todo oídos.

El químico intentó levantarse para tomar la palabra, mientras trataba de arreglar la punta de la servilleta que se había metido entre saco y corbata, pero el Presidente le aconsejó que no era para tanto, pues estaban como en familia. Don Simón se dejó caer sobre la silla, se limpió con la servilleta y volvió a sorber algo más del Napoleón III y pronunció un largo discurso que concluyó de la manera siguiente:

- Presidente, amigo mío, como expresa el memorial que le entrego, firmado por quinientas firmas, esperamos que usted, al menos, ordene que no tumben la famosa torre de la Iglesia San Juan de Dios, joya arquitectónica de nuestra época colonial.

El Presidente quedó pensativo, algo perplejo, pero respondió que realmente sus razones eran de mucho peso, que el objetivo del gobierno era dotar a ese pueblo de la mejor escuela normal de Centroamérica y no de hacer daño a nadie y menos a la cultura religiosa.

-Pero veamos un momento- dijo el Presidente llamando a su Edecán- mire, comuníqueme al jefe de obras, a nuestro ingeniero que debo hablar con él.- Se oyó sonar el teléfono de larga distancia. Trajeron el aparato a la mesa y el Presidente habló -"Mire, señor ingeniero, le habla el Presidente ¿cómo avanzan las obras?. Ajá, muy bien, excelente. Oigame, lo

llamo, porque tengo conmigo a una honorable delegación del pueblo, la que me solicita que no destruya la torre...Sí, claro, pero hable más alto (el Presidente frunció el ceño) ¡Ajá!... ¡Qué me dijo? (sorpresa en su rostro). Pero no puede ser, señor ingeniero (se rascó el cabello). Eso estaba en estudio... Ajá... ¡Cuándo fue eso? ¡Qué barbaridad!- y dirigiéndose a los comensales con visible muestra de desagrado y enojo, el hombre colgó el teléfono, puso fraternalmente la suave mano ejecutiva en el hombro del boticario y con pausada voz le dijo- Me van a perdonar, pero me informó el señor ingeniero que la torre fue demolida esta mañana. No saben, mis queridas damas, mis respetados varones, lo apenado que me siento.

- ¡Oh- gruñó el boticario- no puede ser!
- Es el destino; la historia, a veces, carece de lógica.

Hubo un silencio sordo y aplastante.

- Los invito al Club Unión- dijo el Presidente, respirando hondamente, tratando de soldar los platos rotos. Les prometo, en alguna forma, reparar el daño realizado.

Pero las damas prefirieron regresar al hotel, quejándose de jaqueca colectiva. El farmacéutico, con el dueño de la joyería aceptaron afrontar todas las consecuencias, y siguieron la farra, cuerpo a cuerpo con el Presidente.

-Mire, don Simón,- dijo el edecán del Presidente, ya bajo los tambores del holgorio, y apartándolo hacia un lado- esto está escrito de puño y letra del Presidente. Le entrego este documento que lo declara a usted idóneo para el ejercicio de la profesión de farmacéutico, en cualquier parte del país; sepa que es un reconocimiento tardío que la patria le hace por sus desvelos.

Al día siguiente la comisión retornó al pueblo con las alas rotas, los vestidos nuevos y el diploma del licenciado en farmacia de don Simón Sosa.

-Oigan esta vaina- contaba el Capi Ruíz, en el kiosko de la placita, levantando sus hombros- el día que salió la comi-

sión de huevetas a pedirle al Presidente que no destruyeran la torre, tal como les dije ayer.. ¿Saben qué contestó el maquiavelillo? Pues escuchen, lo supe en la telegrafía: "Mira Tino, mándame a tumbar esa torre, antes que llegue la delegación"... Esto es Biblia, hermanos.

En efecto, después que la comisión salió en la madrugada, a todo forro, en la chiva "La Cantonese", por otro lado, a las ocho de la mañana, las cuadrillas emprendieron la barbárica demolición de la antigua catedral. Empezaron a cortar con machetes el pequeño bosque de higuerones nacidos de las cagada de los pájaros, arbolillos que metían sus nervudas raíces entre las rendijas de las cúpula cuadrada de la torre de ladrillos rojos construida en el siglo dieciséis.

El espectáculo de la caída del templo producía emociones diversas: lento en sordina de viejas beatas, algunas taquicardias, que para aquellos días eran conocidas como pálpitos; deseos impotentes de imprecicar contra el gobierno y asombro de la chiquillería encantada con el desmembramiento descomunal de los grandes segmentos de ladrillos.

-Escuchen borregos, la conciencia de este pueblo está aturdida por el Presidente- clamaba el Capi Ruiz, al ver que nadie en la comunidad era capaz de oponerse- ¿Acaso los millones invertidos en la construcción no han dado de comer al hambriento y de beber a los borrachos como yo? ¿Ah? Y acaso no alegra el saber que hasta los hijos de las camaradas cocineras y de los camaradas leñadores podrán estudiar a Sarmiento, a Justo Arosemena, a José Martí y hasta Carlos Marx?

La Placita se llenaba de público sumamente asombrado por lo que veía: La hermosa torre caía a pedazos, después de tantos siglos de respeto. Desde el atrio de la Iglesia Mayor, el presbítero Pancracio, como escorpión, cambiaba de colores y daba pugidos feroces, tratando de empujar a los creyentes a impedir el Guernica panameño.

Pero el propio Pancracio no se atrevía a avanzar con su pelotón de beatas, tal vez por los riesgos que le implica-

ban las almorranas o lo que pudiera hacer la bestia de Tino Pérez, capaz de meterlo en la cárcel, y devolverlo a España, en donde se lo iban a comer los republicanos.

-Miren, canallas- discurseaba el Capi Ruíz, con una botellita de seco en la mano- ¡he allí la obra del Presidente!... Pero señores, esto no es nada. ¿De qué se admiran? Lo que pasa es que este pueblo es una saca de borregos... Fuera del Cura Pancracio, del licenciado Cipriano y yo, nadie ha leído un carajo... Pero esto que ven no es nada, pues los sacerdotes que llegaron de España, óiganlo bien, durante la conquista y la colonia, con peor saña demolieron los templos, monumentos, estelas y toda la cultura de siglos de Tenochitlán, en México para construir sobre esas ruinas y con las mismas piedras, las catedrales católicas. Beatos y beatas-gritaba el Capi, echándose buchitos de seco a pico de botella- ¿de qué se asombrar? Pues vayan, miserables, díganle al cura Pancracio que está allá, véanlo en el atrio de la Iglesia Mayor, reventándose como un sapo, que si su Dios es todopoderoso y omnipotente, tal como él lo proclama, todos los domingos... ¿por qué entonces no alza las manos y de un soplo detiene la destrucción de su casa y decapita a esos bárbaros españoles y yugoslavos del Presidente?... ¿Ah?

9

Don Cipriano hizo colocar el Cristo crucificado y la pila bautismal, en un viejo cuarto abandonado. No quiso comer, ni siquiera el caldito de paloma de castilla, que para esos casos le solía preparar la Niña Rosa. Esa noche insomne oyó todas las campanadas del reloj suizo, y esto hizo que su hermana también perdiera el sueño. A los dos días de no comer casi nada y dormir menos, la Niña Rosa mandó a buscar al facultativo. Aparentemente mejoró. A los dos meses, sin embargo don Cipriano tuvo una recaída; en la noche, como a las doce se oyó cantar misa en el cuarto en donde estaba la pila bautismal: -Kirie eleison... Kirie eleison!... "La Niña Rosa, muy extrañada pensó que era su hermano. Cipriano oyó la cuestión

y quiso averiguar. El canto y el tintineo de llaves se mezclaron y entonces advirtieron que el padre sin cabeza rondaba la mansión. Se escucharon pasos de seda y espanto por el pasillo inconcreto, sobre los tres escalones de la casa de madera. El fantasma bajó al patio, en donde su novia solía recoger las cerezas rojas que recortaban los murciélagos. Una luna apagada parpadeaba como la bruja en la mitad de la noche. Los hermanos aterrados, mirando por el hueco de una ventanucha observaron la silueta compungida del padre sin cabeza. El aparecido abrió la puerta de zinc, en el fondo del patio y murmuró en la profundidad, casi llorando: -"Adiós, para siempre, amargo amor mío...adiós ojos negros que me mataron la vida... adiós cuerpo de pan cálido que subí en las noches..." Y se confundieron la voz, la abusión y las recitaciones desesperadas con las tridimensionales sombras de los miedos y de las neblinas del pueblo.

Al día siguiente don Cipriano decayó notoriamente y por la tarde se puso loco. La Niña Rosa tenía que correr detrás del demente, pues le daba al licenciado por desnudarse delante de las personas. Pronto circuló la noticia y como para aquellos días ni siquiera se conocía, en el pueblo, la palabra siquiatria, la Niña Rosa consultó a personas de experiencia y a probados curanderos y con ayuda de los amigos llevaban a la fuerza de Cipriano, todas las madrugadas, al río y lo metían debajo de los poderosos chorros de una cascada, a ver si se le salían los demonios del cacumen. Esto dió algún resultado positivo, pero al dejar de andar desnudo y superar la demencia, al rato se le desató un apetito brutal. La Niña Rosa se la pasaba guisando las comidas más variadas y típicas: bien condimentadas morcillas de sangre de cerdo, con bollos blancos; patas de vaca, con bollitos de masa de maíz amarillo; palomitas quiribollas o tierreras a la brasa; arroz blanco y frijoles de palo nuevo o gandules, con rociadura de manteca de puerco; cochifrito de asadura de chancho endulzado con raspadura en contradicción con vinagre de ají picopájaro; chicharrones de tetitas, cocidos primero y fritos después, para dar el toque adecuado con los dientes, jalándolos como tiras de caucho; tamales de gallina con puerco, y sancocho de gallina pescuecipeladas de patio, con aparejo de cilantro, ñame y hojitas de orégano chino. Quiso el doctor comer otras especialidades: bofe asado, en palito, macana y pejeperro fritos; pagaba el goloso cualquier precio por una iguana, la

prefería sahumada con el humo de los castizos fogones de tres piedras y hecha hilacha secas, con arroz; pero se volvía loco por los huevos sancochados, duros y mantecosos, huevos de iguana, se entiende, y se echaba en el buche una docena, dos docenas, sesenta huevos con la delectación de quien como el mejor caviar de las rusias. Encargaba carne de monte: venado, sahino, conejo pintado, y ocurrió que un día se comió una comadreja que agarraron los de la calle sobre los tejados de las casas, en la calle de los artesanos.

La Niña Rosa daba rienda suelta al apetito desusado de su hermano con tal de que no volviera al ciclo de andar en pelota, lo que le acontecía en los días de luna llena. Sin embargo, en el viejo árbol de níspero comenzó a cantar el cocorito y a la Niña Rosa, eso le dió un pálpito en la cajita de cedro de su corazón pusilánime. Casi enfurecida se agachó, tomó un guijarro y lo disparó contra el pequeño pajarito heraldo anunciador de la muerte. -"¡Dios mio!"- exclamó derrotada perdoname"- Y el pajarito salió huyendo entre las nubes del pánico.

Pero el cocorito tenía razón. El licenciado compró en el mercado una docena de pixbaes o pifáes, de los rayados y grandes; él mismo los cocinó, y aún calientes los comería, tomó agua fría, y cuando el reloj suizo sonó las tres campanadas, el hombre la entregó al creador.

El entierro agrupó a todas las clases sociales del pueblo: los acaudalados ganaderos o terretenientes; comerciantes, especialmente chinos y algunos árabes, a quien Cipriano arreglaba los papeles de permanencia en el país y las patentes; empleados de la administración municipal; pequeños propietarios; artesanos y campesinos, sus clientes habituales. Asistían, además, delegaciones de los organismos religiosos y hasta una representación de los obreros, constructores de la dicha escuela, algunos de los cuales fueron los que derrumbaron la torre. Al menos, después de muerto don Cipriano demostraba fuerza y prestigio político. Hasta encarnizados enemigos se turnaban ahora para cargar el cajón, en el lento viaje hacia el camposanto lila del olvido. El municipio declaró día de duelo y ordenó izar la bandera nacional a media hasta. Había muerto el prócer, el maestro, el abogado, el músico de la iglesia, el político, el honrado hombre de las veinte barras

de oro. Se le podían atribuir muchas cosas negativas, pero jamás decir de él que hubiera sido un ladrón. De ese oficio tan popular entre los políticos él tenía las manos inmaculadas, su honestidad era más fuerte que la torre que desencajó el Presidente. (Anótese que ni siquiera pudo Cipriano recibir en vida y en este apunte no se deja dicho si lo gozó la hermanita) el porcentaje correspondiente a las barras de oro. Estas cosas conversaban las gentes en el sepelio. Don Cipriano García, hombre del pueblo, servidor de Dios y del César, moría como había nacido: pobre. Entre el gentío compungido y papujo de tristeza iba Capi Ruíz, con los hombros levantados, el mentón firme, dejando un halo de aguardiente y expresó: -"Que vaina, hermanos, esos le pasó al come hostias de Cipriano, por el maldito hallazgo de las veinte barras de oro".

El cura Pancracio, a desgano le aplicó los santos óleos, recitó una misa pobre, y fue el gran ausente de la formidable presencia de todo el pueblo, de los de adentro y los de afuera, en el entierro que no tuvo parangón en los anales del lugar. Mientras colocaban los últimos ladrillos a la bóveda del finado, la tarde sepulcral del cementerio se tiñó de un amarillo pálido, de canario degollado; el sol parecía una violeta en su transparencia moribunda y azul. Después el amarillo ajado se transformó en plumas lilas y temblorosas. Ya punteando la noche se encendieron los anémicos faroles de las calles.- "Ayer no más, ¿qué les parece? vi al señor don Cipriano!... Para que vean, pues, cómo se lo llevó la doña, ¿no? "-dijo una doliente-" Pero es mejor así, comadre -respondió otro- ya su alma fue a dar al cielo y nosotros seguimos aquí padeciendo en este mundo-. "Ni se sabe- respondió el Capi Ruíz- eso fue lo que dijo el gusano cuando iba en el pico de la gallina"...

Las minas de oro, de propiedad de los ingleses, situadas al norte de la provincia cerraron súbitamente las oficinas y un centenar de mineros españoles, antillanos, italianos y

centroamericanos volvieron a sus países o decidieron aventurarse, por cuenta propia, en la búsqueda de los dorados granos, en las arenas de los ríos. Cierta vez, al pueblo llegaron noticias impresionantes. Mineros y personal de la administración daban versiones distintas. Según ellas, representantes de la policía secreta del Imperio Británico, en asocio con pesquisas nacionales no pudieron establecer si fue cierto que un ingeniero londinense Richard Gladstone murió, mordido de víbora, en algún chiflón de la espesa montaña o logró huir con parte de las enormes pepitas de oro halladas, de pronto, en la profunda galería. Según los cálculos, el tesoro pasaba de los cinco millones de dólares. Esta era una versión; la otra decía que en la veta más rica y accesible se había producido un gran derrumbe matando al ingeniero Gladstone y a seis obreros de nacionalidad desconocida. Por eso la compañía trasladó sus intereses para Sudáfrica. El escándalo del oro, de aquellos años veinte quedó en los papeles amarillos de los periódicos de la capital, o en los cuentos de viejos mineros, entre la fantasía y la realidad.

Pero en el pueblo, el oro volvió a mencionarse ahora cuando los curiosos, en la calle principal, hacían cola frente a la vidriera de la tienda de un chino, ante el grotesco y extraordinario espectáculo de ver la misma fruta de un ojo humano, de iris verde, dentro de un vaso de alcohol, con el siguiente rótulo: "Este es uno de los ojos del comunista que mató al padre Anastacio Riojas, de la parroquia de Santa Ana".

Como en ese pueblo nunca habían matado a nadie, el hecho sacaba de sus talantes a las gentes, sobre todo, porque además se hablaba de revoluciones en Centroamérica y de aventureros revolucionarios que pasaban por el istmo hacia las guerrillas de Sandino en Nicaragua. Y don Cipriano García, que en esos años era el alcalde municipal, hizo retirar aquella horrible muestra del crimen.

Pastor Villanueva era un minero asturiano del pueblo de Mieres, en España y llegó a América para hacer fortuna; hombre robusto, tenía los ojos verdes y andaba en los treinticinco años. Cuando la mina inglesa cerró, él se dedicó a lavar oro en las arenas de las quebradas adyacentes a los socavones. Como a setenta y cinco kilómetros, quedaba el

poblado más cercano, la parroquia de Santa Ana, cuya iglesia regentaba el cura español Anastacio Riojas. A diferencia del padre Pancracio, que no salía de la iglesia, por las molestias de las almorranas, Rioja era hombre lleno de vida; diestro en todas las disciplinas enlazaba una vaca, toreaba en la barrera, manejaba con maestría el serrucho, la plumada y el palaustre. Cuando andaba en ropa común, sin sotana, se diferenciaba de los otros trabajadores solamente por la corona tonsurada. Pero era mucho más hábil con el manejo de la sicología y la captación de las masas, y sobre todo, de los campesinos y cholos de la montaña, pues también solía ir de cacería, en las que no faltaban las aventuras amorosas. Según él no era pecado mortal el acostarse con el señor cura, sino bendición del señor. Y a la gente le gustaba la franqueza del prelado y no la hipocresía de otros que regaban por esos mundos la especie en forma clandestina.

Como era mucha su astucia en el manejo del comercio y los asuntos económicos de la iglesia, resultaba difícil calcular el monto real de su afamada fortuna. Su finca se había hecho poco a poco, con los aportes de aves, puercos, vacas, café, verduras, con que los campesinos pagaban misas, casorios, bautismos y entierros. Era propietario, además de la tienda más surtida el lugar y de un trapiche que producía miel de caña y panelas. Así se hizo de algunos bienes inmuebles en la capital del país y de la casona de diez cuartos, que la atendía, en el pueblo, su amigo don Cipriano García. Esa amistad se dio cuando al llegar de la capital, rumbo a la aldea de Santa Ana, la primera vez, se alojó en casa de Cipriano. Más tarde Cipriano se encargó de la legalización de todos los negocios del padre Rioja, y tramitaba los envíos de dineros a sus familiares en España.

La vida solitaria del minero Pastor Villanueva, justificada por la esperanza de regresar a Asturias, con algún dinero para su familia y la concertación del matrimonio, la alegraba cada quince días, cuando bajaba a la parroquia de Santa Ana, para oír misa, dar algunas limosnas de Santa Bárbara y conversar con el paisano, el cura Rioja, su confesor. Entonces tomaba vino legítimo de consagrar, proveniente de la madre patria, y comidas típicas españolas, sazonadas por el reverendo. En cada regreso de la montaña, el minero le entregaba las

bolsitas de oro en polvo que recogía, por aquellas arenas, a costa de sus riñones, para que el padre se las guardara. Pasados algunos días en la aldea, el hombre volvía a los socavones del norte. Un año y medio pasó el asturiano en este menester; guardaba en la casa cural no sólo el trabajo quincenal del lavado del oro, sino algunas joyas y ahorros que hizo cuando funcionaba la mina inglesa. Pronto, según sus sueños, regresaría a casa, con sus diez mil pesos forjados con sus duras y anchas manos asturianas.

El padre Rioja construyó, su casa con piedras que él mismo labró, a través de varios años. Adentro era un laberinto de pasillos, puertas de hierro y una caja de seguridad. Pastor conocía aquella mansión.

El minero esperó la entrada del verano para trabajar en unas quebradas famosas, que habían sido lavaderos de los indios, antes de la colonia. Tuvo suerte, porque logró la mejor cosecha. Bajó contento a Santa Ana y trajo de regalo al cura un hermoso papagayo. Esa vez, luego de los habituales saludos y antes de cenar, Pastor no hallaba la forma de comunicarle al padre que se devolvía definitivamente a España, y por esa razón, necesitaba, para los días siguientes, lo que le había dado a guardar.

- ¿Sabe padre? este hombre se vuelve a España, dijo casi suspirando.
- ¿Ah, si? Hombre..muy bien...muy bien- respondió el cura.
- Y por esa razón, usted comprende, quisiera que, si no tiene inconveniente ahora, o mañana temprano me entregue el oro y las otras cosas.
- ¿Qué oro dices tú, muchacho? -Respondió, con aparente desinterés el cura. A Pastor le tembló la tierra debajo de los pies.
- No me haga chistes, padre, ..me voy en serio. He recibido carta de mi madre y de mi novia; ella me advierte que no espera más.
- Lo que te dije, hombre; eso es, no hay ningún chiste- insistió Rioja con una voz de bajo, que más parecía la de un fantasma.

- Pero ¿cómo padre? Por favor, ¿está usted bebido o quiere tomarme el pelo? ¿No ha oído realmente lo que le solicito? Oiga, pães vengo a buscar el oro que le he dado a guardar, las joyas y mis ahorrillos en efectivo, padre; eso es...
- Ya te dije -respondió duramente el cura- ¿de qué oro hablas?

Que yo recuerde, jamás me has entregado, absolutamente ningún oro, muchacho, ¡Sea por Dios!

- ¡El coño de su madre!... ¿Y para qué he venido, cada quince días a su casa? ¿Y qué carajos ha hecho usted de más de treinticuatro bolsitas de oro en polvo que le traje? ¿No ofreció usted ayudarme, como guardían de estos tesoros, los cuales he sacado con mi sudor y mi sangre? ¿Ah... doctor padre Rioja?

El cura le tiró la puerta en la cara, al minero Villanueva quedó fuera de sí, con ganas de gritar o llorar, por él, por su estupidez, por su madre y la novia. Sin saber qué respuesta dar inmediatamente, se encaminó hacia las afueras de la aldea y llegó a la casa de un colega minero.

Pastor sabía que no había entre él y el cura nada escrito; nadie conocía, ciertamente, a qué se dedicaba. Comprobaba los alimentos en la tienda del cura, ello podía entenderse, que el minero trabaja para Rioja, o que Rioja le prestaba dinero.

Al llegar a la casa del amigo hizo esfuerzo por moderar su traumatizada conciencia y se quejó de un dolor de muelas. Ya en la noche le dijo al colega:

- Mira, hombre, parto en la madrugada para la montaña. Necesito que me preste dos bollos de dinamita, si tienes, y los detonantes, para rajar unas rocas, allá arriba. Tú sabes, en aquella quebrada, debo remover bastante arena.

Como a las seis de la mañana, antes de la primera misa, se escuchó en toda la parroquia el tremendo estallido de la dinamita. Los curiosos entraron a la habitación del cura,

a través del boquete abierto en el techo por la explosión. Sólo quedaron pedazos de miembros y vísceras, regadas por doquier .

- Miren este ojo verde... es del minero Pastor Villanueva; él tenía los ojos verdes.
- Mi hipótesis, dijo, días después en su oficina el licenciado Cipriano García, es que Villanueva entró a matar al padre; prendió la mecha de la dinamita, pero olvidó que aquella puerta, al cerrar quedaba trancada automáticamente, y voló con el cura.

11

En el pueblo no se hubiera hablado, nunca más, del ojo verde exhibido en el vaso con alcohol en aquella tienda; o sobre el mundano y rico cura Anastacio Rioja; o en torno al escándalo relacionado con las enormes pepitas de oro, pertenecientes a la clausurada mina inglesa, de no ser por lo que aconteció, año y medio después de la ascensión del Presidente.

Cuando ocurrió el asesinato del cura, inmediatamente don Cipriano García cablegrafió a España y dio noticia del suceso; tomó cartas en el asunto, ante las autoridades competentes, para los trámites de rigor. De España llegó meses más tarde el único heredero. A los seis meses, pidiendo aquí y salpicando unas coimas allá, puso don Cipriano las cosas en blanco y negro. El heredero vendió las fincas, pero dejó algunas casas, para que Cipriano corriera con ellas y enviara a España la parte correspondiente de esa renta.

Una de aquellas casas, ubicada en la calle principal del pueblo fue dejada por los inquilinos y Cipriano aprovechó para realizar algunas reparaciones. Buscó al "maestro" León,

su compadre para los arreglos del piso, las puertas y ventanas de la vieja casona que en su tiempo usaba el finado Rioja, cuando venía al pueblo procedente de Santa Ana o de la Capital del país.

Pues un día el "maestro" León levantaba los ladrillos del piso con una coa, cuando sintió que el instrumento rechinó contra algo de carácter metálico. Sacó los ladrillos, se agachó y escarbó con el palaustre. Vio que era unas vasijas grandes, de latón; las sacó con cuidado. No pudo abrir la primera, y decidió romperla con la piqueta. Extrajo una pieza sólida; la llevó a la luz de la ventana para observarla mejor y no pudo acertar con propiedad de qué se trataba, porque el material estaba cubierto de una costra sucia. Pero el carpintero supuso que algo muy valioso sería, por el peso, la forma de barra, y el estilo de entierro. Colocó los bultos debajo de una mesa y fue a dar la noticia a don Cipriano. A esa hora el viejo hacía la siesta y la Niña Rosa no quiso despertarlo. A los veinte minutos la hermana llamó al licenciado a instancias del carpintero.

- ¿Qué se le ofrece, compadre? Tan interesante es que no me deja dormir? preguntó Cipriano, mientras se pasaba por el rostro el pañuelo que la Niña Rosa le había ofrecido, humedecido de agua de colonia.
- Mire, compa, yo quiero que venga conmigo a ver algo raro que he descubierto debajo de los ladrillos, en el cuarto del padre Rioja.
- ¿Qué cosa? ¿Has hallado un entierro?
- Algo así debe ser, compadre.

Cuando don Cipriano palpó la pieza abrió los ojos desmesuradamente como un par de relojes de pulsera. Exclamó: "¡Ah!..." -y sacó otros objetos, tan pesados como el anterior.

- ¿Qué puede ser? -preguntó el maestro León.
- ¡Son barras de oro legítimo, compadre! Mire-ordenó con nerviosidad don Cipriano- Compa, búsquese unas tablas... esto, construya un cajón. Yo le ayudo... ¡Santo Dios!...

A ver, vamos a contar las barras, primeramente. Abra la otra vasija. ¡Ajá!... ¡Una, dos tres...Ajá!... tenga cuidado, compadre. Son veinte barras en total. ¡Haga la caja; rápido maestro!...

El carpintero empezó a cortar madera de cedro. Don Cipriano sentía que estaba en un horno; se echaba viento, se le inflaba la corva nariz; sudaba, iba de un lado a otro buscando en los bolsillos del viejo saco gris, cualquier cosa que no estaba allí; se asomaba como un ladrón a la calle, para ver si venía algún intruso, y cuando ya estaba el depósito, entre los dos hombres guardaron allí las veinte barras de oro legítimo.

- Mire compadre-dijo don Cipriano-son las cuatro de la tarde; no se me mueva de aquí, ni para mear. ¿Ya oyó? Pues yo voy a hacer un mandadillo.

Salió el licenciado lleno de dudas y de enormes preocupaciones. Sabía que ahora, por obra y gracia de la casualidad o del demonio, tenía el pescuezo en un tuco. Nunca sintió tanta desconfianza de su compadre, el maestro León. Lo dejó sentado en el bulto y le echó llave a la puerta del cuarto. Al llegar a casa, la Niña Rosa lo encontró muy azarado.

- ¿Qué te ocurre muchacho?- le preguntó.

- Nada, Niña, debo hacer un memorial, rápidamente... Mira, si alguien llega.. no estoy para nadie; diles que me fui a Yakutia.

Entró al gabinete, se sentó en el taburete puso papel sellado y carbón y mordiéndolo el grueso labio inferior y levantando en arcos las espesas cejas, empezó a teclear con gran maestría.

Pese a que estaba hecho una chácara de nervios no cometió ningún error. Decía el papel: "Por esta razón y en cumplimiento de la ley entrego al señor Presidente el hallazgo consistente en veinte barras de oro, con aproximadamente tres libras de peso, cada una, reservándome el derecho que la propia ley ofrece, en circunstancias parecidas, en beneficio

del señor José De León, maestro carpintero, varón, mayor de edad, casado y del mío propio, Lic. Cipriano García, de generales conocidas. Para lo cual firman este documento el Presidente de la República y nosotros los que entregamos el tesoro y los señores testigos, etc. etc..." Repasó dos veces el material y lo guardó en la caja fuerte. Inmediatamente se dirigió a la oficina del telégrafo. Llamó por la ventanilla a su ahijada, la telefonista, cuando ya casi iba a cerrar y le solicitó una llamada urgente al Presidente.

- ¿Al Presidente, padrino Cipriano?
- ¡Sí, mi linda! Pero tú eres de piedra, ¿me entiendes? ¡de piedra! y sería mejor que cerraras la oficina, para que no aparezcan moros en la costa.

- Sí, padrino, comprendo.

A los diez minutos contestó el teléfono. El licenciado Cipriano sudaba frío y le temblaba el labio inferior.

- ¡Corra, padrino, allí está el hombre!

- Buenas tardes, Presidente, le habla el licenciado Cipriano García... ¡A ver!... ¿me oye?

- Te oigo, Cipriano ... ¿qué se te ofrece, patriota?

- Presidente... usted debe partir para acá urgentemente, esta misma noche.

- ¿Qué ha ocurrido en ese manso pueblo, licenciado? ¿Mataron al gobernador?

- Presidente, ni siquiera me confío del hilo telefónico, pero debo informarle que hoy, bajo el piso de ladrillos de una casa, cuyo alquiler cobro yo, un peón encontró veinte barras de oro legítimo, como de tres libras, cada barra...

- ¡A ver...a ver, patriarca!... ¿qué es lo que me dices?

- Que son veinte barras de oro y es usted la primera autoridad del país que lo sabe.

- ¿Oro dijiste?, ¿Veinte barras de oro puro? ¿Eso es?
- Sí Presidente.
- Espérame, patriarca, yo en persona recibiré el tesoro; no hable con nadie más. Aguántese allí. Gracias, patriarca, eres un tesoro.

Cipriano se dirigió a su casa a buscar el documento, y cuando se encaminaba por la Calle Real, hacia la casona del Padre Rioja, oyó el trotar de ocho policías armados con carabinas, los que inmediatamente rodearon el local, bajo el mando de un teniente. Fue el sargento Patalarga quien le comunicó a media voz, que iban por orden del Presidente a cuidar esa casa, sin saber qué sucedía. Pero al cruzar la calle el pelotón, y pasar frente a la casa cural, llamó la atención del Padre Pancracio, y la gente se alarmó. Corrió de boca en boca la noticia filtrada por la madre de la telefonista, y cuando salieron los policías del cuartel, trotando se amarró una cosa con la otra y empezó la marea del pueblo a bajar de todas las calles hacia la casa del oro. Por gusto el sacristán dio los tres toques para el rosario, porque ni el mismo cura subía a la iglesia. Cuando el farmacéutico saltó a darle la nueva, Pancracio se hinchó como un sapo rojo y supremamente colérico, mandó a buscar a don Cipriano. El farmacéutico dijo que en la vieja casa del difunto padre Rioja, administrada por Cipriano García habían hallado treinta barras de oro. Inmediatamente llegó otro corresponsal a enterar a Pancracio, de fuentes de entero crédito, ligados a la policía que Cipriano García había descubierto, en casa del finado Rioja cuarenta barras de oro puro, de las que se perdieron, hacía años, de la famosa mina inglesa.

Cuando el farmacéutico llamó desde la calle a don Cipriano y le dio, por una ventana, la razón del cura, don Cipriano contestó que era imposible atender esos requerimientos, ya que esperaba de un momento a otro al Presidente y además, la policía no lo dejaba salir. En ese momento ya había más de trescientas personas frente a la casa, con los deseos de ver las cuarenta barras de oro, según volaba la imaginación popular, y acudían más personas, pero el Presidente no llegaba. Don Tino Pérez llamaba a la Presidencia y le contes-

taban que el hombre había salido ya, para el interior, y los policías, ni siquiera, al propio Gobernador dejaban entrar en la misteriosa casa. La multitud crecía y ya se veían, incluso a personas que vendían café, chicharrones, arepas carimañolas y chicha de maíz; cada quien en lo suyo tratando de sacar alguna brizna de oro del hallazgo de don Cipriano.

Al fin, a las doce de la noche, las motocicletas de escolta presidencial anunciaban, con su sirenas, el arribo del jefe de la nación. En ese momento casi mil quinientas gentes se arremolinaban frente a la casa cuando se detuvo el negro y largo carro presidencial. Al bajarse el Presidente de su limusina, pequeña estatura, sonrisa fácil, y el mechón de pelo blanco sobre la frente, levantó la mano y gritaron las masas: "Viva el Presidente"...

Detrás del auto de la presidencia venía otro repleto de policías de la seguridad, con ametralladoras, armas que los vecinos del pueblo no habían visto jamás. Con sus cara de perro los escoltas apartaron a la multitud y hasta los esmirriados policías lugareños, quedaron como gallinas en patio ajeno. El Presidente llegó con el Secretario de Hacienda y Tesoro y el Procurador General de la Nación. Apretó con profundo abrazo al licenciado don Cipriano García y pasaron al cuarto.

El Presidente ordenó abrir la caja y el maestro León no sabía por dónde empezar. El instante era como un parto de la historia porque, afuera las masas hicieron silencio, y los golpes de los martillazos del maestro León sonaban como del otro lado del mundo. Se abrió el receptáculo y dijo temblorosamente don Cipriano:

- ¡Ud. Presidente!..

El Presidente levantó la tapa, metió sus finas manos y extrajo una de las pesadas barras. El Ministro y el Procurador, que durante el viaje dudaban de la veracidad del hallazgo quedaron despabilados y casi sin respiración. Al Presidente se le iluminó la cara y de sus ojos parecían brotar chispas de candela.

- ¡Chucha, madre-exclamó- es oro puro!...

Entonces el licenciado Cipriano García sacó el documento, lo leyó con enorme elocuencia y se lo extendió al Presidente. Sin mirar el papel el Presidente puso una firma; los demás testigos hicieron otro tanto. El Presidente abrazó aún más fuertemente a don Cipriano.

- ¡Tú, Patriarca, eres el hombre más honrado del mundo! Gracias, Patriarca-Llamó a varios de sus escoltas y llevaron las barras dentro de la caja, al carro presidencial.

La marejada de gente avanzaba hacia el auto con el fin de ver el tesoro, pero resultaba imposible. Al salir el Presidente y levantar con euforia la mano, en saludo a las masas, antes de entrar al carro, el Capi Ruíz le gritó:

- ¡Presidente!... ¡Soy yo, el Capitán Ruíz!... ¡Déjenos algo del oro, aunque sea una botella de seco!...
- ¡Hola, Capi-respondió el Presidente y agregó- Tú, gobernador, Tino Pérez, abre inmediatamente, en la placita, dos cantinas públicas y organiza un tamborito, para todo el pueblo... para todos, sin distingos - políticos, ideológicos, ni de clase social...
- ¡Viva el Presidente!
- ¡Viva el oro y el moro!
- ¡Viva don Cipriano apóstol!
- ¡Viva el Capi Ruíz!
- ¡Viva!...

El Presidente invitó a don Cipriano a que subiera al auto y al salir la comitiva, con el fragor de las sirenas de los carros y de las motor cicletas, algo jamás visto en el pueblo, los chiquillos y los perros corrieron detrás. Don Tino Pérez se sintió alicaído, porque el Presidente lo dejó de lado, como simple maestro de ceremonia de la curacha popular del oro, y nada más. De una vez se levantaron los mesones de las cantinas y como por encanto aparecieron los tamboreros y las mujeres del tamborito. Empezó a rodar el seco; sonó la caja, templó el repicador, contestó el pujador y una negra cantalanate, con voz de bronce y oro, empezó la tonada:

"Adentro y afuera

y respondía el coro: "Adentro es que tiran balas"...

Los gritos, las salomas y el tamborito sonaban por los cuatro horizontes. Los caseríos vecinos no entendían de dónde había salido, a esa hora tanta fiesta, puesto que no era día del holgorio y menos de fiestas patronal. Los chinitos, dueños, de las cantinas, al sacarse la lotería con los cheques en blanco del Presidente comenzaron a quemar todas las moñas de cohetes que había en la plaza. Nunca se vio tanta pólvora, bombazos y triquitrates. Mujeres diligentes pusieron mesitas con sancocho de gallina. Amaneció y todavía eran las nueve del día y la gente bailaba al son de los violentos tambores y de las tonadas de la vibrante negra cantalante:

"adentro y afuera,
Adentro es que tiran balas"...

Esa mañana, con cuarenta grados de fiebre, el padre Pancracio subió sus doscientas libras al último peldaño de la torre, repicó la campana mayor y gritó desde las alturas: "¡Pueblo borracho y perdido! ¡Hijos de la leña verde!.

Pues sí, al medio día, un miércoles, a la Niña Rosa le correspondía, esa vez, como era costumbre en el pueblo, llevarle el almuerzo al padre Pancracio. Las familias honorables y pudientes debían ofrecer ese presente un día a la semana y según la lista, se esforzaban en brindar las viandas más exquisitas, con la única condición de que no se condimentaran los diversos tipos de ajíes: picopájaro, chombo o traba-lengua, ya que el cura, por prescripción médica, no podía

comerlos, en razón de su padecimiento de hemorroides externas e internas, que le hacían abominable su íntima vida emocional y la realización de las largas procesiones de la tradición santa.

Cuando la Niña Rosa entró a la sala de la casa cural, el sacristán le dijo que el cura Pancracio le había encargado comunicarle, que por razones obvias no podía aceptar la vianda, de allí en adelante. A la pobre inocente señorita, de la cabellera blanca y la cara ajada, de sus setenta años se le cayó el mundo en la bandeja de relucientes platos, que tan finamente traía. De vuelta a la casa enrojecía de vergüenza, a cada paso, al cruzar la placita, porque ya, seguramente, las familias vecinas estaban enteradas de la decisión del cura. La Niña Rosa sintió como si le hubieran cerrado las puertas del cielo; ella, que además, se dedicaba a vestir y hermosear los santos, a buscar los aparejos y adornos para presentar, en unión de su hermano, el burrito, para la procesión del Domingo de Ramos, cuando por la puerta de palmas reales, adornada con flores de caracuchas lilas, amarillas y rosadas, entraba Jesús triunfante a Jerusalén, por el poniente, a través de la calle central del poblado.

Las razones obvias no las llegaba a desentrañar el corazón estrujado y supremamente religioso de la Niña Rosa. Por eso en el vía crucis terrible de su regreso al hogar, con la comida intacta, debajo del blanquísimo mantel bordado por sus añejas manos, ella, samaritana amarga, dejaba caer en la calle sucia, sus puras y dolorosas lágrimas negras, por tamaño desprecio sacerdotal.

Sentía que la tierra se hundía debajo de sus zapatitos de raso negro, cuando docenas de ojos inquisidores y descomedidos querían desnudarle la vida para burlarse. Porque algunas personas decían -"Eso les pasa a ellos por cepillones y cureros"- Y el Capi Ruíz, militar, revolucionario e intelectual, quien había leído algunos textos del ideólogo anarquista Stirner, solía decir que: "Esto refleja señores, el remanente de la sociedad feudal, transplantada e injertada en América Latina, por los Nicuesa, Pedrarias, Balboa y demás bandidos".

Lo más doloroso para ella fue cuando, al pasar la esquina de la plaza, en la cual estaba su casa, un pordiosero, medio

cegato le dijo lo siguiente: -"Niña Rosa, aunque hoy no es sábado, por qué no me da siquiera algo de las sobras que dejó el cura Pancracio?". Entonces sí se la tragó la tierra... Ella avanzó con sus menudos pasitos chinos; el corazón atravesado de puñales se le enfrió en su receptáculo humano. Sin embargo detuvo valientemente el paso, regresó donde el mendigo, quien sobre una caja tocaba una sorda guitarra, y le puso la bandeja de olorosa comida en las manos del ciego.- "Gracias, Niña Rosa. Tú eres una verdadera santa" expresó el limosnero. Ella siguió rapidito a cada y las gentes que miraban el espectáculo dejaron de burlarse.

Al llegar, casi derrotada, trancó la puerta con sus extraordinarias manos de fina tejedora de pañuelos y manteles. La Niña Rosa, ángel de la guarda, la que se conservó virgen tan sólo por las ataduras de su amor fraternal, para dedicarse por entero al genio incomprendido del pueblo, don Cipriano, quien estaba a cien metros por encima del boato, la petulancia, la grosería y el engreimiento del padre Pancracio. La Niña Rosa, de Pancracio pensaba, no pocas veces, si en realidad ese hombre era sacerdote del señor o un profeta falsificado y embustero; si era santo o diablo. A menudo ella recitaba a Ezequiel: -"Ay de los profetas insensatos que andan en pos de su propio espíritu y nada han visto! Como zorras en los desiertos fueron tus profetas, oh Israel!"...

Y desde aquel mediodía, muerta de vergüenza, la Niña Rosa jamás salió de la casa, ni para ir a misa, salvo dos excepciones: el amargo día en que enterraron a su hermanito del alma, y la tarde plúmbica en que la sepultaron a ella, junto a su líquido hermano, en el camposanto blancuzco y lila del pueblo.

Esa vez, cuando los apachurrados vecinos salían del panteón, de pronto el crepúsculo se apagó y todos vieron subir de los promontorios del cementerio una figura de mujer muerta, vestida de enaguas blancas, con encajes y pañuelos bordados. El bulto, la imagen o el fantasma fue subiendo lentamente como un globo, desprendiéndose de los bordes de las enaguas y las puntas de los pañuelos pedacitos de chispas, luces y chorros de luciérnagas. De pronto el objeto fulgurante o ánima fugaz desapareció como un cohete hacia arriba, dejando tras de sí

una mecha incandescente como la de un cometa pálidamente azul. Entonces, en el pueblo, no hubo duda alguna de que la Niña Rosa había subido a los barandales del cielo.

Pero bueno, aquel mediodía, el del almuerzo rechazado, muerta de vergüenza, la Niña Rosa cruzó la sala y se echó a llorar desconsoladamente; ella que jamás lloraba, por duro que castigara el tiempo. Don Cipriano corrió hacia su hermanita y con inmensa delicadeza le preguntó:

- *¿Qué le pasa a mi palomita? ¿Qué le ocurre a mi santa?- Y sacó un pañuelo marcado con una C y una G, con hilo de seda celeste, hecho por las mismas manos de la malherida; empezó a secarle las agrias y ardientes lágrimas y a preguntarle la razón del lamentable llanto. Cuando la hermana se lo contó, entre gemidos de arcángel, don Cipriano sintió que le habían atravesado el corazón con una daga musulmana. Percibió que su organismo jurídico y de asentada obediencia a Dios, a la Santa Madre Iglesia y al régimen social se venía al suelo como una torre derrumbada por un cataclismo y expresó coléricamente.*
- *Espera, Niña Rosa, voy a ver a este gran mariconsísimo. ¡Esto no se queda así, mi ángel!*
- *¡Ay, Jesús mío!... No vayas, te lo ruego, Ciprianito. Bastante tierra se ha movido ya, y tú sabes que Dios está en los cielos y todo lo ve.*
- *Sí, mi Niña Rosa, él lo ve, pero yo, Cipriano García, también lo veo y en la Biblia se habla de castigo apropiados para las fechorías de los fariseos.*

Cipriano se armó con los mejores puñales y azotes de su lengua de abogado de pueblo.

- *¡Cuidado, hermanito con otro escándalo mayor!.*

Pero se sabía que en ese pueblo no mataban a nadie. Don Cipriano llegó a la casa cural con el inmenso respaldo moral de su firme actuación religiosa y pública, frente a las masas y al Estado, y estaba dispuesto a vengarse del irascible

español, por el gaje que le había hecho a su hermana. De modo que cuando el sacristán le informó que el padre Pancracio no lo podía recibir, porque hacía la siesta, pasó adelante y subió a la alcoba del presbítero, sin pestañear.

- Padre Pancracio-dijo con firme voz- vengo a hablar con usted.

El padre despertó de su sueño o vigilia, e incorporando la humanidad de sus doscientas libras sobre la suave cama rugió:

- ¿Quién lo ha dejado pasar?

-Para que sepa-respondió Cipriano- es el honor de una familia y el amor a una hermana ejemplar, tan pura como la Santa Rosa de Lima, cuyo hombre lleva, lo que me ha abierto el camino a su cuarto.

- Déjese de pavadas! ¿Por qué ha venido a turbarme el sueño? Después de lo que usted ha hecho, de su falta de lealtad para con la iglesia y para conmigo, su confesor...hágase cuenta que hablamos lenguas distintísimas.

- De eso hay que tratar, pero antes que todo debo formalmente reprocharle, con el sentido más enérgico, la forma inusitada y el desprecio inconcebible con que usted, por razones que en nada tocan a mi pobre hermana, hizo avergonzarla públicamente, hace un rato.

- Pues usted, Cipriano debe saber una cosa: la comida de mis amigos es mi comida y la comida de mis enemigos, no es mi comida.

- ¡Ajá!... ¿Usted considera que soy su enemigo?

- Es algo tan simple como una hostia. ¿A quién debió usted, señor tinterillo comunicar, en primera instancia, lo relacionado con el hallazgo del oro? ¿No era a mi, en mi condición de jefe de la iglesia, confesor suyo y representante de Dios, en este desgraciado y mal agradecido pueblucho?

- Podría haber ocurrido así, según su lógica, pero usted olvida

que yo, además de súbdito de nuestro señor Jesucristo y miembro de la parroquia, soy un ciudadano panameño, un ente jurídico y una persona moral.

- ¡Eso se cree usted! ...Eso dice y su hermanita piensa que es poco menos que un ángel, pero acaso desconozco yo, el pueblo y el Presidente que usted es además un político. ¿Y alguien ignora lo que comprende ese concepto en éste y otros países? Son sujetos como usted, de doble factura, de columna vertebral condicionada para todas las genuflexiones, los cambios y las mentiras, para conservar, a todo trance, una migaja, un hilo de poder, con el fin de vivir sobre los hombros de los demás...! Jum... venirme a mi con políticas!...
- Perdónemo padre... que no soy santo, eso lo sé... La santa es mi hermana. Tengo mis pecados que usted conoce, pero ante los ojos de Dios, son faltas menores que todo cristiano comete en este mundo. Como político ejercí tal como debía ser, con realismo, desde luego; de otro modo hubiera trabajado ninguna política. Soy socialmente un pecador político, pues yo no inventé la sociedad, pero individualmente mis pecados se atenúan, ya que al ponerlos en la balanza, más grandes son las virtudes. Siempre actué con arreglo al espíritu cristiano y al orden jurídico, dada mi profesión de abogado.
- Fácil es tratar, como lo hace usted, individuo García, de juzgar la vida a través del color del cristal con que se mira. Si hubiera sido cristiano, realmente católico y apostólico, habría venido a mi primero, como en otras cosas y cosillas suyas; pero lo mordió la serpiente de la desconfianza y no exactamente el apego a las instituciones y al patriotismo... ¡No!... Yo no soy, individuo García, como otros por allí, tontos de capirotos, que además se autotitulan de licenciados, cuando no superan el tamaño de simples picapleitos y plumíferos de aldea...
- ¡Lo sé, seño doctor cura!... Lo sé; no me recibí en Salamanca, pero gracias a mis propios estudios, pues soy autodidacta, a mucho orgullo, no obstante, en mi gabinete de trabajo, señor ilustrísimo individuo y doctor. está el certificado de

idoneidad que la Corte Suprema de Justicia me otorgó; aunque usted me diga que soy tonto de capirote por que no oculté las veinte barras de oro, y me ajusté a la ley.

- Pero ese tesoro fue hallado en la casa de un cura.
- Aparentemente eso es así, más el cura Rioja compró la casa, ya construida, la cual venía de la época colonial. Perteneció a un capitán español. Entonces ¿cómo saber lo real de lo supuesto?
- Eso...eso era lo que usted debió haberme consultado...Mire, individuo, terminemos aquí. Sólo a un verdadero imbécil se le pudo haber ocurrido lo que usted hizo. ¿No comprende lo que la santa iglesia hubiera podido realizar con esos millo-
- Escucheme, doctorazo, hace un rato usted me dijo que aquí, en esta aldea y grande infierno, yo era de los que vivía sobre los hombros de los demás...pero usted sabrá que aquí el único que vive y se enriquece de los demás, es su excelencia y no se lo mando a decir con nadie.

Cipriano, entre pálido y cenizo se dio vueltas y buscó el pasillo de salida.

- ¡Tomás...Tomás...-gritó el cura al sacristán- ¡saca a ese demonio de aquí!... ¡Echa esa basura!...¡Dile que no quiero verlo jamás!... ¡Hijo de la puñeta!... ¡Dile que lo maldigo para toda la eternidad!... ¡Dile, Tomás, a ese negro esclavo de los masones, que lo excomulgo en nombre de la Santa Madre Iglesia... de todos los santos y de las tres divinas personas!... ¡Qué le maldigo sus ojos, sus manos, su cerebro, sus brazos, sus pulmones, sus hígados, sus tripas... sus miserables cojones...¡todo lo maldigo, coño!...

Mientras gritaba el rosario de maldiciones, iba como un gorila blanco de un lado a otro. El sacristán había cerrado la puerta de la calle, para evitar que se escuchara afuera el desvarío del religioso; pero muy pronto, justamente en el atrio de la iglesia se hablaba de la fenomenal pelea a la boca, entre las dos super-personalidades de la jerarquía social religiosa del pueblo.

Para suerte del cura, esa tarde llovió bastante y no se vio obligado a realizar el rosario. El aguacero vino así, de pasajero con la brisa pálida del sur; primero fue el amago desperdigado de goteras, un cierto barrejobo. Después, el crujir de los roncos truenos lilas sobre el piso de madera del cielo. Los chiquillos solían decir que había un gran entablado arriba de las nubes, sobre él rodaban bolas de cristal descomunales, y trompos asimismo gigantescos, que al correr y desenrollarse producían tales ruidos y ecos mundiales. Mas se trataba solamente de los truenos y rayos que reventaban en lejanías arropadas de distancias y lluvias. De vez en cuando cruzaban por entre las celosías de las casas las centellas luminosas, en su culebreo fosforescente, sobre las tejas, hojas de cinc y paja de los distintos techos de adentro y de afuera del poblado. La brisa, mansamente continuó el oficio de la lluvia, como un chorro de seda cayendo. Hizo un poco de frío; fue adelgazándose la tempestad diminuta, y cuando el reloj suizo de la torre dio las nueve de la noche, ya no llovía nada. Caían acompasadamente y cada vez menos, las goteras; chillaban muy arriba del cielo algunos patos wíchichis que venían de lejanas latitudes y desenfundaron los grillos sus violines y las ranas sus tamborcitos de agua.

El sacristán, en un asiento de la alcoba observaba atentamente al cura Pancracio; éste, sentado al borde de la cama, en su camisón de dormir, como un lechón sonámbulo, con los brazos cruzados y los ojos salidos de sus cuencas, miraba fijamente un punto que no estaba allí, y de vez en vez suspiraba hondo, sin poder hallar la raíz del sueño.

Ni un alma circulaba por las húmedas y mojadas calles. Después el cielo se despejó y en lo alto de la placita, sobre las nubes, subió un pedazo de luna casi muerta y pálida, por tanto.

Luces estrechas y quebradas se escapaban por las rendijas de la casa de madera de don Cipriano García. En la sala, con la vista clavada en el retrato de su madre, se modelaba la silueta del jurisconsulto que desgranaba, con sus temblorosas manos el rosario que su hermana, frente a él, recitaba con voz de paloma abstracta y santa, trasparen-

te y breve.,

Los capataces azuzaban a los obreros, porque el Presidente tenía apuros políticos, y pensaba hacer de la inauguración de la gran obra, un verdadero espectáculo de trascendencia histórica. De por sí la construcción de los sólidos y espaciosos pabellones, las gruesas paredes de pura piedra, extraídas de las canteras vecinas, y los techos de tejas coloniales habían requerido revolver verdaderamente las relaciones sociales en el pequeño pueblo, y por primera vez aparecieron grupos de obreros, cientos de ellos, de las distintas ramas de la construcción en su mayoría hombres venidos de la capital. Como además hubo de hacerse el acueducto y el alcantarillado, las zanjas perforaban todo el pueblo, en el verano, cundía el polvo y en el invierno, el lodo, hasta las rodillas. Los tradicionales aguateros que cargaban y vendían el agua, en palancas o carretillas; agua que extraían de primitivas bombas decían adiós a la vieja profesión. Y todo, por culpa de la bendita escuela. Sin embargo ellos manifestaban que por mucho acueducto que hubiera, jamás tomarían agua tan fresca y buena, como la suya, y nunca las plumas de las tuberías del acueducto conservarían el líquido como las rojas y frescas tinajas de barro.

Con el crecimiento de las obras y del circulante monetario, aumentaba también la clientela al abogado Capi Ruíz, ya que menudeaban las peleas callejeras, a puro mongo, y a veces a la madera y a las cuchilladas, entre forasteros y gente del lugar: jóvenes despechados o maridos celosos, pero nunca llegó la sangre al río, porque en ese pueblo no mataban a nadie. Según el Capi Ruíz, esta civilización era necesaria y rompería el idilio campesino del poblado, por eso, la primera

víctima era el cura Pancracio.

Los cambios se notaron inmediatamente, pues las muchachas y algunas mujeres solteras, dejaban el viejo pudor y las exigencias de los tiempos de antes, y en las fiestas, incluso, se atrevieron a bailar con hombres desconocidos, con trabajadores y capataces, en provecho del aumento de la población y del mestizaje, con morenos y prietos que hablaban distinto, caminaban con candela y eran sumamente descreídos. También hacían su agosto algunos españoles, italianos y yugoeslavos que asentaron, en el pueblo sus nuevas familias, y no retornaron jamás a sus países lejanos.

Los dueños de las haciendas ganaderas, para poder conseguir los mansos peones, destinados al desbrote de potreros y a otras tareas tuvieron que pagar más del peso diario con guacho o los quince reales sin ración; de seis de la mañana a seis de la tarde; sino los dos pesos y las ocho horas diarias de labor, tal como ocurría en los trabajos de la construcción de la escuela.

Aunque algunos propietarios apoyaban al Presidente, como DonTino, el Gobernador, algo ocurría en la esencia de los cambios, que ello sentían, pero no podían explicarse. Instintivamente olfateaban cierto malestar, determinado asco y desprecio por esos trecientos obreros, acostumbrados a los trabajos en el Canal, los que tenían su típico modo de ser, distinto a los peones rurales. Hombres que habían traído la moda de beber cerveza en lugar de seco o ron, y que además solían decir palabras sucias en español y hasta en inglés antillano, como "gaddemen", "your fokin ras"... gentes irrespetuosas que a diferencia de los artesanos y campesinos, no se descubrían la cabeza para saludar a los don fulano o don mengano, y que ni siquiera iban los domingos a la santa misa, porque plantaban, en su lugar, el nuevo juego llamado béisbol y la tomadera de cerveza. Los capataces y jefes introdujeron también el "highball".

Y el obrero Catalino fue uno de esos nuevos hombres que después de la terminación de las obras se quedó camaroneando aquí, en este pueblo y en otro, con el bíblico oficio de carpintero. Cuarentón, alto, fornido y negro, como el culo de una

paila, Catalino sin embargo, no era un trabajador cualquiera, porque, además, no tomaba cerveza; de vez en cuando iba a misa, aunque por razones especiales. Era un trabajador simpático y condescendiente con los vecinos, pues a veces, los domingos en la tarde, voluntariamente arreglaba sillas quebradas, ventanas rotas. Iba a misa de diez, porque lo tenía muerto una muchacha costurera y solterona, a quien, desde el primer día que la vio, el "echó los caballos", sin más allá ni más acá, justamente un domingo en la mañana, en el mercado. Los dos esperaban comprar chicharrones de puerco a la orilla de una gran paila en la cual la manteca caliente chisporroteaba. El clavó en ella su mirada abultada y rojiza y era como si le enterrara un par de clavos de a seis pulgadas en los ojos de ella, grandes pestañudos y verdes. Y Catalino, ni corto ni perezoso le declamó públicamente estos versos del mexicano Gutiérrez Nájera:

"Ojos verdes como el mar.
como el mar por la ribera,
ojos en que reverbera
la estrella crepuscular".

En eso llegó al puesto de la fritanga el Capi Ruíz y exclamó:

- Caballero, ha hecho usted que a Esmeralda se le ponga la cara como un tomate.

Catalino sonrió con autosuficiencia, y cuando la mujer iba a pagar sus chicharrones, él ofreció hidalgamente el dinero al hombre de la paila. Pero la mujer se opuso.

- Perdone, señor-dijo- pero no acostumbro a recibir presentes de personas desconocidas.

Salió la dama y Catalino, con su bolsa de chicharrones quiso seguirla, pero el Capi Ruíz lo tomó, amigablemente, por la manga de la camisa.

- Lo invito poeta, a la cantina; compremos bollos blancos para acompañamiento de los chicharrones.

- ¿Cómo sabe -dijo Catalino sorprendido- que yo soy poeta?

- Su pinta de poeta se le caza al vuelo, compadre.

En la cantina Catalino pidió cerveza para él y seco para el Capi.

- Yo soy el Capitán Ruíz- se presentó el Capi- además ejerzo la abogacía, por si me necesita.

- Yo soy Catalino, carpintero y poeta; trabajo en las obras de la escuela. Téngame como su amigo. ¡Salud!

- ¡Salud!.

- Dijo usted, capitán Ruíz, que la dama se llama Esmeralda; cuénteme.. ¿es casada, soltera?... ¿Quién es?

El Capi Ruíz tenía la boca llena de chicharrón y bollo, le hizo señas con la mano, para que se aguantara; mascó, se echó un trago y respondió:

- En costurera, soltera y debe andar en los treinta y nueve años.

- ¡Ajá!... se ve que está muy buena.

- Debe estar-contestó el Capi- Aquí nadie puede hablar nada de ella y varios hombres se le han prendado, más cuando ya la tienen lista para engullírsela, Esmeralda pega un salto se espanta y se va.

- Esas son- dijo Catalino, con aire de macho- las que a mi me arrebatan. Me encantó que no hubiera aceptado mi ofrecimiento; eso dice mucho de su virtud. Pero más me gustaron sus ojos verdes. Esta misma noche le hago un soneto. Hay bellos tipos de mujeres aquí; es un pueblo encantador, pero llueve mucho.

Desde entonces Catalino se hizo amigo del Capi ya que los dos eran intelectuales. En sus ratos de ocio solía el carpintero llegar al taller de zapatería del maestro Alfonso Medina, que a la par de zapatero era músico. La visita de Catalino encubría un pretexto, pues al frente de la zapatería vivía la

mujer de los ojos verdes, la Esmeralda. Su casa lucía humilde, de madera pintada de color azul desvaído; arriba de la ventana tenía un pequeño letrero, hecho sobre una lata, el cual anunciaba: "Taller Esmeralda. Se hacen trajes a la medida".

Cuando ya Catalino entró en confianza con los zapateros del taller y el maestro Alfonso, hacía comentarios sobre la mujer:

- Si esa dama me quisiera, yo sería capaz de hacerle una casa de alto y además, le escribiría un libro de poemas para ella solita. ¿Saben? ¡Pero qué va!... estas mujeres lugareñas no son capaces de querer a un negro; aunque yo, para que ustedes los sepan, soy un negro de oro... un negro fino.
- Trabájela, trabájela, amigo, nadie sabe qué es lo que las mujeres quieren- dijo el maestro Alfonso.
- Mire poeta-agregó el Capi Ruíz- tal vez ella prefiera a un forastero como usted; pero píquela más a fondo y aproveche la gran oportunidad de que mañana toca la banda del maestro Alfonso, en el baile del "Club Los Progresistas"; ése es el momento, ella es tremenda bailarina, y ustedes los negros son el diablo tirando piquetes.

Y en la rebujina del baile apareció Catalino con una combinación de saco blanco y pantalón rojo vino, camisa negra, corbata rojo claro y relumbrantes zapatos negros, de charol. Fue el espectáculo de la noche. Las muchachas cuchicheaban y se reían por lo bajo, con discreción; pero las señoras que en función de chaperonas asistían a la fiesta, alababan la inusual cortesía y reverencia protocolar, con la cual Catalino solicitaba a las muchachas las piezas, para salir a bailar, ya que los jóvenes habían olvidado las buenas costumbres y la educación del pasado. Pese a su ofensiva, el carpintero y poeta sólo logró bailar un par de danzones y un pasillo: "Brisas Mesanas", y Esmeralda desapareció furtivamente entre la brisa. Esto no desmoralizó al hombre de la ciudad que, esa noche tuvo mucha clientela. En los sones más movidos Catalino soltaba a la pareja y desarrollaba toda su cátedra, de los últimos y más inusitados pasos; los muchachos se embebían en su mara-

villa de ritmos y copiaban lo que podían del forastero.

Esa noche, el retornar a su cuarto, al son de los cantos de los sapos, Catalino escribió varios sonetos a Esmeralda.

Catalino era un carpintero excelente y un compañero desprendido; prestaba herramientas, dinero incluso, a los propios capataces. Ellos le perdonaban las malas mañas del poeta; porque, a veces, sobre un techo, bajo el refulgente sol de las tres de la tarde decía: "Me voy, acabo de sentir el fuego de la inspiración". Entonces bajaba de los andamios, iba a su casa y escribía un nuevo verso de amor, en el agrisado cuaderno.

Para Catalino el pueblo resultó como un paraíso. Mientras otros obreros consideraban un castigo vivir así, aburridos de la monotomía de las mojadas noches de la aldea, pues no había a dónde ir, Catalino elogiaba el sano ambiente, los crepúsculos fragorosos; la belleza de las mujeres y la ilustración de un Capi Ruíz, quien le hablaba de las revoluciones, como del orden jurídico y de famosos pensadores y poetas del mundo. Catalino con su don de gentes y su altruismo se había ganado la voluntad de los vecinos. Y en realidad, Catalino tenía de Quijote el don de enamorarse perdidamente, y en el pueblo halló su Dulcinea, la Esmeralda. El Capitán Ruíz le ayudaba en lo que podía, para ganarle el amor de la costurera de los ojos verdes, incluso le psaba a máquina los poemas y organizaba románticas serenatas con guitarras, violines y mandolinas en beneficio de Catalino. "La mujer te quiere, Catalino- solía advertirle Capi Ruíz- pero tienes que revolverle la azúcar que está más abajo".

Los amores habían avanzado al punto de que ya Catalino iba a la casa de Esmeralda; salía con ella al mercado y, a veces, al cine, a ver películas de vaquero. A esa altura, el Capi Ruíz le publicó una hoja suelta, en imprenta, con su poema fundamental. El verso, en tinta roja; al lado, una foto de Catalino con el siguiente pie: "Catalino, Carpintero y poeta". Era una foto de cuando trabajaba en las obras del Canal, más joven, vestido con "overoll", sombrero de galleta y un serrucho en la mano. El poema empezaba de esta manera:

"Ya el crepúsculo estaba en su retiro
y yo sentado en sus piernas,
y la dije: ¿oh, virgen nos amamos?
y me dijo: ¡así me siento!".

Los compañeros obreros que leyeron la volante poética no comprendían, cómo podía ser que el tuco de negro pudiera sentarse en las delgadas piernas de Esmeralda; aunque el Capi Ruíz afirmaba en la placita, que en poesía todo es posible.

Catalino no ocultaba a nadie que estaba enamorado de Esmeralda. Cuando le preguntaban a ella, la costurera solamente se reía, y nada más. Las cosas llegaron al extremo, en el verano, cuando Esmeralda fue a visitar a su madre quien vivía en otro poblado. Catalino aprovechó para arreglarle el taller de costura, con madera nueva; mejoró el piso de cemento; le dio una mano de pintura a las paredes y le hizo un nuevo rótulo, con focos de colores. Entonces ya no hubo duda alguna; corría el comentario de que Esmeralda y Catalino vivían juntos, que eran amantes.

Cuando las amigas de Esmeralda le preguntaban la verdad del asunto, ella solamente reía...

Catalino se sentía complacido y orgulloso, porque se hablaba de él, de Esmeralda, de su vida marital y de todo lo demás. Pero cada vez que le requería a Esmeralda los amores, la dama que un día conociera en la venta de chicharrones y fritangas respondía:

- Qué va, Catalino, yo mismo no se por qué no puedo amar a nadie; es mi destino".
- Es porque yo soy negro y forastero- le respondió una vez.
- Vaya...usted es como otros, víctima de su propios prejuicios. Para mí es un hombre y nada más. O sea, un hombre caballero, virtuoso; pero no... en mí no hay espacio para ningún amor. Mis apariencias engañan; dicen que soy de fuego, pero soy de hielo. Eso es lo digo íntimamente, acá entre nos. Es la verdad, entiéndame, soy la rareza de este pueblo y además, una gran desgraciada.

Pero el pueblo creía en aquel amor. La gente veía dormir juntos a la pareja, y solamente esperaba que el matrimonio se oficializarán y nacieran los niños hermosos, zambos y con los ojos verdes.

Así pasó el tiempo y ocurrieron muchas cosas. Al fin los pabellones de la escuela estuvieron listos, se inauguró la institución, se fueron los obreros y llegaron los estudiantes. Un día la madre de Esmeralda vino a buscarla. La costurera acomodó sus bártulos y se llevó su soltería, y el anuncio que le hizo Catalino, a la montaña. Catalino la fue a dejar a una chiva al mercado. La chiva arrancó a duras penas. Ella, por primera vez lo besó. Y cuando se perdió el viejo autobús en la curva de la callejuela, Catalino sintió rodar por sus mejillas negras un par de lágrimas blancas como su alma de jazmín. Días después, atrapado por el rabo de la soledad y la cabanga, quiso buscar consuelo en la iglesia y en detenidas lecturas de la Biblia. Era entonces otro ser, casi un fantasma. Para aquella Semana Santa escribió su último poema. Lo dedicó a la pasión del señor Jesucristo, y se lo llevó al maestro Alfonso para que opinara. El maestro Alfonso leyó la obra a los zapateros y luego de dijo a Catalino: "Mire, hombre, no coja la tristeza a pecho; búrlese de la vida, así como la vida se burla de nosotros. Esmeralda lo quería..."

Y en la parte posterior del papel, el zapatero y músico escribió lo siguiente:

*"No sufrió Cristo divino
tanto en su cruel pasión
como en esta composición
que le dedica Catalino".*

El carpintero leyó la pulla del maestro Alfonso y quiso fabricar una sonrisa que se le deshizo en mueca, con una cucharita pobre de su bamba y exclamó, amargamente:

- No, si es verdad, maestro; yo nunca he sido poeta!.

Una semana después, colgado de una baranda del gimnasio

municipal, los chiquillos hallaron muerto al poeta Catalino.

14

El Funerario, como le nombraban al dueño del negocio de ataúdes, pensaba en su mala suerte, pues mientras se esperaba el grandioso acontecimiento, era tal el grado de optimismo social en el pueblo, que ni siquiera la gente se moría. El último cajón, de cierta calidad, hecho en su taller, había sido el de don Cipriano García. Todo mundo recordaba el formidable entierro y especialmente la pomposa corona que enviara el Presidente. Después, uno que otro campesino venía por allí, a pedir una caja, de fiado, o cambiada por puercos, gallinas, pavos, o lo que fuera, a falta de circulante. Pues sí, en el pueblo, debido a la inyección que le imprimió la construcción de la Escuela Normal, corrían algunos dólares, pero en el campo la gente empobrecía misteriosamente, mientras que los ganaderos extendían sus cuerdas de alambre.

El Funerario no podía entender nada, de todo esto. En el pueblo algunos ricos, pegados a la teta del gobierno, y ayudados por Tino Pérez, habían construido casas nuevas; ahora había carretera de asfalto, talleres y los campesinos se hacían más miserables, y había una crisis de muertos, por contrapartida, y su negocio mermaba. Como además, en ese pueblo no mataban a nadie, la industria del Funerario no producía dividendos, y el propietario pensaba cerrar y buscar algún empleo en la nueva escuela. Recostado en una taburete, debajo de un coposo árbol de mango redondo, en camiseta, abanicándose con un sombrero de junco estaba, pensando todas estas filosofías de la vida, a las tres de la tarde, con calor sofocante, cuando vio llegar al Capi Ruíz, que venía con el rostro hinchado y enrojecido, resultado de una endemoniada goma.

- ¡Me muero- exclamó Capi Ruíz- me muero de sed!
- Mira Capi, voy a cerrar esta carajada; aquí ya no se muere nadie...Tú, que eres grande con el Presidente, consígueme algo, aunque sea de guachimán.
- ¡No seas pendejo, compadre!... ¡Ni qué Presidente, ni qué nada! Mira, dame algo, aunque sea un trago de alcohol, porque vengo muriéndome y no hay un hijo de su madre, que me quiera fiar ni los meados para remedio...
- Déjate de vainas, y no vengas a morir acá, porque entonces te vas a llevar, de gratis, el último ataúd que me queda, y en estos momentos estoy más limpio que la espalda de un frasco. Ya quisiera yo para mi ese trago.

El Capi Ruíz, el Funerario y el Carretero formaban parte saliente del paisaje y la estructura del pueblo, de su sal y de su miel. Eran los tres compadres de la vida; tres líquidos amigos, desde los bancos de la escuela y se proponían beber juntos hasta cuando la "pelona", el mismo mes y la misma semana, el exacto día viniera, según los tratos, a buscarlos para remontarlos a las arquitecturas imponderables del cielo; dejarlos en el limbo o zumbullirlos en las grandes cacerolas de los infiernos.

Eran tan hermanos que si los agarraba la tertulia alambicada con seco, en el taller de la funeraria; sobre todo si eran días y noches de lluvia, se quedaban a dormir en el negocio. Cada uno levantaba la tapa del actaud que mejor le acomodara y dormían tupidamente como superdioses. El único que por lo general no entraba bien en los cajones, por su tamaño corpulento, era Capi Ruíz, quien dormía con las botas afuera. "Qué bueno es, camaradas, resucitar de la profunda muerte, para gozar la vida, entre los vivos... porque yo, para que lo sepan, además de anarquista soy filosóficamente "epicureísta", solía decir el Capitán.

Para los tres compadres la vida era una rutina que desembocaba en cualquier hora, cada día, en un par de tragos; aunque nada más fueran dos copitas... una. Sólo Capi Ruíz fue trascendente, cuando hizo la revolución, de la cual solía hablar muy de cuando en cuando, para afirmar siempre lo mismo: "Teníamos que hacer como los rusos: cortarle la cabeza al Zar".

El funerario y el Carretero dejaban hablar de corrido al Capi Ruíz; él pensaba por ellos y decía lo que le daba la gana en el torrente turbulento de su fantasía. Entre borracho y lúcido, que era su talante cotidiano, solía desarrollar su discurso, sentado en un banco de carpintería o en la carreta de su compadre: "La muerte-decía- no cree en el Código Fiscal; ella corta parejamente, con igual daga; al desgraciado pobre y al encumbrado rico... por eso yo te digo a tí, buey: vende tu ataúd, cómete tu ataúd, cómete tu ataúd, bétete tu ataúd- le sermoneaba al Funerario- Y tu, eminente carretero, vende tu leña, cómete tu leña, chúpate tu leña. No sean imbéciles, como alguna gente tonta y paupérrima de este pueblo, que al amanecer de cada día piensa que puede volverse rica, como sus patronos, o como el cura Pancracio...¡Qué va!... Lo más bello del mundo es que los hombres trabajadores puedan comerse su trabajo, y puesto que los ricos no trabajan, entonces que se coman su caca"...Esa era la prédica del Capi Ruíz, sobre todo en sus grandes borracheras.

En las tardes calurosas de los meses del seco verano, el Capitán Ruíz traía una botella de seco, buscaba al Funerario y pasaban por donde el Carretero: "Pon el palo de la carreta a la yunta y llévanos a pasear".

Era cuando el sol rojo caía detrás del campanario blanco del poblado. Montaban en la carreta, y como tres manchas de tinta china se perdían en el saliente. Allá, en lo alto de una loma, a la entrada del pueblo, había un centenario árbol de cigua canelo, y en febrero el palo echaba pomos de olorosas flores blancas que las muchachas enamoradas se prendían del pelo.

- ¡Oh, qué tarde más celeste, casi dorada! -clamaba el Capitán-

Aprovechen, bueyes; bebamos en este segundo cuando el sol muerto es enterrado, compa. Funerario, en su propio ataúd de llamas y vapores...;Bebamos, mierda! Ni Dionisios podría beberse este crepúsculo, como lo hacemos nosotros. Joder... ni Pablo Neruda, por muy crepusculario que sea, porque en su país no hay atardeceres tan bestiales como éste. Además, nosotros somos los tres borrachos superiores de este pueblo, somos la excelencia espiritual de las masas.

Sobre la magnitud del cielo, sin nubes, aparecieron oscuras manchas de pájaros que volaban con lentos aleteos. Millares de alas salpicaban la amarillenta luz del horizonte.

- ¡Miren allá, cuántos pájaros! -observó Capi Ruíz- vienen del norte frío; van al hemisferio sur, a Chile a la Patagonia. ¿Qué serán? ¿Grullas, ánades, patos?...¿qué se yo!... Es el misterio... Así empezaría el mundo material. ¡A veces yo quisiera ser como esos pájaros migratorios!...
- A mi me da tristeza ver pasar esos bichos- dijo el Carretero- Cuando era chiquillo, una vez cayeron en el patio, tal como ahora, en la tarde, miles de pájaros, rarísimos. Los muchachos salimos a cazarlos. Corrían cansados, de un lado a otro; se metían en la iglesia, subían a la torre; saltaban por los techos de las casas, piaban de rama en rama sobre los árboles y las palmeras. Eran negros y amarillos, como los zarcetas, pero no eran zarcetas. Matamos algunos, pero después nos dió lástima. Y cuando los demás, por millares levantaron el vuelo y siguieron su ruta, nosotros enterramos a los pájaros muertos.
- ¡Qué bueyes!- rugió el Capi Ruíz...
- Por eso digo que me da tristeza verlos pasar.

Los compadres bebían el licor, a pico de botella. Un silencio inconmensurable, matizado por el golpear de los rabos de los bueyes de la yunta y los transparentes cantos de lejanos gallos se compaginaba con la noche entrada. Mudos e iluminados por las últimas ráfagas de dos o tres pedazos de luces amarillas, los compadres observaban el estremecimiento cósmico de las primeras estrellas parpadeantes.

- Yo les digo-proclamaba el Capi Ruíz- que en este pueblo del carajo, no hay tres tipos humanos, como nosotros, capaces de una inspiración semejante a la nuestra. Somos el diablo.
- ¿Y por qué no dices Capi- opinó el Funerario- que somos el Dios?
- Porque Dios no existe, por eso solamente.
- ¿Y entonces, por qué existe el diablo? ripostó el Funerario.
- El diablo tampoco existe, buey; es un decir.
Lo que yo digo es que somos sencillos como un terrón de tierra, o un cagajón de caballo, pero florecemos como genios, a esta hora.
- Sobre todo-agregó el Carretero- cuando tomamos seco.
- No seas maricón, Carretero; no rebajes la calidad. Te voy a decir que ni el cura Pancracio con toda su teología nos llega a las verijas. El es un animal encerrado en su pollerón negro, incapaz de recoger estas categorías, ni siquiera el perfume de una flor de cigua...¡Ah, la cigua!... Igual que otros sólo piensa atesorar, como cualquier comerciante, y peor, porque lo hace con el crucifijo en las manos.. ¿Santo?... Para hablar de santo de carne y hueso...tal vez la Niña Rosa.
- Oye- preguntó el Carretero- ¿por qué tú siempre macheteas a los curas?
- Porque no son como uno que yo conocí, por mis lecturas, desde luego, el cura Hidalgo, el precursor de la independencia de México. Si fueran como Hidalgo, y caminaran sobre Chuzos o vidrios por el bien de los pobres y no de sus opresores, como ocurre acá con don Pancracio, pues, ¿saben ustedes?... yo sería el primero, en este país, en ponerme una de esas polleras negras, mi par de escapularios y salir a predicar.
- ¡Ajó!--exclamó el Funerario- y buenazo que sería tú de cura.

En la sobretarde fugaz, un aleteo de la brisa despertó el aliento fabuloso de las flores de cigua y cerró el telón del mundo. Empezaba el concierto de los grillos transparentes.

- ¡Arre, amarillo!...¡Vamos, colorao!- gritó el Carretero y soltó

entre dientes el hilo serpenteante de una saloma. Los compadres retornaban de la colina. Esto sucedía a veces, cuando las tardes eran secas y azules.

Pero esa tarde caliente el Capi Ruíz llegó a cortar la goma de dos días seguidos de beber, y el Funerario había vendido, de fiado, su último ataúd. Como tenían sobrada fama, los tres compadres en el pueblo, nadie les acreditaba nada en las cantinas. A esa hora todavía los obreros laboraban en las tareas finales de los pabellones de la escuela, incluso realizaban sobretiempo, en jornadas nocturnas, de modo que no hallaban persona alguna que les diera un traguillo en esa hora del bochorno húmedo de la calle.

- Funerario, dime...¿qué se te ocurre para levantar siquiera una "pachita"?- gemía el Capi Ruíz. El sol brillaba en la plaza, como plata china.
- ¿Es que no se te ocurre nada, camarada Funerario, para meternos unos cañazos?- Insistió el Capi Ruíz.
- Ya te dije, voy a cerrar el negocio... Bien puedes hacerme el memorial para declararme en quiebra y no tener que pagar las tablas de cedro amargo que todavía le debo al turco Elías. Y además me consigues un empleo, como te digo, aunque sea de sereno, de guachimán, con tu Presidente, ¡y se acabó esta huevada!...
- Bueno-ordenó el Capitán, mirando el último cajón de la empresa privada- agarra tú por allá este ataúd.
- ¿Qué te pasa, capi? ¿Estas loco?
- Vamos a tomarnos una botella donde el chinito Ho. Agarra allá. ¡Arranca, buey cobarde!

Y a esa hora salieron del taller con el cajón y se dirigieron a casa del Carretero. Lo hallaron justamente en el arreglo de una rueda dañada.

- ¿Quién es el muerto, Funerario?- preguntó el Carretero.
- Levántate, Carretero-respondió el Capi Ruíz- danos una manita en esta carga.

- ¿Pero qué vaina es ésta, Capi? Tú, Funerario, ¿para dónde vamos con esa caja?
- Es una orden militar, canalla; tú sabes que eso no se discute.

Los dos compadres se echaron el ataúd al hombro y siguieron la directiva del Capi Ruíz. Todavía hasta allí, todo era normal, pues en los mejores tiempos, a veces, la funeraria hacía servicio a domicilio, y en la carreta del Carretero llevaba los cajones a los caseríos vecinos. Pero llamó la atención del poco público de la calle el paso de aquel entierro sin campanas dobladas, ni flores, ni deudos llorosos.

Como la urna funeraria era de tabla rústica, sin forrar, se podía pensar que habría muerto algún preso o alguien, en la destartalada sala de caridad del hospital.

Pero al llegar a la esquina de la placita, el Capi Ruíz dio una barbárica voz de mando: "A la iz...bueyes!... Y los cargadores tomaron a la izquierda y se dirigieron rectamente a la cantina del chino Ho. El Capitán empujó las portezuelas, y ante el asombro del chino y de algunos parroquianos, entre los cuales había un campesino borracho, el capi ordenó poner la caja en una de las mesas.

- Allí tienes, mandarín- le dijo al cantinero.
- "¡Uta male!"- exclamó el cantonés.
- O me das una botella de seco, con su servicio, o te dejo este muerto aquí mismo.
- "¡Uta male!"- chilló de nuevo el comerciante, mientras despachaba la botella a los tres compadres y miraba asustado, de reojo el ataúd.

Los compadres se acomodaron tranquilamente en otra mesa y empezaron a brindar por el éxito de la empresa funeraria.

Cuando el campesino borracho tuvo la impresión de que se trataba, en realidad de un muerto, aquello que obnubiladamente percibía, allí, sobre el ataúd, empezó a llorar lamentablemente.

- ¡Ay...-gritaba- "pobrecitico", hermanillo mío!
- Oye, Capi- se quejó el señor Ho- no "jole" tú...¡llévate ese muelto de aquí!
- Aguanta, mandarín, no seas pesimista, que ahora se forma el "tilín-talango".

Y así fue, pues cuando empezó a llegar la gente del patio, y los trabajadores que laboraban acondicionando la destruida iglesia de San Juan de Dios, con ánimos de trasegar cerveza, al ver la macabra presencia del ataúd en la cantina, comenzaron a festejar la broma y ofrecer botellas a los compadres. Empezó a acudir el gentío al enterarse del muerto y al hacerse la noche, el público no cabía en el local, ni el chinito era capaz de responder a la inusitada demanda de la clientela. Alguien mandó a buscar a Juan el guitarrero y cuando la guitarra mejoranera, con sus cinco cuerdas, charrasqueó un mesano transportado, el campesino se echó otro lavagallo; escupió, ladeó la cabeza con típico donaire en busca del tono de la guitarra; afinó el espíritu, soltó con perfección incomparable la saloma de introducción y echó al aire su copla:

"Yo les vengo a preguntar
a los sabios más profundos:
-Los que se van de este mundo,
¿a dónde van a parar?"

El campesino atajó la respiración, de nuevo curveó la voz en los requiebros de la saloma y continuó el verso del famoso poeta Manuel Zaballos:

"Dicen que va hacia la gloria
el que es justo e impecable
y si es persona honorable,
yo digo que va a la historia.
El que tiene la victoria
de su país gobernar,
si acaso hace progresar
a la patria que gobierna,
pasará a la historia eterna...
yo les quiero preguntar..."

- ¡Jo!...¡Ese hombre sí es profundo, carajo!
- ¡Ay... "ombé"...
- ¡Ataja!

De pronto cundió un silencio absoluto, solamente quebrado por la armonía de la guitarra que Juan el guitarrero hacía vibrar, echada la cabeza a un lado, sobre las clavijas; los mechones de cabellos canos de la frente, bajo la castaña sombra del sombrero alón de junco; apretujada contra su ancho pecho la pequeña caja curva de cedro amargo de la guitarra criolla; la ruda mano izquierda de carpintero, cubriendo el cuello corto de un jeme, del instrumento, y la mano derecha, los dedos de largas uñas, punteando en el floreo y las más veces, charrasqueando sonoramente las cinco cuerdas de tripa.

-¡Pica gallo! -gritó el Carretero. Y el poeta, remangándose el blanco sombrero de cogollo, en gesto de reto y gallardía, entonó por la requintilla una revuelta de saloma formidable y avanzó con la espinela.

"Algunos me han dicho a mi:
muere un niño sin bautismo;
pasa siglos en el limbo,
porque Dios lo ordena así.
La religión que aprendí
pone un cielo como rumbo.
Dicen que en el otro mundo
el alma va a descansar...
Esta tesis va a engañar
a los sabios más profundos"...

- ¡Putá madre!- rugió el Capi Ruíz- ni Heráclito de Efeso
Hubiera compuesto una vaina así.
- ¡Dejen al hombre cantar!

Mientras Juan el guitarrero hacía florilegios con las cuerdas y bajaba la cabeza sobre la guitarra como para insuflarle más vida, el campesino levantó los ojos al techo, para atar la compleja estructura de los diez versos de la estrofa en la lejanía de la memoria; repitió el giro de la saloma y agregó:

"Unos dicen, que al infierno...
yo sostengo, que a la tierra...
Pensarlo a muchos aterra,
le temen al Dios eterno,
aquel que rige el gobierno
de la inmensidad del mundo,
que en los abismos profundos
también suele gobernar...
Al olvido van a dar
los que se van de este mundo..."

- ¡Délen un trago al hombre!
- ¡Adentro, esa guitarrita, mano Juan!
- ¡Ataja!

El chinito Ho lucía perplejo; los trabajadores de la construcción de la escuela, forasteros la mayoría, venidos de las orillas del Canal, descubrían un mundo maravilloso y extraordinario en aquella cantinucha, con esa velada literaria frente al ataúd que habían traído los tres compadres como prenda de empeño.

- ¡Dejen al hombre cantar!
- ¡Tiemple mano Juan la guitarrita!

Y entonces el cantor echó la cabeza hacia el suelo; se quitó el sombrero con la mano izquierda, lo puso sobre el cajón y comenzó a dar rítmicas palmadas, al son de la guitarra; rebuscó el final de la saloma y concluyó la décima:

*"Con las penas corporales
paga el hombre su pecado,
si algo falta queda pago
con sentimientos morales.
Esas penas eternas
son una ilusión fatal;
la hora de agonizar
es triste, negra y sombría,
y es aquí a la tierra fría
a donde van a parar".*

- ¡Viva el muerto!
- ¡Viva el cantor!
- ¡Vuelva y trabe, manito!
- ¡Abajo el gobierno!
- ¡Ese sí es poeta científico!

Tal fue el escándalo, el charrasqueo de la guitarra, el zapateo de algunos improvisados bailarores y además los insultos de los enardecidos clientes, contra el chinito Ho, porque no tenía más aguardiente, que el asunto se complicó cuando alguien le disparó una botella vacía; quebró el espejo de la cantina, y se formó el arroz con mango. En eso llegó Pata-larga, con otros, policías y cargaron con los tres compadres, con el chino Ho y el cantor.

Los llevaron a la cárcel y los metieron, en la oscuridad de la celda, para criminales y políticos, llamada "la chiquita". El cantinero Ho, no hacía otra cosa que lamentarse.

- ¡Calla, cobarde- ordenó el Capi Ruíz- en la cárcel se miden los hombres!...

Pues sí, dicen que con las veinte pesadas barras de oro el Presidente construyó la escuela, justamente en el sitio, en el cual, setenta años atrás aconteció la famosa Guerra del Llano. La guerra dejó sembrado de muertos el panorama; después el llano se llenó a fantasmas y luciérnagas y posteriormente, cuando ya nadie sabía nada de la guerra empezó a salir

la luz del llano.

El cura Pancracio calculaba que los pabellones de dos pisos, construidos con un estilo neocolonial, con duras piedras azuladas y tejas rojas, cubrían como diez hectáreas, al norte del poblado. Era la escuela como cien veces su iglesia, y además el Presidente había mandado a destruir el otro templo, para instalar allá el internado de varones. No se cansaba el presbítero en maldecir la obra y hacer manifestaciones terribles: "-Cosas siniestras pasarán en ese laboratorio de satanás"- El Capi Ruíz le llevaba la contraria y solía decir públicamente: "-De una cosa estoy seguro yo: el cura Pancracio no hubiera gastado las veinte barras de oro en construir diez hectáreas de iglesias".-

Ese verano fue larguísimo; el pueblo se constreñía y tomaba color de tierra. A esta situación había llegado debido a los trabajos del acueducto y del alcantarillado. Además el Presidente decidió construir de cemento la calle principal, y las de circunvalación el área escolar. Autos y camiones cargados de todo tipo de material eran sacudidos por el viento veranero. A fines de marzo el calor cuarteaba el suelo reseco. Los muchachos subían a los palos de marañones y recogían amarillas y rojas frutas, para refrescar el gaznate.

Pero a mediados de abril cayeron las primeras lluvias y el viento, con su escoba de goteras lavó la cara sucia del poblado, y como a los siete días, lo que antes era polvo y espacios terrosos y colorados, se puso verde. Faltaban pocas semanas para que empezara la nueva vida del pueblo y la pequeña aldea de unos tres miles habitantes crecía casi en un tercio, con la llegada de los normalistas, procedentes de todas las provincias y aún de Centroamérica. El mundo cambiaría también, porque vendrían profesores extranjeros, tal vez, algunos con barbas negras y raras costumbres. El comercio auguraba el tiempo de las vacas gordas y los empresarios del poblado bailaban en una sola pata. Pero los más contentos eran los muchachos pobres a quienes el Presidente había becado y que por primera vez se pondrían saco y corbata, todo lo cual debía agradecerlo a don Tino Pérez, el Gobernador, que preparó la lista en beneficio de sus amigos y compadres, en consideración de las próximas elecciones.

Pero con las lluvias el lugar se había convertido en un

moderno fangal, puesto que las enormes obras rompieron el equilibrio ecológico del habitat.

El Presidente, apurado por sus compromisos, ordenó concluir las edificaciones a como diera lugar; sin embargo, pese al empeño, aún faltaban las calles. Sucedió, que por un lado salía el sol con sus paladas de luz y candela y por otro, con el viento del sur, a las dos en punto de la tarde (porque en ese pueblo llovía siempre a esa hora o a más tardar, a las dos y media) el aguacero decía: "Voy contigo, pueblo..." y los trabajadores corrían a cubrir las lozas recién cuajadas con lonas para salvaguardar el cemento. Los chiquillos correteaban encantados, como de costumbre, por las lluvias tempranas del invierno y los más pequeños se bañaban desnudos por las zanjas de los callejones. Después de los grandes chubascos iban a recoger, del suelo, mangos maduros y guayabas amarillas y rosadas.

En la casa cural, el padre Pancracio recibía informaciones diversas de sus tradicionales correveidiles. A las preguntas de sus confidentes acerca de la fiesta de inauguración de la escuela, respondía con resignadas divagaciones. Pero las obras sin concluir, los lodazales y fuertes aguaceros, sólo podrían interpretarse, según él, como fruto de la lucha entre el bien y el mal, entre Dios y satanás. El religioso repetía: "Terribles cosas sucederán en esa mansión de las brujas"...

Para el señor alcalde la cuestión no pintaba bien, pues se enteró que la tubería del acueducto no pasaría por su casa, ya que el hombre vivía en las afueras. Allí tenía su pequeño potrero, en cuyo corral, todas las tardes encerraba cuatro terneros. Por las mañanitas, el flaco señor alcalde ordeñaba las vacas y con la venta de algunos litros de leche, de cuajadas, quesos frescos, hechos por su mujer, el funcionario redondeaba el pequeño sueldo municipal, que apenas alcanzaba para el arroz de cada almuerzo. Esto era así por cuanto su trigueña y regordeta mujer, al son de los años y de los aguaceros fríos le había regalado trece hijos, algunos de los cuales se preparaban para ir a la famosa escuela secundaria.

Se quejó ante su jefe el Gobernador con su compadre Tino Pérez, para que éste influyera de forma tal que el acueducto y el alcantarillado pasara por las afueras del poblado. De esta

suerte, la hija mayor, ahijada de don Tino, joven de diecisiete años, la que por culpronta y bailarina salió con una barriga. Rápidamente le llegó la respuesta:

"Señor Alcalde:

Gracias por felicitaciones al Presidente. Lamentamos acueducto no pase por su casa. Trate de alquilar casa cerca de línea de agua, hasta próximo presupuesto. Afectísimo.

Secretario de la Presidencia".

Al cura Pancracio le llevaron la lista de funcionarios que serían nombrados en la administración del nuevo plantel escolar. Los nombramientos del personal administrativo pasaban por la mano de don Tino, en preparación de la futura campaña electoral. Supo que, entre otros, don Simón el farmacéutico, don Pedro Meza y don Fabiano Vaca, quienes anduvieron de protestantes contra la destrucción de la iglesia, conspirando contra el gobierno, como cuadros leales del cura, se habían cambiado totalmente al lado de la gente del Presidente. Al parecer, Vaca estuvo desinformado a Pancracio en relación a un supuesto golpe de Estado, detenido solamente, porque el Embajador norteamericano, no le dio el O.K., ya que andaba por Washington, en asuntos relacionados con los problemas de la guerra. Mientras tanto don Tino le conseguía a los dos ganaderos principales: Vaca y Meza, apetitosos contratos de compra de leche y carne para la alimentación de los dos mil estudiantes internos. Estos logros comerciales convencieron a los dos políticos y aliados del cura, que la coeducación era un concepto moderno y necesario, porque, incluso permitía la venta de carne y leche en proporciones nunca vistas en el lugar. "-Esa gente, sí tiene leche"- expresó, al saberlo, el Funerario- "Y yo sin poder vender un ataúd"...-

De modo que el cacareado golpe de Estado se volvió humo, y en el Comité Provincial de recibimiento del Presidente, entre otras notabilidades del pueblo figuraban, descaradamente, al lado de don Tino Pérez, los señores Simón, Mesa y Vaca.

"Ayer-decía el Capi Ruíz, haciendo referencia al cambio de las citacaas eminencias-junto al cura gritaba contra el Presi-

dente; ahora, con don Tino, vivan al Presidente..."

El Consejo Municipal acordó, por unanimidad, declarar al Presidente, hijo predilecto y meritorio del Municipio, y entregarle, asimismo, el día de la inauguración del plantel, las llaves de oro del pueblo. Otro acuerdo mandataba a la ciudadanía a pintar el frente de las casas y limpiar las malezas de patios y huertos, so pena de arresto. Se ordenaba, además la prohibición de tener bestias en soltura. El señor Alcalde hizo clavar anuncios en papel de manila, por varios lugares que decían así: "Los que tengan caballos, vacas o puercos en soltura, que los amarren; los que no, no". El Gobernador Tino Pérez era dueño del único burro del pueblo, el que era considerado como burro oficial e inmune.

"Padre Pancracio-dijo una beata oficiosa y sapa- ojalá siga lloviendo; Cristo quiera que se pierda el sol; que Santa Bárbara, ese día, haga llover lagartos y sierpes de dos cabezas. Así como aquella vez cuando llovió tantísimo, que el pueblo se cundió de cocodrilos azules..."

Pero el padre Pancracio tenía una grave contradicción en esos días, la cual no lo dejaba dormir ni estar con tranquilidad, para la realización normal de los oficios religiosos, pese a que se la pasaba tomando agüitas de jazmín y flor de adormidera. El Arzobispo le había cursado nota manifestándole que para la gran fiesta de inauguración de la escuela llegaría acompañado del Nuncio Apostólico, representante del Vaticano y Decano del Cuerpo Diplomático. El Arzobispo tenía añoses de no visitar la provincia y era la primera vez que el Embajador del Santo Papa, se asomaba al interior del país. Resultaba imposible -a menos que se muriera- escapar a este compromiso. Su conciencia estaba vuelta un verdadero chicheme. "Lo que sucede-pensaba para sí- es que las altas autoridades nunca saben de verdad lo que ocurre en estos pequeños pueblos. Y ahora tengo yo, enemigo principal de la maligna escuela, obra de este Presidente sinvergüenza, que salir, como oveja arrependida, a que me saquen la madre en las calles".

Ya el Presidente le había hecho saber que si seguía jodiendo -tal como lo expresaba el Capi Ruíz- lo iba a devolver a España, para que allá rindiera cuenta, en la parroquia de

donde huyó, cuando llegaron los republicanos, de los tesoros de la Condesa del Toro: esmeralda y brillantes que la Condesa puso en sus manos, en resguardo. Según el Capi Ruíz, aquella vez Pancracio le informó a la Condesa que se pasaba a otra provincia, para cuidar el tesoro en más seguras arcas, y todavía la dicha Condesa del Toro está esperando sus bellas esmeraldas.

Pero la comidilla del día, en los distintos foros de la opinión pública del lugar era el matrimonio de la hija de don Tino Pérez con un joven y rico heredero de la región vecina. Según elementos del cura, don Tino quería asegurar así su postulación a diputado, porque, con ese amarre, aumentaban los zurroneos de plata, bajo la religión de que la plata busca la plata. Esto comprometía aún más el cura que debía casarlos.

A Pancracio lo mataba la duda; la lucha entre el bien y el mal; entre sus arcángeles y sus diablillos. Los arcángeles alcanzaban a decirle, desde lo alto de la torre que se cuidara de todo mal, de dar pasos en dirección a los engañosos jardines colgantes de los infiernos, porque tales jardines estaban infestados de serpientes y tarántulas. Y los diablitos desnudos y diminutos le salían por los hoyos de los orejas y luego crecían para reírse a carcajadas con su bocas escarlatas (porque los diablos del cura eran blancos, delgados, con ojos verdes y dientes de oro)" No temas- gritaban los de los cachitos florescentes-pues ya más diablo de lo que el mundo es no puede ser. Y nosotros tenemos en nuestro buró central, tu ficha. Porque este pueblo, pese a todo, es transparente y vemos todo cuanto haces, lo que has hecho, lo que quisiera hacer y no puedes, y lo que harás. Esa es tu desgracia. La sotana te sirve, porque con ella las gentes hacen de ti una fotografía. Pero en esas postales con sotana y crucifijo y ellos tienen fe en ti, porque creen en la apariencia de las cosas, como si la apariencia fuese la esencia; pero no lo es. Sucede que esas gentes todavía no poseen el líquido de revelar la verdad esencial, porque si lo poseyeran, tú y muchos otros, saldrían cuajados en lo que realmente son, no en la apariencia, no solamente en el rasgo fugaz del fenómeno, y la tradición que lo soporta. En esa química te observarán como te vemos nosotros, colega demonio, ni más ni menos... ¿Santo?... -exclamó el coro de diablillos-sólo la pobre Niña Rosa...Tan diablo eres tú, padre Pancracio, como lo es el excelentísimo señor Presiden-

te."... Y diciendo esto los diablitos se volvieron del tamaño de los piojos y se le metieron al presbítero por los huecos de las orejas gordas y peludas. Al no poder superar la contradicción dialéctica de su alma dulce y amarga, y por eso se le alborotaban las almorranas.

Debía asistir a los actos oficiales de la inauguración; ayudar al Arzobispo en el tedeum y casar a la linda hija de su peor enemigo político, don Tino Pérez, el Gobernador y futuro diputado de la provincia, en perspectiva de ser hasta ministro, y...quién sabe! presidente. Cuando se opuso a la destrucción de la vieja catedral, el cura Pancracio juró que primero pasarían sobre su cadáver, que permitir tal herejía y como aquella vez no se atrevió a inmolarse inútilmente esta vez prefirió no proferir amenazas parecidas. Ahora, además, iba a ayudar, por primera vez a un Arzobispo, ante el deslumbrante poder del Estado y del Cuerpo Diplomático; esto jamás lo hubiera conseguido en la madre patria España.

Mas todo iba a depender finalmente de las lluvias.

De repente cesó de llover y repeló el sol. A una semana de la fiesta era un regalo de no se sabe cuál santo, ya que San Isidro el Tuerto, lo pasó tan mal en esa temporada, que hasta preso estuvo. Don Tino el Gobernador andaba verdaderamente culeco. Trajo de la Capital las tarjetas blancas con letras doradas, para la participación y la invitación del matri-

monio, el cual sería apadrinado, nada menos, que por el Presidente. Allí se chuparía champaña francesa, como quien bebe chicha en junta de embarra de casa. Don Tino le había dicho al Capi Ruíz y a su gente, que si deseaban participar en el desayuno presidencial, tenían que ir con saco y corbata. Capi Ruíz acudió donde Atanacio el planchador del pueblo, que además era un maricón decente, porque, en todo caso, realizaba sus puterías superficialmente, y allá consiguió un saco de cañamo, entre blanco y marfil, que en nada le aventajaba el vestido gris de tres botones del Fiscal Primero del Circuito o el traje de casimir azul del señor Juez.

Dos días de sol fueron suficientes para llenar de polvo casi todo lo que se había pintado de nuevo. Lo que más relumbra en la calle central era el remozado local del internado de muchachos, construido sobre los restos de la vieja iglesia. Cuando los visitantes llegaban al pueblo hallaban la placita mocha de un lado, porque, de súbito advertían que era cierto lo que decían del Presidente, en torno a la demolición de la torre colonial...";Ave María Purísima!"... Al salir del pueblo, hacia el norte, en lo que fuera el llano donde ocurrió la guerra del siglo pasado, sitio generalmente anegado de agua y de ranas cantoras, ahora se erguían las imponentes moles de los pabellones, aún sin decorar ni pintar, pero bien alineados y dispuestos para el momento cumbre del señor Presidente.

Reverberaba el sol al ritmo del movimiento de la gente que se alistaba, lo mejor que podía, mezclada con los primeros grupos de estudiantes que ya se ubicaban en los internados; con los obreros que se despedían de los buenos amigos y elementos forasteros que acudían de todas partes del país, ya que el programa incluía el matrimonio, el Tedeum, el gran desfile, con participación de escuelas primarias, autoridades locales y nacionales y de la altildada escuela normal. Figuraba, entre los puntos novedosos, la presentación de la caballería de la Policía Nacional, la esperada inauguración oficial del plantel, por parte del Presidente; discursos, marchas de la Banda Republicana, gran banquete, fuegos artificiales y bailes populares, en la noche.

Se preparó comida para unas cinco mil personas y aguar-

diente para emborrachar a igual cantidad de ciudadanos. El Gabinete acordó funcionar, protocolarmente, ese día en la escuela, de manera que el gobierno se trasladaba al pueblo y éste ocupaba por un día, al menos, jerarquía de capital política del país.

Don Tino Pérez le había dicho a su pueblo que el Presidente iba a echar la casa por la ventana y fue cierto, porque la degollina de vacas, puercos y gallinas no tuvo comparación, ni siquiera con la Guerra de los Mil Días, pues según el Capi Ruíz, sólo se salvó de la matanza el burro del Gobernador.

Todos los sitios de diversión estaban listos. La gran sala de baile de gala, al cual asistiría el Presidente, el Cuerpo Diplomático, el Gabinete y los invitados especiales, lucía empaquetada con multicolores paños de envolver huevitos de leche y de hacer cometas, y trenzadas pencas de palma real; sobresalían telas con grandes letreros alusivos a la fiesta. Además se anunciaban tres bailes, en distintos locales, con orquestas traídas de la capital y tres curachas en las cantinas de la placita, alternadas con dos tramboritos, de los más famosos de la región. Los organizadores de la fiesta encargaron mil moñas de cohetes chinos y dos mil quinientos voladores...luces de bengala, montantes y globos, a discreción...

Y ese día, el gran día de la inauguración tan esperado, madrugó con el resonar de dianas muy alegres tocadas por las bandas capitalinas y la del pequeño Cuerpo de Bomberos de la localidad. De su gran limusina bajaron, al frente de la iglesia, a las seis de la mañana, los novios, el Presidente y la comitiva familiar de don Tino Pérez, que iba metido en un vestido, como pavo real. El acto, pese al comedimiento del padre Pancracio fue brillante. A las siete salió el matrimonio y empezó el desayuno, en casa del Gobernador a las nueve se fugaron los novios; a las nueve y media comenzó el Tedeum oficiado por el Arzobispado; a las diez y tres minutos empezó a soplar un vientecillo azulado y espeso, proveniente de las hondonadas lilas del sur. El sol no salió más de entre las braquetas de las nubes y no hubo adelantado medio paso, el gran desfile, presidido por el Presidente, vestido de blanco como un palomo, por el Gabinete y el Cuerpo Diplomático, con gran estiramiento cuando sobre el cuadrado y pequeño

mundo del pueblo empezó el espacio a oscurecer. Aunque la primera fila fulguraba de altas personalidades, las miradas de las multitudes caían en gajos de a cien ojos sobre el destello púrpura de la toga del Arzobispo; a su lado, como pavo relleno, pero arrepentido se bamboleaba el cura Pancracio equilibrando sus hemorroides. Don Tino caminaba detrás de su Presidente, y junto a él, el futuro doctor en leyes de Oxford, el Tinito Jr.

El Director de la Banda Republicana levantó la mano para marcar: uno, dos... los primeros compases de la marcha: "Panamá, la patria mía, suelo grato encantador"... cuando se desplomó un aguacero de padre y señor mío... Las goteras caían del tamaño de calabazos sobre las confusas filas de funcionarios, embajadores, estudiantes, músicos, policías y masas en general. De pronto el eminentísimo señor Arzobispo parecía un torero español, en medio de la carrera de los manifestantes en busca de algún amparo en los portales de la placita.

En esa carrera de a 100 metros, Monseñor fue a dar a la cantina del chino Ho, junto con los embajadores de Francia y China. Aprovechó, solícitamente, el cantinero para hacer un brindis especial con licor maotái, legítimo de Cantón. Las gentes despavoridas huían en todas las direcciones desquitándose de la lluvia bárbara que caía a cántaros llenos. "Por favor clamaba una voz en el diluvio-saquen de la cantina del chino Ho al señor Arzobispo!"... Nadie había observado que junto al Arzobispo estaba el Nuncio Apostólico de la Santa Sede. En la barahúnda se perdió el embajador norteamericano, quien también vestía de blanco, destacándose con su bello sombrero "Panamá hat" (días después se supo que el gringo perseguido por las grandes goteras de agua, como arriera sin pestañas, fue a dar al callejón del mercado y la estampida multitudinaria, apareció justamente en la casita de tablas viejas y latas oxidadas de Atanacio el planchador, quien a punta de plancha le oreó el vestido de lino blanco.

- Gobernador-gritó el Presidente, bajo el vendaval oscuro cuando advirtió que a su lado sólo deslucía Tino Pérez-
Qué mierda se hizo toda la gente?

- Mande, señor Presidente- respondió el Gobernador, como pudo.

- So hueyón, dónde están los embajadores?... Llame al personal o presénteme la renuncia.

Y quiso la buena suerte de Tino Pérez que viniera a socorrerlo un ramalzado de viento norte y se llevó, casi milagrosamente el aguacero. Entonces sí parecía fiesta de verdad, porque al tratar de reagruparse, la marcha con la multitud de señores embajadores y ministros empapados y salpicados de lodo, por todos lados, aquello parecía una verdadera procesión de pollos mojados en chicha. Volvieron a estallar con ánimo los platillos de la banda, pero los cueros humedecidos no sonaban y así prosiguió, desafiadamente el desfile. Marcharon veinte pasos hacia el objetivo, situado a novecientos metros: la inmensa escuela. Salió el sol como un Dios de verdad y se rió con una carcajada brutal de chivo descomunal. Otra vez arremetió el viento del sur como un toro eléctrico y huracanado; se desparramaron los cien mil toneles de lluvia pródiga sobre las agriculturas desgredadas de los celebrantes. Con semejante cabeza de agua celestial el Presidente quedó más chiquito, y por lo contrario, el Arzobispo, con la sotana púrpura encogida, la cual le quedaba "pasa río", parecía más alto. Sólo el cura Pancracio se reía para adentro, con sus diablillos, y daba la impresión de estar más contento que un loro liberado. Y así, en ese son y demostrando fe en la patria, en la educación y el porvenir, bajo el predominio y la hegemonía del aguacero, al fin llegó la apachurrada comitiva al sitio en donde otros miles de participantes esperaban el glorioso momento. En medio del inmenso chaparrón los discursos se apagaban como fósforos ensopados. El Presidente, casi temblaba de frío y se hallaba calado hasta los tuétanos, y le preocupaba la desaparición del señor embajador de los Estados Unidos. Pronto, la seguridad averiguó que su señoría, el gringo estaba en calzoncillos, en la casita de Atanasio, mientras el planchador le secaba la ropa blanca. Por orden del Presidente el programa se desarrolló, pese al sabotaje de los chubascos. Cuando empezaron a repicar los bailes, sólo entonces, al despuntar la noche, el Dios del agua mandó a suspender su castigo. "Eso le paso al Presidente- dijo una beata- por haber destruido la santa iglesia de San Juan de Dios, y dice Pancracio, que más tarde vendrán cosas más terribles para este pueblo". Pero en la oscuridad salieron las luciérnagas y más tarde la luna enorme. Fue la luna

y más tarde la luna enorme. Fue la luna llena, por eso llovió, comentó un viejo campesino en la curacha del chinito Ho.

Se oía de lejos el río tronar en su desbordamiento. En las tiendas locales se acabó la ropa, pues la compraron los dignatarios para mudarse. El Presidente tuvo que ponerse el vestido de graduación de Tinito, el hijo del Gobernador, con lo cual se veía casi ridículo, pero se aseguraba un tanto más la posibilidad de la beca prometida para la universidad de Oxford.

Cuando se calentaron los bailes, que pasaban de media docena, la luna cómplice chispeaba como el sol. Las casitas del pueblo, comparadas con los grandes pabellones de la escuela recién inaugurada parecían de miniatura. Los toros bravos bramaban en el toril de la barrera, en la cual la gente había chapaleado en los lodazales de la corrida popular, realizada, pese a todo, en la tarde. Había un barullo de trompetas, cajas y tambores. Los ateridos campesinos trasegaban las botellas de seco que sacaban de sus chácaras, regalo del Presidente; gritaban y salomaban. En la escuela, miles de muchachas empezaban a dormir en las nuevas habitaciones del internado, mirando los pedazos de luna que producían planos de luz y de sombras paralelas y cuadriláteras, sobre los pisos y pasillos.

Sin embargo, el Presidente abandonó el baile como a las diez y cinco minutos de la noche y nadie supo a dónde fue, ni el personal de la escolta.

A las once y diez minutos llegó al internado de varones, a la antigua iglesia destruida, el estudiante interno, Johny Rambau dejó la casa de un amigo, y al atravesar un cuarto vecino, en una alcoba, así entre rendijas, le pareció ver al Presidente y regresó asombrado donde estaba su compañero a contarle el asunto. "¿Tú crees que era el Presidente?", preguntó el amigo. "Sí", respondió Rambau. "¡Chuleta!" exclamó el compañero.

Y los bailes, en todos los niveles se prendieron de verdad. Pero como a la una de la mañana; cuando el cantante movía rápidamente las maracas y repetía con su timbre de negrito refistulero:

"Coçhero pare;
pare coçhero..
Que ya son las dos,
que ya son las tres..."

desde la tarima de los músicos del baile de gala alguien gritó:
"Fuego"!...

Al principio se creyó que se trataba de darle candela al ritmo, de meterle son al son, cuando el piano sacaba de quicio la alegría colectiva de los festejantes:

"Coçhero pare;
pare coçhero..."

Gritaba el negrito sonero. "Fuego he dicho", bramó el sujeto por el micrófono..." ¡Se quema la casa del turco Elías!...

A trecientos metros, en la calle central, la casa de madera y de un alto del turco Elías ardía como una caja de fósforos. El fuego empezó en el depósito de llantas usadas. No había forma de apagar el siniestro porque el capitán del cuerpo de bomberos era uno de los que parecía un trompo en el baile de gala y estaba borracho hasta las tuercas. Los oficiales y la tropa de la institución navegaban igualmente en toneles de cerveza fría. El baile de gala concluyó, porque los bailarines, en el "Pare, pare, pare coçhero"...salieron en estampida hacia el lugar del incendio, pues era la primera vez que en el pueblo se prendía un edificio en esa forma. El desastre amenazaba a otras casas vecinas, protegidas solamente por la humedad y las nieblas de la madrugada. Los músicos aprovecharon para guardar sus instrumentos y escaparse; sólo continuaba la curacha de la cantina del chino Ho. Y era tanta la gente que acudió al lugar de la conflagración, y tan voraces las lenguas de fuego que trepaban furiosamente hacia arriba, que al parecer eso motivó, al otro lado de la calle, donde estaba la barrera el espanto de los toros que habían hecho la corrida de la tarde. Los animales empezaron a bramar, se inquietaron y rompieron el torín. De pronto salieron desaforados calle arriba; eran más de doce brutales toros de la raza cebú. La multitud al huir clamaba: "¡Los toros...ay...los toros!... Y en la cancha sólo quedaron tres envalentonados bomberos borrachos que se quitaron las casacas rojas, para

usarlas como mantas, y empezaron a azuzar a los salvajes animales. En eso apareció, en su caballo blanco el Gobernador don Tino Pérez, experto vaquero, arrió las bestias hacia las afueras del pueblo y cuando regresó, ya la quema había finalizado y nada más crepitaban, aquí y allá, algunas llamas locas, moribundas chispitas azulencas y unas que otra botellas de caneca que explotaban, como bombas.

Con inconfundible tufo de ron el Gobernador gritó: "al baile todo mundo...al baile!... "Pero cuando llegaron al local del baile de gala, ya no estaban los músicos y como había tantas ganas de arrematar la fiesta, y órdenes del Gobernador, en ese sentido, los parranderos, los de arriba y los de abajo, los de afuera y los de adentro, se fueron hacia la sonora cumbia de la cantina del chino Ho, donde el acordeón del famoso Chincle repetía mil veces, la misma frase:

"Trabadera...trabadera...
trabadera, en las Barreras!"

Los tres compadres fueron los únicos que no estuvieron ni en los bailes ni en el incendio de los toros nocturnos. Temprano se habían llevado media puerca asada, con bollos y seis botellas de seco, para celebrar la fiesta del Presidente en la funeraria, y como a las tres de la mañana, todavía brindaban por el Presidente, por Tino Pérez, por la escuela, por la fábrica de ataúdes... "Yo brindo por las famosas veinte barras de oro", dijo el Funerario. "Yo, camarada Funerario, expresó el Capi Ruíz, brindó por don Cipriano García, de quien hoy nadie se ha acordado y cuyos huesos mojados alumbrarán, seguramente las tinieblas de las bóvedas municipales, donde los colocaron"...

Al término de los bailes, ya bordeando el día se tuvo noticias del embajador norteamericano; pero nadie vio más al Presidente, ni se supo si se fue en la primera noche o durmió en alguna alcoba del pueblo. Alguien comentó que el estudiante Johny Rambau lo había visto en alguna casa. En la penumbra del amanecer, sobre el llano en el cual, siglo atrás se habían matado los hombres en la guerra, y en donde a menudo salía la luz del llano, un periodista escribió al comen-

tar la gran inauguración de la escuela, que había salido la luz del llano para no esconderse jamás: esa luz, era nada menos que la nueva y poderosa escuela.

El Capitán Ruíz se echó el último trago a las seis y media de la mañana. Ya sus compadres dormían como piedras y él prefirió ir al mercado a tomar café caliente con tortillas de maíz y chicharrones. A las seis y treinticinco subió el sol como un dibujo infantil: redondo, rojo y muy alegre, con una gran sonrisa de oreja a oreja, sobre la loma, a la entrada del pueblo, a reparar con su escoba de chispas los daños del día anterior y a burlarse de la vida de los hombres. Pero aunque los toros ni el incendio y mucho menos, la tempestad habían matado a nadie en ese pueblo, ya el poblado era otro pueblo, con dos mil nuevos habitantes y elementos intelectuales venidos del exterior; profesores refugiados españoles, entre otros; chilenos, colombianos, etc. Era el nuevo pueblo con las perspectivas difusas de las tremendas cosas que sucederían después.

El campanario dio lentamente sus tres toques. Alzaron el vuelo tres lechuzas azulencas. Subió al altar mayor Pancracio y su sacristán, pero todo el pueblo amaneció dormido y esa vez nadie acudió a la misa de seis, excepto una docena de beatas leales.

El sol era un primor. En los verdeoscuros y copudos árboles de mango bullían de rojo y azafrán los cachetes maduros de las frutas. Desperdigadas salomas de campesinos lejanos huían como parvadas de palomas campánulas y cenizas, allá por las distancias y el entrevero de los caminos.

El Capi Ruíz pagó los chicharrones y salió del mercado, mordió uno y se echó otros en el bolsillo viejo del saco de cañamo, prestado por Atanacio, y dijo con su voz pública, pero tan sólo para sí mismo: "Me voy. Ahora es cuando empieza de verdad esta vaina". Y militarmente levantó el pecho, taconeó con las botas embarradas de lodo y por la mitad de la calle echó a andar. Detrás le siguió un perro gris de grandes ojos pedigüeños. Capi Ruíz se detuvo, sacó un chicharrón y se lo echó al perro. El animal lo agarró en el aire, lo apretó con las patas delanteras contra la tierra y empezó, luego a masticar. El sol subía. No había en la calle otra realidad

que la sombra de Capi Ruíz obnubilándose en la perspectiva.

Justamente al fondo, cerca de lo que fue el altar mayor de la destruida iglesia de San Juan de Dios, tenía su cama el estudiante becado de cuarto año, Johny Rambau. El catre estaba a la derecha, casi colindante con lo que ahora era una simple pared recién repellada y pintada de amarillo patito.

El muchacho de diecisiete años, acostado en su catre, recostaba la rodilla a la pared y rozaba el lugar, donde, por varios siglos los sacerdotes envía dos por los Reyes de Castilla y de León, elevaban ceremonialmente el cáliz sagrado para repartir el pan y el quinto de oro, entre los apóstoles de la conquista.

Los estudiantes internos presentían cierta transparencia misteriosa en el ambiente, porque todos sabían que aquel lugar había sido otrora una de las catedrales más importantes del Istmo en el siglo dieciséis y por allí pasaron ilustres curas y obispos quienes después se fueron a Guatemala o al Perú, cuando Castilla del Oro llegaba hasta Nicaragua.

Las cuatro salas divididas ahora por delgados cartones estuvieron antes rodeada de viejos y milagrosos santos. Pero lo que infundía mayor miedo, en las horas altas de la noche, era el saber que el suelo de la iglesia estaba lleno de ocultas lápidas y de entierros de los conquistadores notables y los criollos más ricos del tiempo de las encomiendas y de la introducción de esclavos africanos en la región. Allí estaban esos muertos. Cerca de la cama de Johny Rambau estuvo, en su tiempo, la lápida de granito negro del General "Cortacabezas". Decían que en la parte superior, cubierta de grueso cristal, había una corona de hojas de laurel, hecha de oro. Seguramen-

te, durante la vieja guerra del llano, los revolucionarios que tomaron el pueblo, al entrar a la catedral, rompieron a culatazos el vidrio y se apropiaron de la corona.

El zambito Rambau era el que más sabía de todas esas historias y escribía sus lecciones, mentalmente, en el techo de la amplia nave, sobre soleras y listones de duras maderas de maría y de níspero. Porque Johny Rambau llegó al pueblo quince días antes de la inauguración, con su maleta estudiantil y una carta para Genaro Peña. Johny, muchacho negro, espigado y de pelo apretado halló sin dificultad amigos voluntarios que lo condujeron a la casa cuya dirección traía en un sobre, desde su lejana y atlántica provincia. Cuando el carpintero Genaro Peña vio al muchacho con la maleta, no acertó a identificar al niño de unos seis años que diez años atrás, había dejado allá, en la casa de su amigo el Negro Rambau, obrero de las fincas bananeras.

- ¡Hola, tío Genaro!- Le dijo el muchacho con cierta timidez- ¿No se acuerda del hijo de su compadre Rambau?

Genaro lo hizo pasar y lo presentó en su estrecha casita de tablas viejas.

- Este es el hijo de mi compa Rambau, que tanto me ayudó en las bananeras. La casa es chica Johny, pero si lo deseas te quedas a vivir aquí, pues en la vida, peón con peón se paga.

- No es necesario, tío Genaro-respondió cortésmente el estudiante- es sólo por estos días, ya que tengo una beca del Presidente y puedo ir al internado.

Y esos días previos a la inauguración del plantel, le sirvieron mucho al aprendiz de maestro, para conducirse en la región, muy diferente a la suya. Johny Rambau quería saber cómo era la arquitectura de la iglesia destruida, sobre la cual se construyó el internado, en donde iba a vivir. Pero no halló ninguna foto. En sus paseos por el poblado le parecía que todo el lugar era mágico, y esta idea se le acentuó en el parque, una noche, al escuchar a un caballero cuando analizaba la vida colonial del pueblo. Quedó embebido con la narración

extraordinaria que salía, como de un libro de cuentos fabulosos. Después se enteró que el cuentero era nada menos que el intelectual y hombre de armas tomar, el revolucionario, visigodo y anarquista criollo, el Capitán Ruíz.

- Es cierto-dijo aquella noche, en una de las bancas del parque el Capi Ruíz- en este pueblo no matan a nadie...pero una vez, tiempos pasados, se ultimó a mucha gente en las viejas guerras y por eso, tú sabes moreno, el abuelo del gran poeta Rubén Darío, huyó de acá hacia Nicaragua...y nos perdimos ese poetazo... Sabrás que yo, además de militar soy escritor y sé lo que digo. Ustedes son apenas unos "pechiamarillos", aprendices de pedagogos, y estoy seguro que todavía los profesores no les han explicado que los pedagogos eran simples esclavos, en el Imperio Romano, a quienes lo patricios confiaban la llevada de sus hijos a los gimnasios, donde recibían las enseñanzas. Agarren esa; tomen nota, porque la educación eso lo digo yo, no sólo está en el aula, sino en la vida misma. Si ustedes quieren- dijo profesoralmente el Capi Ruíz- pueden pedirme conferencias, charlas, clases que se las doy aquí mismo en el parque; yo sé de todo. ¿Ustedes han visto cuatro cruces en las cuatro salidas de este pueblo? Tú negrito-dijo dirigiéndose a Rambau- ¿tienes idea de esto?

- No que va señor, yo soy forastero..pero explíquelo maestro.
- Ah, me dices maestro!...claro que soy maestro...Pero así le dijeron a Jesús y luego lo crucificaron los judíos, cuando consideraron que era un hereje al hacerse pasar por el mesías.

Esa noche la luna trepaba, casi desnuda, en la curumba de la palma real y el ambiente olía a jazmines. Desde un balcón azul alguien rasgueaba una guitarra y murmuraban las voces de un viejo pasillo.

- Pues mira negrito-avanzó el Capi Ruíz-y te lo digo así, porque me caes bien...a casi un kilómetro de esta plaza, hay, en este pueblo cuatro cruces en los cuatro puntos cardinales. Para cada tres de mayo allá se realizan rosarios; la gente lleva flores y se prenden velas al pie de las cruces.

Una vez, ¡qué bonito! escuché un hermoso rosario cantado, típicamente. Pero ya eso no se oye, pues la religión, para que tú sepas, se acaba ella misma, porque pierde su base material de sustentación. ¿Me comprendes? Y además la destruyen los propios curas, como ese Pancracio que es un fascista. Sabrás que yo no creo en Dios ni en un carajo de esas filosofías, pero me gusta el folclor religioso... Vamos a la vaina; en tiempos coloniales éste era un pueblo de mucha nombradía, por ser asiento de las oficinas de las minas de oro, y para entonces el régimen español se ejercía muy rigurosamente. Pues aquí hubo un criollo rebelde, quién sabe cómo se llamaría; pongámosle Juan. No sería tanto como Miranda o Bolívar, pero un tipo así, tal vez como Victoriano Lorenzo, Sandino, o como yo, en fin un hombre del carajo, que tuvo el coraje de oponerse, en aquella cruel época de Latinoamérica, de cuestionar la colonia e insultar al Rey de España. Había en este viejo pueblo cuatro caminos de herradura que salían hacia los varios rumbos del resto de la región. Nada más eran cuatro caminos. ¿Qué pasó? Aquel Juan, hijo de indios y de españoles, tal como soy yo, que por parte indígena vengo del mismo Quibián y por el lado español, de los visigodos. Puse aquel rebelde fue apresado por la autoridad local del Rey de España, que era un Rey bien cabrón, y para que sirviera de escarmiento, para que nadie intentara independizarse de la colonia lo condenaron al descuartizamiento. ¿Saben que era eso?... ¡qué va! Hoy en las escuelas sólo enseñan a rezar y a cancanear... Trajeron al criollo aquí mismo, en este propio lugar, en donde ahora conversamos. Allá, observen está el palacio municipal, era el cabildo antiguo; todas esas casonas de teja y balcones de hierro eran las moradas de los dueños de la colonia y del oro. Y condujeron al apresado a esta parte del parque; lo ataron a cuatro feroces caballos cojudos. Sepan ustedes que cuando los españoles trajeron los caballos a estas tierras, los indios creían que se trataba de seres extraordinarios, mitad caballos y mitad gentes. Los cuatro caballos tremendos cabriolaban. Ataron con cuerdas de seis brazas, cada bestia a una extremidad del rebelde; dos animales para los brazos y dos para las piernas...calentaron a los caballos, mientras su sacerdote le aplicaba los últimos oficios para la salvación

de su inteligencia pecadora en el otro mundo... ¡ja...ja!... Azuzaron a los cuadrúpedos, los situaron en dirección de las cuatro bocacalles de esta plaza, y arrancaron desafortunadamente, partiendo en cuatro partes lo que había sido un individuo, un hombre rebelde. Huyeron los animales, cada uno por rumbo distinto, y allá en donde terminaron la carrera loca, en donde cada bruto paró, con su cuarto de carne arrastrada, pues allí, con los años, las gentes piadosas levantaron esas cruces y por eso las llaman, las cruces y por eso las llaman, las cruces del cuarto...del cuarto de carne humana-

Esa noche Johnny Rambau tuvo pesadillas: de pronto aparecían ante sus ojos los santos, en desafiantes manifestaciones, para ocupar los liquidados nichos; o se levantaban del suelo blanquecinos y verdes muertos de todas las épocas, incluso el General "Cortacabezas", huyendo entre el pulpito y la pila bautismal, perseguido de las dos cabezas sangrantes de dos libertadores que él había hecho cortar, para mandarlas al Virrey del Perú, las que saltaban detrás de Rambau, para atraparlo con sus ojos de fuego fatuo. De pronto, eran los cuatro pedazos de carne del criollo rebelde, cada cuarto de carne, con una bandera indescifrable y finalmente el Presidente, con una daga enorme y cuando toda esa gente: los santos, los muertos, el General, las cabezas, los cuartos de carne y el Presidente iban a caerle encima, se presentaba el Capitán Ruíz, con una enorme espada de fuego y los sacaba del templo.

18

En medio de los espaciosos jardines, la escuela lucía grandísima y bella, con los tres pabellones, su gran aula máxima y el vestíbulo que trataba de imitar el arte churrigueresco y reproducía en bajorelieves algunos cuadros de Goya y de Murillo, ya que eran españoles los obreros contratados para tal fin.

- Pero tú sabes- le dijo el Capi Ruíz a Tino Pérez, libando seco en la Cantina del Chino Ho- esa escuela de tu Presi-

dente está muy hermosa, pero como obra de arte allí nada es original, puras copias malas de obras del siglo de oro español y nada más.

- Te diré Capi que yo de eso no entiendo ni jota, para mi todas esas decoraciones de la fachada y del vestíbulo, me parecen roscas de pan floreadas y pan de dulce...
- ¡Eres una bestia! Tino...una bestia...Allí en el vestíbulo hay una reproducción de la Gallina Ciega de Goya, de los borrachos de Velázquez otras vainas, aunque mal hechas... Yo lo que digo es que le falta un toque de lo nacional. ¿Sabes? por qué no nos robamos la estatua de Urracá, del indio, que está allá en la capital? En un parque en donde, por las noches las gentes se dedican a hacerse el amor, cerca de su pedestal, según me cuentan.
- ¿La estatua de Urracá? ¿Tu estás loco, Capi?
- Loco yo, no sean "huevoeta". Es para que los futuros maestros se inspiren en un mártir liberador, que peleó nueve años contra los españoles. Eso es.
- ¿Y cómo vamos a traer a ese cholo para acá?
- ¡Ah vaina!... De la misma manera que tu Presidente mandó a echar la iglesia al suelo... ni más ni menos, revolucionariamente.
- ¿Y qué va a decir el Presidente de esto?
- ¿Qué carajos tenemos que ver con el Presidente? Cuando lo sepa se va a reír.
- ¿Y si nos llevan presos, si nos siguen juicio?
- Siempre la burguesía con la tembladera, ¡coño!...Con ustedes no se puede ir a ninguna parte, porque lo dejan a uno a medio camino...Atrévete a hacer algo para que pases a la historia como un hombre que rescata la nacionalidad, y no como lo que has sido, un ladrón de vacas, un cuatro ro...
- ¡No seas puñetero, Capi!.
- Chinito- dijo capi Ruíz- trae otra botella de seco a cuenta del gobierno.. Lo que a ti te toca es llevarnos en tu camión,

que yo armo el equipo con el camarada Española y los yugoslavos que echaron la torre abajo. Ya los tengo hablados. Tu vas a manejar, y nada más. Esto es lo que a mi me encanta, la revolución, los secuestros...será el primer cholo liberado, además acá estará en su tierra y no allá, hasta donde los gringos y los perros lo mean. ¿No es así compañero Carretero? ¿No estamos de acuerdo, compañero Funerario?

- Lo que usted diga, jefe- contestó el Carretero, que junto a su amigo el Funerario, como otras veces, sólo oían el chorro de palabras del Capitán Ruíz.

En la capital, en el silencioso parque, a la orilla del mar, de madrugada sonaron los golpes firmes de mazos y piquetas que se confundían con el oleaje de la marea alta de las tres de la mañana. Una sola lucesita naranja se abrió, desde el segundo piso de un chalé. Antes del amanecer ya la grúa de la Junta de Caminos, había subido al camión Ford, la estatua del defensor de la indiada. Ni un policía aparecía por los alrededores. Cubrieron al héroe con una capota y huyeron los secuestradores con la preciada carga.

- ¡A tu tierra, cholo, aunque sea en una sola pata! -exclamó el Capi Ruíz. ¿No habla el Presidente que la patria está en el interior? E incluso hay intelectuales que dicen que "se lleven los gringos el Canal" bagatelas...pero arranca Tino que estás a un tris de pasar a la historia, si ahora que pasas el ferry los gringos no te meten preso...
- Deja la vaina, Capi, deja la vaina...

Media hora tuvo que esperar el camión, con la estatua del indio Urracá, cubierta, y la brigada de demolición en la rampa del ferry, porque en ese momento cruzaba el Canal un largo convoy de camiones del ejército nortamericano.

- ¡Coño!.. ¿Cuándo carajo se irán estos desgraciados gringos de aquí? -exclamó el Capi Ruíz.
- Cállate la jeta Capi Ruíz, o esta vaina se queda acá.

Por el camino de regreso se habló de todo, de indios, de estatuas, de los gringos, del Canal, del Presidente. El Capi ordenó parar el camión frente a una cantina. Compró un litro de seco se lo fue trasegando buchito a buchito y se durmió.

Días después la prensa de oposición publicó la siguiente nota: "Del elegante parque de esta ciudad, desapareció, sin dejar huellas la estatua del indio Urracá, propiedad del municipio capitalino. Fue desmontada de su pedestal, tal vez los ladrones piensen vender el bronce, ya que el mundo se prepara para una nueva guerra mundial". El Presidente se sonrió al leer el periódico, con risa mitad arcángel y mitad demonio.

Lo que no había previsto el padre Pancracio era que tenía que introducir cambios en el programa dominical de sus misas debido a la población escolar nueva. Por eso planificó la misa de las ocho de la mañana, los domingos. Las beatas sintieron cierta envidia cuando miraban, por la calle central, hacia la iglesia a cientos de muchachas vestidas con el uniforme blanco. Que se sentaran así como así, en cualquier banca, sin tomar en cuenta de qué familia era cada banca, una verdadera herejía, insoportable, para ellas y para los ñopos del pueblo. En la primera misa, para los normalistas, Pancracio hizo un sermón sobre la juventud, y los peligros acechantes de que está empedrado el camino del infierno.

Pero, no cabía duda, el padre había cambiado de táctica. Iba a trabajar por dentro, a introducirse en las entrañas del monstruo. Las beatas fueron en la noche de ese domingo, después del rosario a comentar el suceso de la nueva misa, particularmente el uso indiscriminado, por parte de las advenedizas estudiantes, de las bancas privadas, pero el cura se encogió de hombros y no quiso hacer comentario alguno. El tenía el santo deber de dar las misas...

Mas tarde se supo que el compromiso incluía otras implicaciones estratégicas. El Gobernador Tino Pérez, con su mujer, le había mandado al cura un importante recado. Primero, le agradecía, en nombre del Presidente, su asistencia a los actos de la inauguración de la escuela, junto al Arzobispo, y segundo, el Presidente estaba seriamente interesado en que el sacerdote Pancracio formara, en su condición de doctor en teología, parte del profesorado del plantel, para dictar la clase de religión y moral. El padre le dio vueltas al asunto, puesto que se trataba, no tan sólo de penetrar en el colegio y desde adentro maniobrar para no quedar aislado, ni reducido en la sociedad, sino que era, de todos modos, un reconocimiento a sus dotes intelectuales universitarias, y además un apetitoso salario para las arcas del Señor.

- Presidente, el hombre mordió el anzuelo- le dijo, quince días después el Gobernador por teléfono.

¿Quién pescaba a quien?. Lo cierto era que ya habían ocurrido tantas cosas en la aldea, que no era para morir de ver al padre Pancracio colgar los guantes, entrar en la escuela y participar en sus actividades, pese a las viejas y enormes maldiciones que lanzó desde lo alto del azul campanario: "-Cualquier noche de éstas-dijo el Capi Ruíz- al padre Pancracio le va a salir el padre sin cabeza, la abusión de don Cipriano García.

Y además, cada domingo en la mañana resultaba una fiesta para los ojos, cuando pasaban a la iglesia las muchachas con sus trajes blancos, rostros trigueños, blanco, canelas, negros y el andar de temblorosas caderas.

Johny Rambau no tenía interés en enamorarse - "Vaya a estudiar-

le dijo el padre, al despedirlo en el maloliente y apretado camarote del barco carguero- Vaya a aprender, para que sea el primer doctor de la familia"- Johny no asistió a la misa de ocho, simplemente, porque era de la iglesia bautista y no católico. Y esperó en el parque a sus compañeros de salón.- "Tenga cuidado de aquellas gentes del interior- le advertía su padre, cuando al salir de la finca bananera, de madrugada tomaban el tren- No son gentes malas, pero sí distintas. Supongo que usted se acuerda de su tío Genaro; el le quería mucho. Siempre decía de usted que tenía la frente de un genio. No debe creerlo de verdad; Dios enseña la modestia. Pero usted lleva las mejores notas de su provincia, y por algo será. No vaya a perder la beca que le dio el Presidente".

Johny Rambau demostraba en la escuela su calidad y figura como uno de los mejores estudiantes del ciclo normal. Además se distinguía como jugador del equipo de básquetbol. Caía simpático por la forma recortada de hablar el español, con acento inglés, antillano, pero como dominaba ese idioma ayudaba a sus compañeros a realizar las tareas correspondientes.

Cuando llegó al pueblo, Johny traía ciertos temores y recordaba las palabras de su viejo: -"No son gentes malas, pero sí distintas"- Creía que por su color negro la iba a pasar mal, pero el Capi Ruíz, con quien solía hallarse, en las tardes, le daba cátedra al respecto:

Qué va, negrito! Tú ves que nosotros parecemos gentes blancas, son las puras apariencias...no te fíes jamás de las apariencias pues cuando vamos al fondo del café, encontramos que todos llevamos el negro y el indio por dentro en la sangre y el pelo. Cuando veas a tus compañeras, algunas de tez blanca y hasta rubias balancearse, y menearse con las tonadas de los tamboritos y cumbias, al son de los tambores, entonces, para que sepas, allí está Africa con su ardores. La rubia Europa no menea la cadera, sino la lengua. Pero no pienses que soy catedrático. ¡Qué va!...Soy militar y visigodo. La América indígena tampoco se menea...para que lo sepas, detrás del meneito de cada mujer blanca, así tenga los ojos azules, está la tribu negra del Congo, Mozambique, Guinea o Angola.

Johny Rambau, como siempre, quedaba deslumbrado de los descubrimientos salidos así, al natural, como un gajo de mangos maduros, de boca del sabio popular, el Capi Ruíz. En realidad, la escuela y el pueblo parecían cosas mágicas, verdaderamente distintas a la vida de las fincas bananeras, en donde al igual que en la Zona del Canal, se dividía a las gentes por su color y rango: de un lado los gringos y los técnicos de mayor jerarquía; en otra línea de casas, los capataces y en las barracas, los trabajadores latinos, negros e indígenas.

Acá se maravillaba al recorrer con sus compañeros los largos pasillos, el vestíbulo, y preguntaba a los profesores sobre el valor y sentido que tenían las reproducciones en bajo relieve, de famosas pinturas clásicas españolas.

Todo eso era mucho para Johny Rambau, cuyo horizonte en su región se veía constreñido por las uniformes plantaciones de bananos de la "United Fruit Company". "-Vaya a estudiar Johny, su madre en el cielo lo está mirando. No me digan malas noticias de usted, porque acá queda su padre solito"- Johny cumplía amorosamente con el pedido de su padre y sus últimos pensamientos, a la hora de acostarse, mirando el antiguo techo de la iglesia, eran para el viejo. Lo veía en la madrugada, al levantarse del camastro, preparar el desayuno y la merienda para el medio día, y salir antes de las seis de la mañana para el taller de reparación de tractores y maquinarias. Pensaba que justo a su lado derecho quedaba el altar mayor y a veces, ya antes de dormir acudía la imagen fresca de Panchita Dubonet, una morenita de ojos verdes; según ella, el abuelo paterno vino de Martinica. Lo peligroso de aquellos ojos verdes consistía en un acróstico que la muchacha le había entregado en la clase de literatura, donde elogiaba la inteligencia y pureza del hijo del obrero bananero. El quiso demostrar naturalidad, esa vez, aunque estaba turbado.

- ¿Está bien rimado, te gusta la poesía? -preguntó a la chiquilla.
- Sí, quiero ser poeta y escribir como Adolfo Bécquer. ¿Tú sabes eso de: "Volverán las oscuras golondrinas"? Pero to-

davía me gusta más aquella rima que dice así, escucha:
"No me admiró tu olvido,
aunque de un día
me extrañara tu cariño mucho más,
porque lo que hay en mí que vale algo,
eso ni lo pudiste sospechar..."

- ¿Dónde aprendiste estas cosas?
- ¿No las conocías? Pues mi mamá es maestra y vive recitando.

Ella adora a Neruda, a Pablo Neruda, el chileno... ¿lo oíste mentar? Y sabrás que la profesora nuestra, de literatura, lo conoció personalmente. Ella es chilena. Me dijo, en estos días, que Neruda era hijo de un trabajador ferrocarrilero y que su verdadero nombre es Nefatalí Reyes. Rareza, ¿no? Los poetas se cambian sus nombres. Me gusta eso.

- Bueno, tú sabes que mi papá es obrero mecánico en el tren de la bananeras.
- Entonces, puedes ser igual que Neruda.-observó la muchacha.
- ¿Y tú, cómo te vas a llamar cuando seas poeta?
- No sé. Primero tengo que saber escribir; hacer algo que valga la pena-respondió la morena, mientras introducía el lápiz entre los anchos y rosados labios y entornaba los ojos verdes.
- Bueno, te llamarás golondrina.
- Bien, no se oye mal.

Esa vez ella le pidió el papel en donde le había escrito el acróstico y escribió: "Por Golondrina. Me gusta ese nombre y tú tonto, también me gustas". En eso entró la profesora y empezó la clase. A Johny Rambau le palpitaba el corazón en forma distinta y medio avergonzado bajó los ojos, sintiendo que por primera vez había faltado a la palabra de su padre.

- Quiero que saquen el texto de lectura y leamos la composición de Gabriela Mistral sobre el Ejército Loco del General Sandino. Usted, joven Rambau, venga adelante y comience la lectura. ¿Sabe alguien aquí quién fue Sandino? -Preguntó la profesora. Usted mismo Rambau...
- No sé, profesora-respondió Johny bajando la cabeza.
- A ver usted, niña diga-ordenó la profesora al mirar una mano que se levantaba al fondo.

- Sandino, profesora, fue un patriota nicaragüense, un guerrillero que se enfrentó a los yanquis, en las montañas de la Segovia- dijo la alumna.
- ¿En dónde aprendiste eso? -preguntó la profesora.
- Yo soy nicaragüense; estoy aquí becada por el Presidente.
- ¡Ah, macanudo! Siga Rambau con la lectura.

Al término, los estudiantes participaron en la discusión del tema y la profesora habló de Gabriela Mistral, de su país, Chile, del Norte Chico, Vicuña y de Monte Alegre, en donde nació la gran poetisa. Y luego pasó a explicar la extraordinaria hazaña de Sandino y la forma traicionera como lo mataron. Mientras contaba esta historia a la profesora se le salían las lágrimas. Panchita Dubonet no aguantó y también rompió a llorar. La maestra la tomó del brazo, la besó y la llevó consigo, por el ancho pasillo, entre el tropel de compañeras y estudiantes, de los otros salones que corrían buscando sus aulas para la nueva clase. Johny Rambau sintió una profunda sensación en su alma. Lo que había vivido en esos cuarenta minutos le parecía fantástico. Era tan deslumbrante, pronto, en medio de la oscuridad del bosque, hallarse en semejante cumbre de claridades nuevas, de temples insospechados. Resultaba algo así como la magia que brotaba de los relatos nocturnos del Capi Ruíz, el soñador del pueblo, pero en otra dirección, porque la palabra de Panchita Dubonet le tocaba el corazón: Bécquer, Gabriela Mistral, Neruda, Sandino...todo eso, así junto; la profesora chilena con la temblorosa voz y sus lágrimas legítimas; el repentino llanto de Panchita en aquel amplio y fresco salón de la enorme escuela del Presidente. El día en que enterraron a su madre, cuando apenas Johny tenía doce años, él lloró hasta cuando se le secaron los ojos. Ahora sintió algo así por dentro. De nuevo vino la imagen de su padre, sucio de aceite, debajo de los hierros de las maquinarias del complejo mecánico de las bananeras. El conocía a muchos nicaragüenses que llegaban por los rumbos de las bananeras, pero nadie le habló entonces de Sandino. Tal vez su padre sí sabía... "-Vaya a estudiar ...no quiero que me den malas noticias de usted"-

De noche, al lado de lo que fue el altar mayor en donde por siglos los oficiantes dijero la palabra de Dios y del rey, Johny Rambau, después de realizar sus tareas veía cruzar por los claroscuros del antiguo techo los distintos

cuadros de su nueva película: al final se dibujaban los dos ojos verdes de la mulata Panchita Dubonet. Cerraba los ojos y espantaba las imágenes. "-No son gentes malas, pero sí distintas"-

Los dos estudiantes se hicieron amigos de la profesora de literatura, la que en las tardes, frente a la escuela, a la caída del sol solía hablarles de su tierra y le recomendaba lectura de libros de escritores y poetas chilenos, los que podían hallar en la biblioteca.

Así Rambau empezó a querer a Chile, el largo país de desiertas, cordilleras nevadas y de transparentes lagos, y soñó con la posibilidad de llegar algún día a recorrer esos parajes.

En las horas libres, Panchita y él leían los libros recomendados por la profesora y en baja voz hacían los comentarios.

- ¿Qué haces? ¿Lees a Bécquer?
- Sí-contestaba la muchacha- mejor dicho, escribo un verso. ¿Tú sabes? Tomo el modelo de esta rima, la imito, pero digo mis propias tonterías. Creo que es una forma de comprender a Bécquer y así aprendo a ser poeta. ¿No te parece, bananero?
- No sé; yo no pienso ser poeta. Quiero ser otra cosa-respondió el muchacho.
- ¿No te gusta la poesía?
- Tal vez los maestros en la primaria, de tanto obligarme a recitar versos, me quitaron ese placer. Leo poco.
- Pues eres muy rudo de espíritu muchacho. Así me dice mi mamá. Puede haber algo más bello que esto:

"Puedo escribir los versos más tristes esta noche,
decir, por ejemplo,
la noche está estrellada
y tiritan azules, los astros a lo lejos"...

Para que lo sepas, eso es de Neruda.

Al sonar el timbre, el bibliotecario, un republicano español desterrado, le comentó al muchacho:

- Eh, tú Rambau, veo que te gusta leer buenas cosas. Toma este libro del poeta más grande que ha tenido España, de Góngora para acá. Pero, vamos, me lo de-

vuelves como te lo entrego. A ver fírmame la tarjeta.

Johny Rambau salió orgulloso, con su compañera vestida de blanco, entre el mar de la algarabía de cientos de estudiantes que revoloteaban como una colmena.

El cura Pancracio tenía razón de temer como temía. Realmente eran "gentes distintas", como decía el padre Johny cuando venían en el tren, entre bananales, el día de la despedida.

- García Lorca, Lorca, me suena- dijo Panchita leyendo la tapa del libro- Romancero Gitano-abrió el volumen y leyó:

"Compadre, quiero morir
decentemente en mi cama.
De acero si puede ser
con las sábanas de Holanda
No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta"...

Uf, qué horror! expresó la muchacha.

21

El arroz sembrado, a chuzo, en abril, sobre la tierra quemada, despuntó y a los pocos días las lomas se cundieron de todos los verdes. Entre la "materia" de arroz brotaba también el maíz, razón de ser del mundo.

A Johny Rambau lo llevó un compañero de aula a la limpieza de un arrozal. Recibió permiso de salida del internado y el viernes en la noche llegaron al caserío. A las cinco y media de la mañana se levantó la familia y cuando Johny vino con su compañero, de lavarse en la quebrada cercana, ya por entre las varas del rancho de la cocina salía el humo con perfume de café y tortilla de maíz, asada sobre cazuela de barro. Entre las hojas de plátanos y las pencas de palmas de pixbae saturadas de nieblas, destellaban las bocanadas de la claridad del día, al son de cantos de gallos y bujeos de

palomas. Cuando el sol trepó por sobre los alambres de púas del potrero vecino, la neblina se desamarró de la hierba y de las copas de los árboles en fuga hacia el cielo pálido. De las pencas espinosas caían goteras iridiscentes y al tras luz, pequeños arcoiris temblaban en las grandes telarañas de una rama a otra.

En la pequeña mesa de la cocina campesina, los muchachos empezaron a desayunar. Afuera, el padre del amigo "añingotado" amolaba, en la piedra, la sonora daga.

- Tenga el bien, niño, de servirse el café- dijo con fineza la dueña de casa. La tortilla es solamente para ustedes dos.

El café lucía claro, endulzado con miel; la tortilla de maíz amarillo, gruesa y tostada.

- Yo le pongo algo de yuca también a la tortilla. ¿En su lugar la preparan así? -preguntó la señora.
- No doñita-respondió cohibido Johny- es la primera vez que pruebo algo como esta tortilla. En mi casa comprábamos pan y mi mamá, a veces freía patacones del plátano verde.
- Mamá-dijo el joven campesino- Johny no tiene mamá...murió hace tiempo.

La señora miró con profundo cariño al muchacho. Johny mezclaba los pedazos de tortilla con los huevos pasados por agua y regalaba pedacitos a un par de gatos flacos que "ñarrea-ban" a sus pies.

- Bueno-dijo el padre-después del desayuno, los peones nos vamos a la roza, pues ya debe estar arrimando la gente.

Y siguiendo al padre, los muchachos caminaron casi una media hora, subieron por la pequeña escalera rústica, sobre la cerca fajinera de madera de monte, y con los otros trabajadores empezaron la faena. Era la primera vez que llegaba, por esos contornos una persona negra y los peones discretamente

observaban, por entre el arrozal, al invitado. Johny hacía todo lo posible por cortar la mala hierba, bajo la asesoría de su compañero, pero no resultaba fácil el nuevo oficio. Quiso imitar, inútilmente los gritos de trabajo con que los peones acompañaban la labor, para darse estímulo, pero entonces la peonada se reía de sus infructuosos intentos. Cuando el sol se encaramó en el centro del cielo, llegó la doñita con los cocos y la olla de comida, acompañada de otras mujeres. Colocaron el almuerzo debajo de una palma de corozo, repartieron las cucharas hechas de calabazos, se acucillaron en derredor de la vasija y acompasadamente fueron metiendo las cucharas en el apetitoso guacho de arroz con frijoles colorados, de la olla común. "-Claro- pensó Rambau- son gentes distintas".-

En la noche el normalista no resistía la inflamación de la cintura, causada por el trabajo y le dolía el brazo derecho. Recostado en una vieja hamaca, en el portalito de la choza, después de cenar un caldo de ñame con camarones de río, el muchacho vio languidecer la tarde gris. Empezaba una fina llovizna.

- Cómo es el trabajo en su lugar, amigo-preguntó el jefe de la casa.
- La gente allá no tiene huertas, no se dedica a hacer rozas personales, así como ustedes. Son obreros de la Compañía Bananera. Y los bananales son grandísimos. Mi padre es mecánico. Dicen que mi abuelo se casó con una india.
- Johny- dijo el muchacho de la casa- habla inglés, igual que su familia.
- Si- dijo Rambau- en mi región mucha gente habla el inglés en lugar del español, pero mi padre también conoce, además la lengua indígena.
- Pues acá- acotó el padre- usted puede ver cómo son nuestras pequeñas cosas. Esto da para un pasar, solamente.

La señora prendió la guaricha y el labriego empezó a relatar historias y cuentos de aparecidos y de abusiones. Se escuchaba el chis...chis hipnótico de la llovizna, en la negrura sin horizonte de la noche y Johny no se dio cuenta de cuando el sueño lo derribó.

Tiempos después, a fines de agosto, el compañero le dijo que el arrozal estaba para la cosecha, se veía la distancia sembrada de tono amarillo y dorado y que la gente del lugar se recordaba de él, pues la parte de la roza que Rambau deshirió produjo gordas y apretadas espigas. El compañero trajo un manajo de aquellas espigas y las regaló al moreno. Johny sintió una gran emoción al tomar en sus manos parte del fruto de su trabajo; colgó el manajo de cereal del respaldar de la cama y le llevó dos espigas a Panchita, la poeta.

El inspector jefe del internado, al ver las espigas de arroz preguntó: "-Oye, tú Rambau, acaso eres supersticioso? Para qué cuelgas allí ese arroz?" -Sí Señor-contestó sonriendo el muchacho- tengo miedo".

En septiembre llegaron también los exámenes del primer semestre y los estudiantes solían quedarse con las luces prendidas hasta altas horas de la noche. A veces obtenían permiso de los inspectores que cuidaban al internado y repasaban en grupo, bajo los faroles del parque vecino, si no llovía. Los más flojos articulaban sus "baterías" para copiarse, pequeños papeles apretados de apuntes, o claves en las palmas de las manos, sobre todo, cuando de matemáticas se trataba o de química y álgebra. Los alumnos recordaban que era un gusto hacer exámenes cuando los cuidaba el profesor "Circunstancia" o la profesora "Moñitos", por su permanente peinado de trenzas; pues el primero solía dormirse en las pruebas, y la "Moñitos" era tan miope que no agarraba a nadie en la copiadera y había pícaros que se dictaban toda la parte de los famosos exámenes objetivos, de cierto y falso. Uno había que tenía fama de vago en la escuela y hacía la sección de falso y cierto con una moneda, jugando a cara o sello. Pero daba pánico cuando acudía "Totem", el profesor de historia; éste era un águila y conocía a todos los chicos "maletas" y los situaba juntos; a los regulares, en medio del salón y a los rebuenos, muy atrás. Como Rambau era el genio lo separaban del resto y lo sentaba al lado suyo. Pero el espectáculo de los exámenes era la escandalosa Olga, principal cantante y bailarina de las veladas y quien además resultaba la chica más guapa de la escuela. Ella acostumbraba copiar los datos en los muslos y se la pasaba, en cada descuido de los profesores vigilantes, en la maroma de levantar-

se la falda, con gran despliegue publicitario y así, algunos muchachos, en la rescabuchadera, no acertaban a contestar las preguntas.

Pero Johny Rambau, cuando no se eximía de presentar las pruebas por sus altos promedios, obtenía las notas más altas. Y como no podía, por lo costoso y lejano del viaje, ir a su provincia, las vacaciones cortas decidió pasarlas en el campo de su compañero de clases y de internado, para participar en la cosecha de arroz.

El último día de clases los pasillos se llenaron de equipajes, las bocinas de las chivas y buses escandalizaban y cuando Johny Rambau fue a despedir a Panchita Dubonet, quien se iba a la capital, recibió el griterío de las demás compañeras y compañeros.

- ¡Bésala...bésala, tonto!

Pero Johny no se atrevió y sólo le apretó la mano. Ella sacó de su bolsa un paquete y el pequeño bus arrancó con su carga de alegría.

- No llores, genio...no llores- le gritó una compañera.
- ¡Zambo canuto...no te vayas a morir de cabanga!

De lejos le mandaban sus adiós, con el puñado de manos y pañuelos. A Johny Rambau lo esperaba su amigo campesino con dos caballos, cerca del mercado del pueblo y montó caballo, por primera vez en su vida. Cabalgaron a gusto por las curvas del enlodado camino rojo y cambiando el paso a una suave andadura, el amigo comentó:

- ¿Tú sabes? Todo mundo dice que esa tal Panchita Dubonet está muy buena.
- Le gusta escribir versos-respondió evasivamente Johny, y detuvo el caballo para mirar, desde el borde de la loma, allá el profundo vallecito en donde quedaba circuido el caserío.
- ¿Oye, Johny, es hembra tuya? -insistió el compañero.
- ¿Tú que piensas? -respondió Rambau, sin dejar de mirar la hondura del paisaje.

En la tarde, después de la cena, Johny salió solo; subió a una gran roca negra y redonda, desde donde se veía el panorama del pequeño mundo verde del campo, con sus chozas de paja; una aquí y otra más allá. Sacó el paquete que no había abierto y leyó la portada: "Veinte poemas de amor y una canción desesperada. Pablo Neruda". Adentro, en la primera página, separada por una seca flor de jazmín había la siguiente dedicatoria: "Al genio de los cuartos años. Golondrina. ¿Te vas a meter a cura?".

22

En la primera semana de octubre regresaron los muchachos a la escuela y las lluvias al pueblo. Pero la "octubrería" no era un aguacero cualquiera, sino una especie de diluvio municipal que no dejaba secar la ropa de Atanacio el planchador. La dueña de casa, carente de leña o de querosín tenía que ingeniárselas para cocinar con papeles y cartones viejos, estopa de coco o tusas de maíz. Pero lo particular de la llovedera era la pegajosa humedad de todas las cosas; la frialdad patrocinadora de catarros y motivadora de las toses asmáticas y de cierto aire de tristeza gris azulenta que invadía la superficie del pueblo. No era para menos el amanecer con la mendacidad de una lluvia vaporosa, casi helada, que a veces amainaba hasta convertirse en neblina o bajareque y de pronto retornaba con un viraje del viento y engrosaba las goteras semejantes a granos de café; las que tamborileaban sobre las viejas hojas de cinc y las antiguas tejas ennegrecidas y verdosas.

Dicen que cierta vez, hacía años, cayó granizo y pese a los apretados chaparrones, los chiquillos salieron de las casas a recoger los pedacitos de hielo, porque aquello era como agarrar a Dios por las barbas: parecía magia o milagro, para quienes soñaban conque ese día luciera la nieve en las cordilleras, tal como se veía en los nacimientos de diciembre, con motivo de las navidades.

La gente aprovechaba una rápida escampada para correr al mercado, a la tienda, a los trabajos o a la escuela, valién-

dose de paraguas, periódicos viejos u hojas de plátano. Pero octubre imponía su jerarquía, día y noche y nadie sabía de dónde podía manar tanta agua, durante meses enteros... Una vez en la temporada de dilatados temporales, en un mes de octubre sucedieron aquellos trece famosos temblores de tierra. Los vecinos se echaban a las calles y allá los apañaba el chubasco. Tembló durante tres días seguidos, pero sólo se derrumbó una casa vieja de paredes de ladrillos antiquísimos. Sin embargo un rayo terrible desintegró a un campesino que cruzaba el llano, montado en su caballito leñador, cuando traía una carga de leña. Se habló mucho del caso, porque el rayo mató al cristiano, pero no al caballo... Sin embargo, la "octubrería", en las interminables noches de las ranas y las luciérnagas, servía también de pretexto para tomar aguardiente; freir arepas de masa de maíz y hacer chocolate o ponche.

Contaba el Capi Ruíz que una noche así estaba el señor Alcalde en casa de su compadre el Carretero y como llovía tupidamente y no dejaba salir a la gente, propuso el Alcalde que se hiciera una "bichera", para acompañar las partidas de dominó que jugaban. Pues cuando la gallina era robada- decía la autoridad municipal- más bueno estaba el sancocho. El Capi Ruíz le tomó la palabra y convidó al Funerario. Se echaron encima unos costales de henequén, como capotes y se fueron a la caza de la gallina ajena, en donde hubiera lugar. Como a la hora regresaron con un pato; lo degollaron y dejaron el negocio del caldo en manos de la dueña de la casa. Pronto se sintió la apetitosa fragancia de la sopa condimentada con guiso de culantro verde y orégano. Una botella de anís sirvió para rematar las partidas de dominó y cuando el alcalde metió la cuchara en el amarillo y sustancioso sancocho de pato y sorbió golosamente el cocinado exclamó: ¡Putá... yo siempre he dicho que en esta casa se hacen los mejores sancochos de este pueblo"!...

Al día siguiente, el Alcalde amaneció tarde y sin ganas de ir al palacio municipal. Hizo que la mujer le trajera el desayuno a la cama y le expresó con entusiasmo: -"¡Jo..te digo, oye, que anoche me comí, allá donde los González un sancocho de pato, más bueno que el carajo!..." -"Y no supiste- respondió la mujer- pedazo de pendejo que anoche se robaron un pato de tu cría?

También, al socaire de la "octubrería" los hombres más decididos se robaban a las muchachas en estado de merecer,

porque la lluvia, las sombras, las nieblas y los fríos eran solidarios alcahuetes para tales travesuras, pese a que se trataba de un pueblo transparente y todo se sabía. Debido a esta tradición, según las primitivas estadísticas, el setenta y tres por ciento de los hogares estaban integrados por simples uniones voluntarias, lo que ofendía al padre Pancracio, quien entonces llegaba a la conclusión de que nadie creía, realmente en Dios, ni en la santa iglesia. Más no se trataba de la doctrina cristiana ni de profundas filosofías de San Agustín, sino de las lluvias frías de octubre.

En el pueblo, las noches oscuras y largas de octubre pluvioso servían, además para llenar las calles de fantasmas. La gente recordaba al padre sin cabeza que salía en la casona de tejas verdes de la familia de los García, y a partir de las doce chiflaban las brujas lilas sobre la plaza mayor.

Una vez se dijo que de la iglesia antigua, destruida y convertida en internado de varones de la escuela normal, por obra y gracia del Presidente, alguien vio salir una procesión de ánimas del purgatorio, o algo semejante. Las ánimas aparecían por la puerta principal, casi transparentes, vestidas de tules iguales a la llovizna, y llenaban mazos de velas prendidas como en las tunas de calle arriba y calle abajo. Esto se conoció en la escuela y, sobre todo, en el internado de varones creó cierto clima de nerviosidad colectiva. Comisiones de inspectores y estudiantes establecieron vigilancia nocturna, pero en una semana no vieron ni oyeron otra cosa que la llovizna persistente y parsimoniosa del mes de octubre. Aunque en uno de los pabellones del internado de niñas dijeron haber escuchado algo así como pedradas sobre el techo y una sombra blanca que huía por el inmenso pasillo. En efecto había una ventana con el cristal roto, pero la administración informó a la dirección del plantel que la escuela fue recibida con varias ventanas deterioradas.

Fue para una llovedera así, cuando la prensa de oposición al Presidente publicó la escandalosa nota acerca de una estudiante del internado que había salido embarazada. Y cuando el padre Pancracio, en el consejo de profesores, pidió que se diera al personal docente una explicación de tan delicado asunto,

el cual ponía en duda la moral y la disciplina del plantel, el director le solicitó a la subdirectora, que en su calidad de jefa del internado de niñas hiciera la aclaración pertinente:

- Lo de la niña encinta- dijo la subdirectora- es cierto, lamentablemente cierto. Ella salió del internado hacia su hogar, en ese estado, así es, señores profesores. Sin embargo, esa joven ya no es alumna de esta escuela. Debo agregar, para satisfacción de todos los profesores y particularmente del sacerdote Pancracio, que según sus propios padres, la señorita del caso estaba enamorada con un joven de su comunidad y el asunto lo conocían los familiares, pues el muchacho era recibido en aquella casa, cordialmente. Además, y en vista de la circunstancia, los jóvenes se han comprometido y se casarán por la iglesia. Incluso, señores profesores, consta en secretaría una carta de la chica en la que pide perdón del hecho y manifiesta que nada tuvo que ver en todo esto el internado de niñas, y además extiende al personal de la escuela invitación para el matrimonio que se celebrará en la iglesia de su localidad, el sábado próximo. Eso es todo, señores.

El Padre Pancracio se mordió la lengua y varios profesores pidieron la palabra para dejar constancia en el acta, de su protesta contra publicaciones irresponsables como esas, que según ellos: "sólo llevaban el veneno mordaz contra el prestigio de la escuela que aspiraban, todavía destruir". Un profesor sacó entonces una volante mimeografiada y la mostró al consejo: "Es copia-expresó-de la nota calumniosa de la prensa. Y ha asido repartida clandestinamente en el pueblo. Ello demuestra que el enemigo no duerme, que está protegido por oscuros y funestos intereses y que, tal vez, aquí mismo, dentro de nosotros actúa solapadamente, como el comejen, para bromar el corazón del alma mater, y golpear al Presidente"... Todos los ojos miraron al sacerdote. El cura quiso meterse en una bacinilla, pero no se desbordaron las aguas.

Resultaron fallidas las pesquisas de don Tino Pérez, el gobernador, y los esfuerzos del alcalde y la policía por descubrir a los autores de la distribución de las hojas sueltas, puesto que los aguaceros habían empañado la transparencia del poblado.

Las volantes fueron dejadas ocultamente en lugares del mercado público, en los alrededores de la escuela y el atrio de la iglesia. Y en los corrillos no se hablaba de otra cosa que de la normalista que había salido preñada. Se aseguraba que un profesor era el autor del daño y madres de familia llegaron a pueblos vecinos, espantadas por la noticia, a llevarse sus acudidas. Sin embargo la escuela seguía su curso pedagógico y el pueblo, su destino lluvioso, apenas salpicado de pullas y tiraderas acerca de la juventud, la virginidad y el sexo.

Al director de la escuela el Secretario de Educación mandó invitación para que un grupo de profesores y estudiantes visitaran al Presidente, en la capital del país, y se hizo énfasis en una buena selección y particularmente en el estudiante Johny Rambau. Cuando le comunicaron al muchacho la noticia, los compañeros aplaudieron cálidamente. La nueva recorrió la escuela y entonces las conversaciones se hicieron en torno a las razones del Presidente para solicitar dicha comisión. Quizás tendría relación con la campaña que la oposición mantenía por la prensa sobre el sonado caso de la estudiante que había salido embarazada. En la tarde, a la salida de clases, Panchita Dubonet esperaba sentada en el alféizar de una arcada, al genio de los cuartos años.

- ¿Hola, amigo!... ¿Dicen que vas a ver al señor Presidente?
- Sí-respondió con seriedad Johny Rambau.
- ¿Y qué, no me llevas, querido, aunque sea en la maleta?
- ¿Sabes? Te vas a perder en las calles de la capital.
- ¿Tú crees?
- ¿Dime -observó la muchacha- por qué tienes esa cara de burro embarcado? ¿Acaso el Presidente te va a comer?
- ¿No te alegras de que te hayan escogido, como parte de la comisión, porque eres el genio?
- Mira, ¿tú sabes una cosa? a mi no me gusta deslumbrar; no tengo espíritu de farol, aunque cualquiera piense distinto. Todo cuando hago es porque pienso que debo hacerlo, ni siquiera, por las notas. En estos días pasados, ¿sabes cuando fui feliz?
- No sé.
- Bueno, para las vacaciones, cuando fui al campo y allá, para que lo sepas, comía en una olla junto a los demás peones, en las faenas de la cosecha de arroz. Metíamos la cuchara en la misma olla, ¿comprendes?
- ¿Te gusta, pues, el campo?

- La gente.. la tierra mojada; eso me gusta.
- Ajá, creía que habías sido feliz en otros momentos-acotó la morenita, con cierto dejo de reproche, coquetería, tratando de disminuirse en gesto de consentimiento infantil-Pensé que yo también era gente.
- Tal vez es más que simple gente! -se atrevió a balbucear Johny Rambau, en un esfuerzo por reivindicarse y evidentemente abatido por el esguince amoroso de la compañera- Y para que sepas-agregó- no pienso meterme a cura.

Bajaron del alféizar y caminaron hacia el patio, por el largo pasillo, entre las grises y verdosas arcadas de piedra. Al despedir a Panchita Dubonet, Johny le dijo: "Para que lo sepas, voy a la comisión, pero no tengo ningún deseo de ver a ese Presidente.

Cuando Johny regresó de su viaje a la capital le escribió una larga carta a su padre; en ella informaba, entre otras cosas, el resultado de sus estudios, los pormenores de su vida y la entrevista con el Presidente: "Lo mejor de estos días, te diré, Papá, fue la invitación que me hizo un compañero de internado a su casa, la que queda en un campito, pues ellos son campesinos. Me hubieras visto, viejo, cosechando arroz; eso se diferencia mucho de cortar bananos para los gringos. Se quiebra la espiga con una especie de cuchilla que se amarra a la muñeca, con una liga de caucho. Aprendí a usarla y corté muchas manotadas. Me gané la comida, tal cual dicen acá: el guacho, o los frijoles, como buen hijo tuyo. Además una noche salimos a machetear camarones por el río; alumbrábamos con una linterna de mano. Me encantó ese deporte nocturno, aunque al principio le tenía un poco de miedo, porque me parecía hallar culebras venenosas por doquier. Bien Papá, abrazos y me saludas a los vecinos. Te besa tu querido hijo que nunca te olvida. Johny".

"P.D. Tengo una amiguita que se llama Panchita Dubonet, Su gente vino de Martinica. ¿Conociste a algun Dubonet? Los muchachos dicen que es mi novia. Pero no tengas cuidado.

Yo la respeto mucho. Quiero que me des permiso para invitar a mi amigo campesino, cuando terminen las clases en el verano, para que se vaya conmigo. Aquí se dice: "pagar el peón con otro peón"...Quiero que te conozca y también a las bananeras. No tiene idea de lo que es una explotación norteamericana, el tren, los barcos. Tengo inmensas ganas de verte y poder desayunar con mi compañero, allá los sabrosos "jane kake" que tú sabes hornear. Recibí los cinco dólares que me mandaste. Lo otro que te escribo aparte, qué-malo y "forgetting" Abrazos. Johny."

Esta carta, al parecer, igual que otras, jamás llegó a las manos del mecánico en la compañía bananera. A veces la correspondencia se enredaba entre papeles y paquetes de la compañía norteamericana, o la dejaban los barcos, o el tren.

En el pueblo escampó el aguacero durante algunos días por la mañana y de nuevo arreciaba por la tarde; seguía en la noche, hasta la madrugada. En la escuela hubo una velada artística y los muchachos regresaron después de la hora reglamentaria al internado de varones. Se hablaba del bonito poema que había recitado la Dubonet.

- ¿Ey, tú Rambau, cómo era el verso? Recítalo, "peláo".
- Johny Rambau, como siempre, antes de dormir comenzaba a tratar de descifrar las manchas y sombras sugerentes del antiguo techo de la iglesia y hallaba caballos, tigres, rostros macabros, doncellas palomas...
- Qué pasó "boay", tú bien sabes que el verso era para tí... dízque decía...¿cómo era?... A ver...

"El cielo? Acaso el cielo, por ser cielo
se atreviera un momento, envanecido,
a asomarse a tus ojos con recelo;
y, ante tus ojos diáfanos y bellos,
vería el mismo cielo, sorprendido,
que falta cielo para verse en ellos"...

- Sí, es un verso de Ricardo Miró; ella es poeta, la muy zamba y coqueta...-agregó otro compañero.

Eran las diez y media de la noche, según el reloj suizo de la iglesia. Había dejado de llover, pero una manta de neblina arropó la silenciosa aldea. Después se durmieron todos los habitantes y no hubo más que el silencio que se alargaba como un camino sin fin, y las goteras de agua, que al caer sobre las hojas de zinc de los aleros, recortaban ese camino.

24

Las asombradas gentes, al día siguiente, no sabían decir si fue justamente a las dos de la mañana, o a las tres, cuando los vidrios de algunas ventanas de la plaza se reventaron y temblaron las casas, al estallar la bomba. Algunos pensaron que había sido un rayo poderoso que se estrelló en la punta del pararrayos de la torre. El bombazo se escuchó en casi todo el pueblo y hubo quienes se echaron encima cualquier trapo para cubrirse, a esas horas, y salir a pesquisar lo sucedido, y entre las sábanas de neblinas de la calle semejaban verdaderos fantasmas corriendo de un lado a otro.

- ¿En dónde fue esa vaina?
- ¿Qué sucedió?
- ¿De dónde vienen los gritos?

Al llegar a la placita vieron que todos los muchachos del internado de varones habían salido del local y temblaban en la calle como una bandada de perdices asustadas. La policía no dejaba entrar a nadie a la antigua iglesia. La destartalada ambulancia del hospital arrancaba llena de estudiantes heridos. Todavía salía un poco de humo por las ventanas del templo, convertido en internado.

- ¡Mataron a Johny Rambau-expresó una voz temblorosa. y llena de pánico. ¡Lo mataron!...Era él. Dormía en la última cama. Lo despedazó el estallido...¡ay... lo mataron!.. ¡lo mataron!

A esa hora la cuerda del mundo se desenrolló unos ochenta años atrás. En el llano, los fusiles cosían el aire y de zanjas en zanjas se oían los lamentos de los soldados heridos. Pero más tarde enterraron a los muertos en las mismas trincheras y sobre los túmulos de tierra, con el tufo de la pólvora y la sangre nacieron las hierbas y florecieron las batatillas lilas y pasa-

rón muchos años. El cementerio Municipal crecía en cruces blanqueadas de cal y oscuros álamos, en cundeamores que florecían estrellas de rubí; plantas de papayas de cuyas frutas nadie comía, porque las matas se nutrían de los muertos...aquí y allá, chabelitas, albahacas, siemprevivas, clavellinas amarillas, buenas tardes moradas, suspiros lilas y culantros vigorosos...hasta el día en que el pueblo fue a enterrar a don Cipriano García, quien murió despues de haber hallado las veinte barras de oro.

Pero desde la guerra del llano, en ese pueblo no habían matado a nadie. El espanto cundía entre los muchachos, y pese al movimiento del gentío que acudía y de los estudiantes que no sabían qué hacer a esta horas, apenas si podían percibirse las figuras humanas, por la tupida presencia cómplice de la neblina, y sólo se alcanzaba a oír:

- ¡Mataron a Johny Rambau!...
- ¡Mataron a Johny Rambau!...

Y la noticia de cuatro palabras salió de la placita a recorrer las puertas y ventanas semiabiertas. El teléfono de casa del Director de la escuela sonó a las tres de las madrugada y el Capitán de la policía le dijo: "Señor Director, una bomba, puesta en el internado de varones mató al estudiante Johny Rambau, y hay cinco muchachos heridos en el hospital".

A las cuatro de la mañana el cura mandó a abrir las puertas de la iglesia. A las cuatro y media, la noticia se conocía en el mercado municipal. A las cinco, la nueva llegó al primer pabellón del internado de niñas; fue de cuarto en cuarto como un eco, pasando de muchacha a muchacha:

- ¡Mataron a Johny Rambau!...
- Con una bomba lo mataron!...
- ¡Una bomba que estalló debajo de su cama. Lo mataron!...

- ¡Fue en la última cama!...
 - ¡Dónde antes estuvo el altar mayor de la iglesia!...
 - ¡La bomba despedazó su cuerpo!...
 - ¡Los brazos y las piernas volaron por el aire!...
 - ¡No hay dudas, mataron a Johny Rambau!...
 - ¡Fue a las dos y media de la madrugada, más o menos!
 - ¿Hay compañeros heridos?
 - ¿Quién mató a Johny Rambau?...
 - ¿Quién puso la bomba?
 - ¡Mataron al negrito Rambau... ¿Es cierto?
 - ¿Se acuerdan de aquel zambo espigado que era el mejor alumnos de la escuela?
 - ¡No puede ser!...
 - ¿Era uno negro, así alto, de nariz fina, que jugaba básquetbol?...
 - ¡La bomba, para que tú sepas, rompió el techo!...
 - ¡Mataron a Johny Rambau!... ¿Recuerdan el pelao que dizque era novio de la Panchita Dubonet, esa de los ojos verdes?
- ¡Pues lo mataron!...

Quando el eco llegó al corazón de Panchita, ella lo sabía ya. Se lo dijeron las sombras y los grillos transparentes de la madrugada. Y el grupo de sus compañeras gimió, a rienda suelta, con un río de llantos y nadie se atrevía, de pura lástima, ni a mirarle los empañados ojos verdes, ni a pronunciar, frente a ella, el duro, amargo y roto nombre de Johny Rambau. Tampoco comprendían, por qué Panchita Dubonet no lloraba y se quedó muda como una momia egipcia.

Ahora no se trataba de una muchacha embarazada y de un nuevo consejo de profesores, para dilucidar la cuestión, sino de un muchacho asesinado. Era como si toda la escuela, los edificios, los útiles, el programa, de pronto se hubieran caído al suelo, aparatosamente. Para burlarse de la vida, ese día se desparramó el sol y de las calles y techos de las casas empezó a subir el vapor de agua en virutas azuladas. Los gallinazos damnificados subieron a los tejados para secarse las camisetas negras. No llovió en dos semanas,

pero a pesar de la claridad de los días, el pueblo parecía hundirse en una oscuridad sin límites.

Alguien propuso darle salida a los estudiantes internos y cerrar, provisionalmente la escuela. Cientos de acudientes y padres de familia habían venido a llevarse a sus acudidos e hijos. Pero la orden de la Secretaría Nacional de Educación fue la de seguir normalmente las clases y evitar la propagación del pánico.

Pese a que el muchacho era bautista, lo pasaron a la iglesia. El cura Pancracio, en sus últimas palabras, no sabía si injuriar o conmovirse, porque millares de ojos, de gentes del pueblo le atravesaban su conciencia, ya que conocían sus viejas amenazas: "Cosas siniestras pasarán en ese laboratorio de satanás"...Al entierro de Johny Rambau fue casi toda la escuela. El muchacho iba a juntarse con la tierra mojada. Desde sus casas, los vecinos, con asombro miraban pasar la larga fila de dolidos estudiantes., En lugar del padre de Johny Rambau seguía tras el féretro su "tío" Genaro, el acudiente; los campesinos del campito de su amigo de clases, la profesora consejera...En el camposanto nadie se atrevió a romper el silencio del palaustre que ponía las últimas puñadas de mezcla entre los ladrillos de la bóveda y los llantos menudos de las muchachas. Sólo Panchita Dubonet, contraída entre los brazos de la profesora consejera no podía llorar de tanta tristeza y clavaba el par de ojos verdes, con sus pupilas irritadas de oro, mucho más allá de la profundidad de las bóvedas sepulcrales del mundo. El sepulturero acomodó finalmente las coronas.

- ¿Quién mató a Johny Rambau?
- ¿Por qué mataron a Johny Rambau?

Después lo dejaron absolutamente solo.

En el pueblo habían matado a una persona. Y el Roman cero Gitano de García Lorca, en la página noventa y seis decía:

"Eran las cinco en punto de la tarde"...

Dicen que el pueblo, al fin, se llenó de policías raros y de gentes extrañas y las noches se poblaron de fantasmas conocidos. Para que los muchachos más jóvenes pudieran agarrar el sueño, en el internado de varones fue preciso, primero, desalojar el cuarto del difunto Rambau y darles pastillas para dormir, a no pocos. Además, patrullas de guardias armados rondaban el lugar. Pero nadie pudo impedir que en el internado de mujeres, el alma de Johny Rambau le saliera a las muchachas y según se comentó, incluso a la inspectora jefa, que desde entonces estaba en la enfermería del plantel, con la presión alta. La historia se apoderaba cada noche de los espaciosos pabellones. Sólo a la Panchita Dubonet no le salió la sombra del muerto, porque ella se había quedado casi muda, desde la noticia y esa inmutabilidad de su corazón la volvía inmune a las abusiones. La profesora consejera decía -"Hay que hacerla llorar; que revente en llanto o la pobre se volverá loca".

Casi todo mundo se asustó por el brutal asesinato cometido en la antigua iglesia. El Gobernador Tino Pérez hizo colocar, al frente de su casa, en las noches, al propio sargento Patalarga, y se comentaba que Patalarga se moría de miedo, después de las dos y media de la madrugada, cuando vendrían los fantasmas a colocar la bomba al Gobernador y volar también él, con todos los filisteos... Después de una semana de verdadera sicosis de terrorismo, el sol no había dejado al hombre de las lluvias soplar siquiera un "barrejobos", para que hubiese la óptima claridad en aras del esclarecimiento del crimen. Sin embargo, nada se sabía de la investigación realizada por el Fiscal, pese a que el pueblo había sido siempre transparente. El lunes inmediato dijo el rey de las aguas: "allá voy con ustedes"... y regresaron las lluvias.

-¿Saben lo que pasa?- expresó el Capi Ruíz, bajando la voz en la reunión íntima, con los compadres, en el último rincón de la cantina del chino Ho, al amparo de media botella de seco- es que ya éste no es un pueblo cualquiera. ¿Qué creen ustedes? ¡Han matado a un hombre!...¿Les parece poco? ¡Y qué bomba, compadres! Miren, en términos puramente militares o conspirativos, ¿acaso ustedes entienden lo que esto significa? ¿Quién puede, en este pueblo hacer un artefacto explosivo de esa capacidad? Hablando aquí

entre nosotros-susurró- sólo yo...o en todo caso, alguno del cuartel, tal vez el Capitán. Nadie más... Por lo tanto, la lógica me indica ¿saben? que el criminal vino de afuera. Es un experto; hasta pudo ser un mercenario internacional.

El Capi Ruíz levantó las cejas, se arregló el bozo y echó otra ojeada al fondo de la cábina; palmoteó y llamó al chino Ho.

- Tráeme media botella más, que el Funerario paga; él está fajado en billetes.
- ¡Uta male!...-expresó el chinito, acercándose al grupo- ¿Quién clee tú, Capiluí que foi la climiná?
- ¡Yo!...-respondió riéndose, el Capitán Ruíz.
- ¡No jole tú...ojo pa'que ve, Capiluí!...;Ojo pa'que ve !...
- No seas cobarde, Mandarín. Yo no le tengo miedo a nadie.
- ¿Sabes qué me dijeron?- preguntó el Funerario- que si acaso el padre Pancracio tendría las manos metidas en este baile...
- ¡No hombre! Ese es un cura maricón. El dice que estuvo en la guerra de España. ¡Qué va!...Ese hombre no sabe preparar ni un triqui-traqui. El sabrá de otras guerras sotanudas...
- El padre lo que dijo respecto del asunto-acotó el Funerario es que el crimen es castigo de Dios por la destrucción de la iglesia.
- ¡Qué barbaridad!... Ya te digo, ese tipo es una bestia. Entonces, coño...Dios será el ser más irresponsable. Ustedes saben que yo no creo en un carajo, pero de acuerdo a la doctrina Dios no puede tomar venganza de un inocente y menos de ese negrito, que era una bella persona; en todo caso, se hubiera cagado en el Presidente.
- Me dijeron ayer- comentó el Carretero- que era un crimen político, con el fin de joder al Presidente.
- Eso se dice y es lo más fácil pensar. Pero yo voy más allá. Ustedes conocen que yo he leído mis buenos libros de inteligencia y contra-inteligencia...ustedes, desde luego, no leen un carajo...pero la cosa no es fácil y al policía que mandaron a investigar, no come hierba, porque no le alcanza el pescuezo. Jamás va a encontrar nada...

- Pues a mí, Capi Ruíz-consideró el Funerario- me huele que el autor es gato de casa.
- ¡Qué va, compa!
- ¡Sí, mano. Va a ser gato de casa, pues ¿cómo podía colocar esa bomba allí, una persona extraña al internado, para que luego estallara a las dos y media de la mañana? Eso lo está comentando la gente, compadre.
- No seas pendejo, compadre, hay sistema de relojería...Tú la adaptas a la bomba y a la hora prefijada: ¡bum!...Allá va esa carajada...y cualquiera entra a ese internado. ¿Quién sospecharía que allí iban a matar a nadie y menos en este pueblo?
- Sabrás, Capi-comentó el Carretero- que el único que cogieron preso fue al viejo Pantaleón; le quemaron la cara con pavitas de cigarrillo y le patearon los riñones; está orinando sangre.
- Son unos hijueputas, barbaros-exclamó el Capi Ruiz- de seguro querían que el hombre les dijera a quién le había entregado la dinamita. Y hace más de dos meses que la cantera no trabaja, porque no ha llegado la dinamita. ¡Qué va, compadres...qué va! ¿Quién no conoce en este pueblo a Pantaleón? Es un santo. Y lo que yo me pregunto es ¿por qué mataron, precisamente a ese muchacho y no a otro? Bien...si es una provocación política, cualquier estudiante hubiera servido para tal fin. Pero fue ése y no otro, aquel que la semana pasada, antes del crimen estuvo con el Presidente.
- Bueno, apuntó el Funerario- por eso mismo, Capi, porque así es más notorio ¿qué te pasa? Su foto salió con la delegación en la Presidencia. Es sencillo resolver esto como dos y dos son cuatro.
- Yo me voy, compadre,...cuídense, porque los asesinos andan sueltos...Tú, Funerario, paga, porque cobraste bien el ataúd y después vendrán otros...Je...je... La cosa se pone buena. Yo ando tras de una pista distinta, pero no se la he querido dar al Fiscal, porque en estos enredos, a veces, al propio ladrón le toca investigar el robo...

Días después llegaron al pueblo varias cartas. Las recibieron, entre otras personas: el Gobernador, don Tino Pérez,